



virginie
DESPENTES

FÓLLAME

Lectulandia

«¿Por qué no te vas a la cocina? Tengo ganas de masturbarme delante de la tele, estoy harta de hacerlo siempre en la habitación. Aunque si quieres quedarte...»

Fóllame, escrita por Virginie Despentes a los veintitrés años, es una novela negra, áspera y delirante, narrada en tono cinematográfico; una especie de *Thelma y Louise* en versión *grunge*. Nadine y Manu, las protagonistas, barren con cualquier estereotipo, y su historia enloquecida se convierte en una granada social, feminista e imperiosa, calibrada para hacer estallar las mentes bien pensantes. Como dice la autora: «Las mujeres de las que hablo son muy humanas; pero no son, por fuerza, mujeres tiernas».

Lectulandia

Virginie Despentès

Fóllame

ePub r1.1
minicaja 22.07.14

Título original: *Baise moi*
Virginie Despentes, 1994
Traducción: Isabelle Bordallo
Diseño de portada: minicaja

Editor digital: minicaja
(r1.1) Corrección de erratas: asolbap
(r1.1) Corrección de erratas: Gaske
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

VIRGINIE DESPENTES

Fóllame

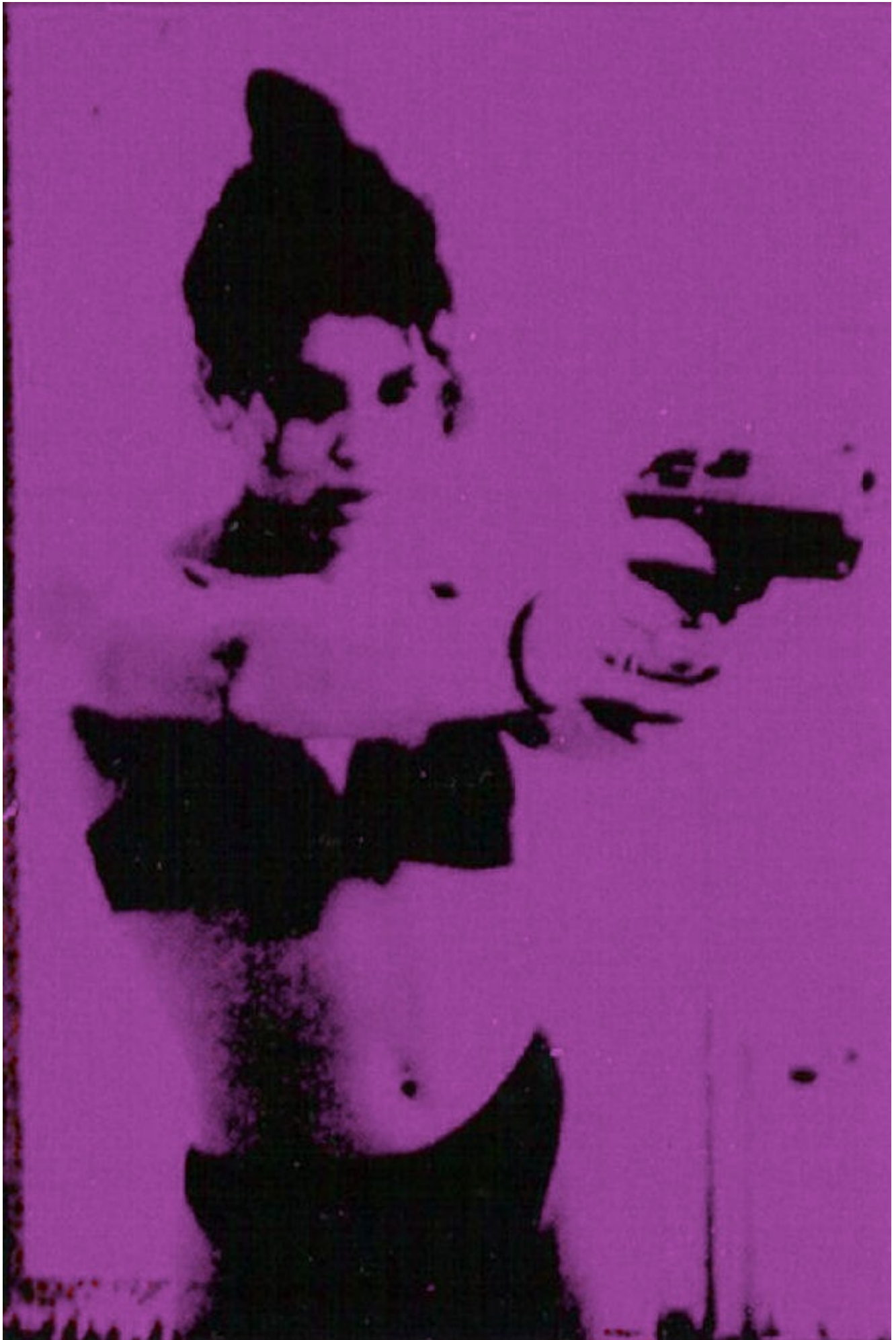
PRIMERA
parte

«Y porque eres un tibio, ni frío ni caliente, te arrojaría por la boca».

Fiodor Mijailovich D.

«Me dijo mi madre que había nacido para amar. El sexo es lo único que conozco y ni siquiera todos los días».

Sale Déf.



Sentada con las piernas cruzadas frente a la pantalla, Nadine aprieta la tecla «Avance rápido» para saltarse los créditos. Es un vídeo antiguo sin mando a distancia.

En la pantalla, una enorme rubia atada a una rueda, cabeza abajo. Primer plano sobre su cara enrojecida, suda la gota gorda bajo el maquillaje. Un tipo con gafas la masturba enérgicamente con un plumero. La llama gorda perra lúbrica, ella cacarea.

Todos los actores de la película tienen cara de comerciantes de barrio. Es el encanto desconcertante de cierto cine alemán.

Se oye el rugido de una mujer en off: «Y ahora, guarra, mea a tope». Emergen alegres los fuegos artificiales de esa lluvia. El hombre aprovecha la voz en off para precipitarse ansioso sobre el chorro. Lanza rápidas y movedizas ojeadas hacia la cámara, se deleita con la meada y se exhibe con ganas.

Escena siguiente, la misma chica a cuatro patas abre cuidadosamente los dos globos blancos de su culazo. Un tipo parecido al primero se la mete en silencio.

La rubia hace muecas de joven protagonista. Lame caprichosamente sus labios golosos, frunce la nariz y sopla delicadamente. Paquetes de celulitis ondean en lo alto de sus muslos. Unas gotas de baba le resbalan por la barbilla y se le vislumbran los granos bajo el maquillaje. Maneras de jovencita en un viejo cuerpo flácido.

De tanto mover el culo lo mejor que sabe, consigue hacer olvidar su barriga, sus estrías y su cara asquerosa. Todo un hallazgo. Nadine enciende un pitillo sin quitar el ojo de la pantalla. Está impresionada.

Nuevo decorado, una negra de formas contenidas y subrayadas por un vestido de cuero rojo avanza por una calle de edificios en bloque. Un tipo con pasamontañas la acorrala y esposa hábilmente a la barandilla. La agarra del pelo y le obliga a chupársela.

Se oye la puerta de la calle, Nadine refunfuña porque «esta imbécil no iba a venir a cenar». En ese instante, el tipo de la película dice: «Ya verás cómo acabará gustándote mi polla, a todas les gusta».

Séverine pega un grito antes de soltar su chaqueta:

—Siempre mirando esas porquerías.

Nadine contesta sin mirarla:

—Llegas en el momento preciso. Al principio no te hubieras enterado de nada, pero esa negra tiene que gustarte incluso a ti.

—Apaga eso en seguida, sabes perfectamente que me repugna.

—Además, el truco de las esposas siempre funciona, es fantástico.

—Apaga la tele ahora mismo.

Es exactamente el mismo problema que con los insectos acostumbrados al insecticida: siempre hay que inventarse algo nuevo para aniquilarlos.

La primera vez que Séverine encontró una cinta porno tirada en la mesa del comedor, quedó tan traspuesta que ni protestó. Pero con el tiempo se ha ido acorazando y cada vez hay que esforzarse más para neutralizarla.

Nadine sabe que la obsequia con una auténtica terapia. Poco a poco se le está abriendo el culo.

Entretanto la negrata le ha cogido gusto al falo del tipo. Lo aspira glotonamente al tiempo que exhibe la lengua. Recibe toda la leche en plena cara y suplica que se la meta por el culo.

Séverine se planta a su lado, evita escrupulosamente mirar la pantalla y sube a unos agudos histéricos:

—Estás completamente tocada y acabarás poniéndome mala.

Nadine pregunta:

—¿Por qué no te vas a la cocina? Tengo ganas de masturbarme delante de la tele, estoy harta de hacerlo siempre en la habitación. Aunque si quieres quedarte...

La otra se queda inmóvil. Intenta comprender qué ocurre y busca una respuesta. Demasiado para ella.

Satisfecha de haberla desconcertado, Nadine apaga el vídeo:

—Era broma.

Aliviada, la otra se esfuerza en poner cara de circunstancias y empieza a hablar. Cuenta un montón de chorradas sobre su día de trabajo y corre hacia el baño para ver qué pinta tiene. Se esclaviza el cuerpo con la vigilancia de un guerrero, decidida a torturar pelo y carne según las normas estacionales, cueste lo que cueste. Gruñe:

—¿Ha llamado alguien?

Se empeña en creer que el tipo que se la cepilló la semana pasada dará señales de vida. Pero el chico no parecía estúpido y es poco probable que aparezca.

Séverine hace todos los días la misma pregunta. Y todos los días derrama sus lamentos irritados:

—No me lo esperaba. Habíamos hablado súper bien, no sé por qué no llama. Qué asco, cómo me ha utilizado.

Utilizado. Como si su coño fuera demasiado fino para agradecer una buena polla.

Cuando habla de sexo suelta chorradas de ese estilo con pasmante prodigalidad, un discurso complejo repleto de contradicciones que no asume. Ahora, repite vehementemente «que ella no es una de esas». Para Séverine la expresión «una de esas» resume a la perfección la peor conducta posible del género humano. Sobre ese punto preciso se la debería tranquilizar: es una gilipollas pretenciosa al cubo, una egoísta hasta el punto de la sordidez y asquerosamente vulgar en cuanto abre la boca. Pero no es una chica fácil. En consecuencia, raras veces se la follan y buena falta le

haría.

Nadine la mira de reojo, resignada a su papel de confidente. Sugiere:

—Redacta un contrato para la próxima vez. Para que el tipo se comprometa a hacerte compañía el día siguiente, o a llamarte durante la semana. Si no firma, no te abres.

Séverine necesita algo más de tiempo para comprender si debe tomárselo como un ataque, una broma o un sabio consejo. Opta por una risita delicada. Sutileza afectada atrocemente vulgar. Prosigue sin piedad:

—Lo que no me cuadra es que no es de los que se tiran a cualquiera, porque si no no le hubiera dejado la primera vez. Hubo buena química entre nosotros. Debe ser que le doy miedo, no te creas: siempre tienen miedo de las chicas con una fuerte personalidad.

Le encanta abordar el tema de su «fuerte personalidad». Con la misma facilidad que evoca su viva inteligencia o la amplitud de su cultura. Enigmas del sistema mental, solo Dios sabe cómo se le metió en la cabeza.

Claro que cuida su conversación. La pincela de rarezas debidamente acreditadas en el medio en que se mueve. Igualmente, compone una serie de referencias culturales escogidas como los accesorios que lleva: al unísono con su tiempo, con verdadero talento para parecerse a la vecina.

Así mantiene la personalidad, del mismo modo que la depilación de su ingle, totalmente consciente de todas las cartas que deben jugarse para seducir a un chico. La meta final es convertirse en la mujer de alguien y, con el empeño que le pone, lo que se propone es ser la mujer de alguien decente.

Intuición masculina mediante, los chicos se mantienen a buena distancia del bonsai. Pero ya conseguirá ligarse a uno. Para luego depositar en su cerebro sus necesidades cotidianas.

Nadine se despereza, compadece sinceramente al pobre tipo que acabará cayendo. Se levanta y va por una cerveza. Séverine la sigue a la cocina sin cortar el rollo. Deja el tema del sinvergüenza que no llama, ya lo retomará mañana. Ahora ataca el apasionado inventario de los últimos chismorreos.

Apoyada en la nevera, Nadine la observa masticar la lechuga.

Viven juntas por razones exclusivamente prácticas. Poco a poco, la cohabitación se tornó patológica, pero ninguna puede permitirse vivir sola. Además, la falta de nómina le impide a Nadine demostrar una mínima solvencia. Y Séverine la soporta mejor de lo que parece. Fundamentalmente masoquista, le produce cierto placer que la maltraten. Una perversa incapaz de cordialidad.

Nadine termina su cerveza y remueve el cenicero en busca de una colilla recuperable porque no tiene ganas de bajar al estanco. Encuentra un porro fumado a medias. Más que suficiente para un cuelgue, y ese descubrimiento la pone de buen

humor.

Espera pacientemente que Séverine se vaya a trabajar, le desea cortésmente un buen día. Rebusca en su habitación, donde sabe que tiene whisky escondido. Llena un vaso grande y se instala delante de la tele.

Enciende el peto, intenta aguantar el humo en sus pulmones. Sube a tope el volumen de la cadena y pone el vídeo sin la voz.

I'm tired of always doing as I'm told, your shit is starting to grow really old, I'm sick of dealing with all your crap, you pushed me too hard now watch me snap.^[1]

Siente la distancia que la separa del mundo y, bruscamente apaciguada, nada la inquieta y todo la divierte. Penetra alegre en los síntomas de un cuelgue infinito.

Se deja caer en el fondo del sillón, se quita los pantalones y juega con la palma por encima del tejido de las bragas. Observa los círculos regulares de su mano movediza entre los muslos, acelera el movimiento y proyecta las caderas hacia delante.

Levanta la vista y en la pantalla la chica doblada sobre la barandilla sacude la cabeza de un lado para otro, su culo ondula hacia el sexo del chico que aspira.

There's an emotion in me, there's an emotion in me. Emotion n° 13 blows my mind away, it blows me away.^[2]

DOS

—¡No puedes quedarte tan tranquila!

El niño protesta con vehemencia. Triste e indignado de que Manu se resigne tan fácilmente. Vuelve a la carga con tono de reproche:

—Era uno de tus mejores amigos, ha muerto asesinado.

Y te quedas ahí, sin mover un dedo.

Hasta ahora, se había limitado a un discurso prudente y general sobre la violencia policial, la injusticia, el racismo y los jóvenes que deben reaccionar y organizarse. Por primera vez, la emplaza directamente a compartir su indignación.

Evoca los tumultos que el accidente debería suscitar con una evidente emoción. Como si hablara de boxeo, sexo o toros. Ciertas palabras clave le encienden una película interior donde aparece varonil frente a la policía, vuelca coches con la ayuda de compañeros dignísimos y convencidos. Unas imágenes que lo trastornan. Es un héroe sublime.

Manu no tiene alma de heroína. Ya se ha acostumbrado a tener una vida gris, el estómago lleno de mierda y a cerrar el pico.

En ella no existe nada estrictamente grandioso. Excepto esa sed insaciable. De jodienda, de cerveza o de whisky, cualquier cosa susceptible de aliviarla. Incluso se pasa en apatía y sordidez. Le mola revolcarse en vómitos. Está en relativa sintonía con el mundo, casi a diario consigue algo para beber y un chico que se la meta.

El niño no se da cuenta de hasta qué punto la revolución dista de su agujero para interesarla. Además, para exaltarse como lo hace, se precisa un sentido de la sublimación y del respeto hacia uno mismo que Manu desconoce.

Hurga en un cajón en busca de esmalte para las uñas. Lo interrumpe bruscamente:

—¿Qué mierda te has creído que eres para venir a molestarme? ¿Cómo coño se te ocurre darme consejos? ¿Y cómo sabes que lo han asesinado?

—Lo sabe todo el mundo, tú misma decías...

—Yo digo lo que me parece y bebo lo suficiente para que nadie se lo crea. Es más, lo que yo dije fue que colgarse no era su estilo, y tú has traducido que la bofia se lo había cargado. Te sugiero que no confundas mis chorradas con las tuyas.

Por fin encuentra el esmalte y sujeta firmemente el frasco con el puño tendido muy cerca de la nariz del niño. Éste se retracta, prudente, balbucea algo para disculparse, no quería molestarla. En parte, porque no tiene mala idea; en parte, porque la cree capaz de aplastarle la cabeza. No controla la violencia y no esperará un momento políticamente correcto para desahogarse.

El niño acierta al retirarse porque, efectivamente, Manu está a punto de hostiarle.

Ella sabe tan bien como él que Camel no puede haberse colgado solo. Era demasiado orgulloso para ello. Y aunque poco afortunado para sobrellevar la vida, le encontraba los alicientes necesarios para continuar un tiempo más. Y, sobre todo, Camel no se hubiera suicidado sin degollar a media docena de colegas. Lo conocía lo bastante para estar segura. Tenían buen rollo, iban por allí juntos y compartían las mismas teorías sobre el modo de pasarlo bien.

Habían descubierto su cadáver el día anterior, colgado en un pasillo. Los últimos en verle vivo han sido los polis responsables de su libertad condicional. Nunca se sabrá lo ocurrido de verdad. Y el niño tiene razón, incluso ella no puede admitirlo sin reaccionar. A pesar de todo, acabará haciéndolo.

No le gustan los trucos que despliega el niño para asociarla a su indignación, ni que intente utilizar esa muerte en beneficio de sus convicciones. Como si el cadáver fuera suyo de pleno derecho; para él, será político o no será. La desprecia abiertamente por su cobardía. A Manu le parece que tiene la jeta demasiado lisa para darle al desprecio; ella podría remediarlo.

Se cuida de abrir una cerveza antes de empezar a pintarse las uñas. Sabe por experiencia que tiene sed mucho antes de que se hayan secado. Duda y acaba ofreciéndole una al mocososo para demostrarle que no le guarda rencor. Dentro de poco, estará demasiado rasgada para que esa historia le afecte. Siempre acaba convencándose del sacrificio necesario de buena parte de la población; y, una putada, a ella le ha dado de lleno.

Pone esmalte tanto en la piel como en las uñas porque siempre le tiembla un poco la mano. Con un poco de suerte habrá color en las pollas que sacuda...

El niño la desaprueba con la mirada. El esmalte no forma parte de lo que él considera apropiado. Es una marca de sumisión a la presión machista. Pero al pertenecer Manu a la categoría de los oprimidos víctimas de la falta de educación, no está obligada a ser éticamente correcta. No la culpa por sus lagunas, la compadece.

Sopla ruidosamente sobre su mano izquierda antes de empezar con la derecha. El niño le recuerda a una virgen perdida en las duchas de una cárcel de hombres. Ofendido por el escarnio lúbrico del mundo que lo rodea. Asustado por todo lo que le rodea, y el diablo utiliza los recursos del vicio para acabar con su pureza.

Llaman a la puerta. Le pide que abra y agita las manos para que se sequen antes. Llega Radouan.

Conoce al niño de vista porque viven en el mismo barrio, aunque le desconcierte su presencia en casa de Manu porque nunca se hablan. Para la izquierda, los árabes son unos chorras reaccionarios y estúpidamente religiosos. Para los moros, los de la izquierda son unos bohemios impregnados de alcohol y, en su gran mayoría, homosexuales.

En un arranque de inspiración, Radouan deduce que se ha ligado al niño para

metérselo en la barriga. No cabía esperar otra cosa. Pregunta a Manu si no molesta dirigiéndole discretos gestos de connivencia. Tan discretamente que el niño se pone violento, enrojece y se agita en la silla. El sexo, otro tema que va en serio.

Manu suelta una risita sarcástica antes de contestar a Radouan:

—Claro que no molestas. Nos hemos encontrado en la tienda y subió para hablarme de Camel. ¿Has comido? Hay raviolis en la nevera.

Radouan se sirve, viene tanto por aquí que se siente como en casa. El niño empieza a hablar, encantado de tener un nuevo interlocutor.

Repite la denuncia con una tranquilidad de espíritu asombrosa. Es nieto de misionero, y se dedica a convertir a los indígenas del barrio a su manera. Les desea felicidad y quiere ponerlos en el camino recto.

Poco perspicaz el niño, pero sin embargo no tarda en comprender que Radouan es, si cabe, menos sensible que Manu a su discurso. Apenadísimo, se retira.

Manu se despide amablemente. Lo peor, con los gilipollas, es que sólo son definitivamente antipáticos en las películas. En la vida real, siempre les ronda algo cariñoso y amable.

En el fondo, el niño no anda equivocado. Sólo los polis resultan definitivamente detestables en la vida real...

Extiende una segunda capa de esmalte sin esperar a que la primera esté seca. Tiene otras cosas que hacer. Radouan saca, orgulloso, una china:

—¿Tienes papel de liar?

—Ahí en la cesta. ¿Ahora le das a los porros?

—¿Qué pasa? Es para ti, un regalo del King Radouan.

—Lo que faltaba. El pobre imbécil de Radouan se ha vuelto camello como su hermano.

—No digas chorradas... Asuntos míos, todo controlado.

—No me meto. ¿Por eso te disfrazas de duro? Pareces patrocinado por todas las súper marcas del planeta. En el barrio todos hablan de tus negocios, eres tan gilipollas que antes de tener problemas con los polis te visitarán los chicos del barrio...

—Déjalo, te digo, no te enteras. Fíate y prueba la mierda del King Radouan, la mejor del país y un regalo para ti.

Pega las dos hojas de papel con esmero. Como no fuma, no tiene costumbre de liar y lo hace con cautela. Moja el cigarrillo a lo largo y lo abre, tal como ha visto hacer a los veteranos. Está feliz porque va bien vestido y porque puede hacerle un regalo a Manu.

Ella está menos contenta porque ha oído cosas sobre él que no le han gustado. Ha metido en líos a gente que ya no está para líos. No sabe qué decirle para hacerle recapacitar. Tampoco supo qué decirle cuando empezó a traficar. No supo proponerle ningún proyecto excitante para seguir por el buen camino. Repite:

—Cuídate y usa el cerebro.
Y deja que cambie de tema.

TRES

—¿Has visto a Francis últimamente?

—Estos días no...

—Hace tiempo que no da señales de vida. ¿Me pones una cerveza?

Incluso de día el bar está completamente a oscuras. En una barra que no termina nunca se deja caer una cuadrilla heteróclita de clientes fijos. Calidoscopio de historias, luces artificiales y algarabía de conversaciones caóticas. Avanzan unos hacia otros, se asocian por una copa, se ayudan a matar el tiempo hasta conseguir un cuelgue suficiente para soportar irse a casa.

Nadine sigue sumergida en las nubes del cuelgue, que la torna perspicaz y sensible a los detalles. La cerveza está fría, vacía su caña en dos tiempos.

Unos estudiantes repasan en la mesa cerca de la puerta. Con sus libros abiertos sobre la mesa, salmodian fórmulas que intentan memorizar.

Al final de la barra, un chico habla con el camarero con un ojo puesto en la puerta; no vaya a ser que una chica entre y no la vea. La proyecta mentalmente en diferentes posturas, saborea la emoción disparada sin interrumpir el discurso. Su pensamiento está condicionado al sexo como los pulmones a la respiración. Viene regularmente y Nadine no se cansa de mirarlo de lejos. ¿Será finalmente aburrida la amoralidad?

En un rincón de la sala un joven subido a un taburete juega en una máquina. A su lado una chica observa cómo las formas de color bajan y encajan. Apenas si la ha saludado, tan concentrado está en su partida. Ella intenta hablarle:

—Acabo de ver a la asistente social. Me ha dicho que deberías visitarla.

—Déjame en paz, ya te dije que no tengo derecho a nada. —Le ha contestado bruscamente pero sin animosidad. Sólo quiere que lo deje en paz. Ella vuelve a la carga después de un breve silencio, tenaz pero con disculpas anticipadas.

—En casa tienes correspondencia, ¿quieres que te la traiga?

Es como si no la hubiera oído. Insiste lo más suavemente que puede, porque sabe que no le gusta que lo molesten cuando juega, pero no se puede resistir:

—Hace cinco días que no vienes a dormir. Si ya no quieres que vivamos juntos, dímelo.

Se esfuerza en que no haya reproche ni tristeza en su voz, porque sabe que los reproches y la tristeza lo ponen nervioso. El suspira ruidosamente para dejar bien claro que lo enfurece:

—Ayer me fui de juerga. Eso no significa que quiera largarme. Déjame en paz, ¡coño!

La respuesta no tranquiliza a la chica en absoluto. Parece triste pero se calla. Mira la pantalla, las formas de color bajan más veloces. Las manos del chico se activan sobre los mandos con una agilidad brutal.

Finalmente aparece en la máquina «Game over»; la cara de la chica se ilumina:

—Ven, tengo pasta para invitarte a una copa. Hace tiempo que no hablamos.

Hace lo que puede para poner entusiasmo en su voz y ninguna súplica, porque sabe que a él le gusta el entusiasmo y que la súplica lo pone nervioso. Él pregunta:

—¿Tienes diez francos?

—Sí, ya te dije que te invitaba. ¿Dónde nos sentamos?

—Pásamelos, que juego otra partida.

Extiende la mano, ella no se atreve a protestar, saca una moneda de su bolsillo. El la introduce en la máquina y dice:

—No te quedes ahí mirando toda la partida, me desconcentras. Hablaremos esta noche si quieres.

—¿Volverás tarde?

—Y yo qué sé, déjame en paz.

Sabe que esta noche, si vuelve, estará demasiado colocado para hablar. Con suerte tendrá fuerzas suficientes para darle la vuelta y echar un polvo.

Se sienta sola a una mesa, pide un café. No hay el menor rastro de enfado en su mirada, sólo una gran inquietud. Nadine sabe que se quedará hasta el cierre del bar y que, varias veces, intentará torpemente llamar la atención del chico.

Visto lo colocado que va últimamente, será mejor que ella se proteja del dolor, porque cuanto menos conviva con ella, mejor se portará.

Sin embargo, ella esperará el tiempo que haga falta y soportará lo que haga falta. Con paciencia e intentando por todos los medios no sacarlo de quicio hasta que vuelva.

Un tipo se levanta de la mesa y trastabilla hasta la barra. Es algo pronto para estar así. Intenta que el camarero le fie y lo echan.

Entra una morena, en la otra punta de la barra un chico se queda atónito. Le da a la tecla del gran juego de la emoción. Sale de su indiferencia tranquila, se agita en el taburete, responde al guiño del camarero:

—Qué le vamos a hacer, son todas unas viciosas.

Nadine observa a la chica, intenta verla con los ojos de él. ¿Por qué esta y no otra? Tal vez se parezca a la primera chica que le dejó pasar un dedo por la raja. O tal vez tiene la sonrisa de la chica de papel cuya foto mancharon todas las pajas que se hizo mirándola.

Se le acerca un colega y él pregunta, ingenuo:

—¿Conoces a esa morena?

—Y tanto. Una mamona de primera.

—Te creo, pero prefiero comprobarlo personalmente. ¿Me la presentas?

Se levantan, cogen los vasos y se dirigen a su mesa.

Al lado de la puerta una mulata de alta temperatura y alta tensión aterroriza a dos chicos desde sus tacones súper altos. Su falda termina justo donde empieza el bajo vientre, deja entrever unas piernas inacabables y los chicos no quieren ni imaginar cómo las enrollará en la cintura del que la trabaje. Los escucha sonriente con una mano en la cadera, mueve suavemente la pelvis al soltar carcajadas. Aquí la llamada al sexo se conjuga en imperativo e incluye un viaje al infierno. Ella es una mujer fatal, en el sentido original de la palabra. Son famosas las historias de chicos que enloquecieron por ella y todos quieren pasar por su piedra.

Una noche Nadine la vio derrumbarse en la calle, entre dos coches, después de pelearse con uno de sus amantes. Lívido, el chico se inclinaba sobre su cuerpo atrozmente crispado, estupefacto ante tanto sufrimiento y aterrorizado por el desenfreno de su rabia. Estaba poseída, quería arrancarse el mal acribillando su vientre a golpes; se doblaba sobre sí misma y aullaba, devorada por un fuego interno.

Nadine se sentía incómoda por ser testigo involuntario de la escena, al tiempo que violentamente atraída por esa chica.

—Nadine, ¡al teléfono! Debe de ser Francis.

CUATRO

El fregadero de la cocina sigue atascado. El agua se pudre de maravilla porque hace mucho calor. Así que Manu apila los platos sucios en el lavabo del baño.

Por una vez, Radouan estaba en lo cierto: una mierda de primera.

Echa el cenicero al agua sin vaciarlo. Una película negruzca cubre instantáneamente la superficie. Insulta al cenicero y da un portazo para quitarse de la vista esa porquería.

Debe salir a comprar bebida. Busca una chupa poco manchada en la pila de la ropa sucia. Jura pasar por la lavandería antes del sábado. Mientras se sube la cremallera de una chaqueta que apesta a tabaco, se da cuenta de que hace demasiado calor para llevar chaqueta.

Le parece que decidió salir a comprar bebida hace varias horas. El piso no es más que un enorme rompecabezas.

Mierda de primera, Radouan le ha dejado un buen pico.

Ya no sabe dónde puso las llaves del piso. Lo revuelve todo de arriba abajo con la intención de pillarlas. Incluso las busca en la nevera, nunca se sabe.

Ahí están, en el bolsillo del tejano.

Por fin consigue pisar la calle. El sol le rompe la jeta como un proyector en primer plano. Cuánto calor en la acera cuando se espera la noche. Entorna los ojos, se olvidó las gafas y decide que no sube a buscarlas.

Mientras camina, cuenta el dinero que lleva en la mano. Habrá suficiente para comprar dos botellas de cerveza. Le fastidia no haberse llevado los envases.

Le distrae de esas consideraciones comprobar que su esmalte no se ha secado como estaba previsto. Una infinidad de pequeñas ondas cubren la uña. No queda mal del todo.

Una chica cruza la calle para saludarla. No tienen gran cosa que decirse pero hace años que viven en el barrio. Los ojos de la chica nadan en un escupitajo interno, parece aún menos en contacto con la realidad que Manu. Cuelgue modelo corriente, sabelotodo del horario de apertura de las farmacias del barrio y de la lista de psicotrópicos. Constantemente devorada en el antebrazo, le cuesta acabar las frases.

Cuando apareció en el barrio, era una bella planta que terminaba una carrera que nadie la hubiera creído capaz de seguir, llena de proyectos y decentemente capaz de pretender culminarlos. De eso hace ya mucho tiempo, y desde entonces la realidad la llamó al orden y al arroyo; sin embargo, sigue considerando que lo turbio es un puro paréntesis en su vida y cuenta con cerrarlo definitivamente. Es la última en creer en sí misma, que aún puede salirse. Manu le habla un instante.

Y sigue su camino, echa un vistazo en el bar de al lado, por si hubiera alguien que le apeteciera ver. El lugar está tapizado con capas de mugre grasienta. Una corte de los milagros sin brillo, fetidez sin el menor toque novelesco.

Sale un tipo del bar y la alcanza un poco más lejos:

—¿Has visto a Radouan?

—No. No sé dónde para.

Es su costumbre, como la de todos los vecinos del barrio. Nada visto, nada oído, que la dejen en paz. El tipo se irrita de golpe:

—Joder, pues si lo ves, le dices que está *wanted*; en cuanto veamos a ese gilipollas nos lo cepillamos.

—No comparto su cama.

—O sea que si ves a ese hijo de puta le dices «Visto y cepillado». ¿Queda bastante claro?

—¿Qué es eso tan grave que hizo? ¿No quiso pagarle el polvo a tu madre?

—Oye, zorra, o me hablas en otro tono o es a ti a quien me cargo. ¿Vale? Todos saben que siempre está metido en tu casa, así que menos monerías o te la damos. ¿Vale?

—Queda clarísimo.

Le habla a dos centímetros de la cara, dispuesto a pegarle un guantazo. Ella aprovecha que otro tipo se acerca decidido a hablarle a solas para pirarse.

Radouan tiene que haberla hecho gorda para calentarlos tanto, por mucho que por aquí todos estén siempre al rojo vivo.

Ojalá se lo hubiera quitado antes de encima y bromeado menos con él. Haber intentado hacerle entrar en razón. Se encoge de hombros; después de todo, ella no es una asistente social.

Una J7 alquilada estaciona en la puerta de la tienda. Un grupo de jóvenes la carga con material acústico. Han llenado la acera de amplificadores, piezas de batería, fundas de guitarra. La saludan amablemente, se esfuerzan en resultar accesibles por más músicos que sean. Aprovechan su presencia para hacer alarde de complicidad, intercambian bromas privadas y se divierten al tiempo que se manosean. Cuentan que han venido para tocar a unos kilómetros, en el sur; parecen contentos.

Le pregunta uno:

—Por cierto, a Dan le han limpiado el piso. Le birlaron el bajo... Si oyes de un Rickenbacker de segunda mano, sería cojonudo que nos avisaras.

—¿Un Rickenbacker? Perfecto, os lo digo.

¡A tomar por culo! Buscar al tipo que lo mangó y hablarle de los musiquitos encantadores para que lo devuelva. ¿Pero qué es lo que toda esa gente tiene en el cerebro?

La tienda está repleta de carteles naranja fosforescente anunciando varias ofertas.

Caligrafía torpe con marcador, faltas de ortografía en todas las líneas. El dueño se dio cuenta de que lo hacían en las grandes superficies y transformó su tienda en imperio del rótulo y de las ofertas. Rebaja sus yogures, liquida sus melocotones, incluso la leche que suele tener de oferta. Inauguró una auténtica moda en el barrio: todos los tenderos lo imitan y rivalizan en ingenio para bajar el precio de las galletas rancias. Al ser el iniciador del movimiento, está convencido de que es un genial autodidacta del marketing y se machaca días enteros confeccionando nuevos carteles.

Un aprendiz asoma desde la trastienda llevando una enorme caja con paquetes de galletas. Sentado en la caja, el jefe sale de su trance creador para abroncarlo en árabe.

El muchacho reflexiona un instante, tira la caja al suelo y se larga sin abrir la boca. El gerente sale corriendo detrás de él para recuperar su delantal. A Manu le da tiempo de llenar su tejano con chocolatinas, se estira la camiseta y va a la caja con dos botellas de cerveza.

El jefe le lanza una mirada torva y cobra maldiciéndola.

Todas las semanas tiene un nuevo aprendiz. Sólo emplea a niños en prácticas porque le cuestan menos. Pero a esa edad, se aguanta mal la gilipollez en dosis tan masivas y le duran bien poco.

De nuevo en la calle, Manu engulle de golpe todo el chocolate que le cabe en la boca. La mierda centuplica el potencial de gozo de sus papilas. Ya tiene un orificio colmado.

Un estudiante conocido la para para invitarle a una copa. Bonito chico, muy limpito, le ha tomado afecto, no sabe bien por qué. Tal vez la encuentre deliciosamente decadente y dispuesta a encanallarse barato apenas la roce. Mientras pague las copas, nada que objetar.

Tiene la mollera estrecha y la inventiva corta, la memoria enciclopédica de la gente falta de emoción y talento, convencido de que poner nombres y fechas exactas puede sustituir el alma. El tipo de individuo aferrado a la mediocridad y a quien le funcionan las cosas, estúpidamente nacido en el lugar adecuado y demasiado timorato para tontear.

Propone que vayan al bar de Tony porque allí hay conocidos. Así, no tendrá por qué darle demasiada cuerda. Es excesivamente educado para irse sin pagar su copa, incluso si una vez allí, ella deja de darle bola.

De camino se cruzan con dos tipos, uno la interpela: —¿Has visto a Radouan?

—¡No me lo digas! ¡Hoy lo buscan todos! No, no lo he visto.

—Ni te imaginas lo que le espera cuando lo encontremos.

CINCO

Sentada en un banco cerca de la cabina, Nadine espera que quede libre. No ha caminado ni cien metros y el sudor le empapa la espalda. Demasiado calor. Luz demasiado blanca. Sólo una cosa positiva en este verano excesivo: la cerveza embriaga más que de costumbre. Con todo, que llegue pronto la noche.

I'm screaming inside, but there's no one to hear me.^[3]

Estos auriculares de mierda se encasquillan cada vez más. Por suerte esta noche caerá algún dinero, se comprará unos nuevos antes de que se jodan del todo. Intenta imaginar algo más frustrante que quedarse en la ciudad sin Walkman. El aire de las orejas cortado, impresionante.

Una mujer con pantalones habla en la cabina. Coqueta, pero sin pizca de elegancia ni atractivo, sin ningún interés. De espaldas a Nadine, hace ver que no la ve.

Francis le dijo que lo llamara cuanto antes. Con su voz de los días solemnes, la de las pifias en serio. Le urge saber qué quiere decir exactamente lo de «estamos metidos en líos, en líos gordos». No se le ocurre nada preciso porque es de los que se anticipan a las peores predicciones. Tiene prisa en saber por qué quedaba descartado que conociera el menor detalle mientras estaba en el bar.

Para ella es lo que más se parece a un amigo, aunque la realidad diste bastante de la definición corriente. Lo quiere a quemarropa y recibe las bofetadas en plena cara.

En contra de lo habitual, cuanto más lo conoce, más la deslumbra. Es un poeta, en el sentido tope macho de la palabra. Ahogado en su época, incapaz de soportar el aburrimiento y la tibieza. Inaguantable.

Disidente sistemático, paranoico y malcarado, cobarde, ladrón, pendenciero. No lo aguanta nadie y él se soporta aún menos.

Ama la vida con una exigencia que lo separa de la vida. Prefiere afrontar los peores espantos y soportar la muerte en vida antes que renunciar a su búsqueda. No aprende lección alguna porque es contrario a todas las creencias y se empeña en repetir los mismos errores.

Nadine se empeña en no abandonarle. Interpreta el papel de una ATS servicial capaz solo de aplicar compresas heladas en la frente de un enfermo desfigurado por la peste. No lo alivia en absoluto, no le sirva para nada. Ló vela como si delirara por la fiebre, ni siquiera está muy segura de que se entere de su presencia.

La gilipollas con pantalones ya salió de la cabina. Nadine marca el número garabateado en su mano. Es un número de París. ¡Qué coño hará en París!

Contesta al momento, estaría sentado al lado del teléfono:

—Soy yo, la cabina estaba ocupada. ¿Qué ha pasado?

—Es largo de contar. En fin, que he matado a un tipo.

—¿Has matado a un tipo, en el sentido propio de la palabra?

—He matado a Bouvier. Es algo complicado. Tengo que contarte toda la historia.

Debería verte.

—¿Estás bien? Para haber matado a alguien, te noto muy tranquilo.

—Aún no he tenido tiempo de pensarlo. La verdad es que no he dejado de dormir desde que ocurrió.

—¿Cuándo pasó?

—Ayer.

—¿Ahora dónde estás?

—Un hotel en las afueras.

—¿Ibas colgado?

—No quisiera decepcionarte, pero no creo que se trate de saber si la prueba daba positivo. Es algo más grave.

—Nunca hemos tenido una conversación tan marciana. ¿Quieres que vaya?

—No estaría mal... Tengo cosas importantes que darte y deberías traerme otras que necesitaré:

—¿Y qué harás luego?

—Precisamente, necesito hablar contigo. Hay varias posibilidades. Pero antes debo explicarte todos los detalles, que dispongas de todos los elementos para entenderlo todo.

—Puedo tomar el último TGV.

Sale de la cabina con la dirección del hotel que le ha dado, junto con la lista de lo que debe llevarle. Se pone el Walkman. No piensa en nada especial. Es de reacciones retardadas.

It's going down in my dark side. It's an emotional wave.^[4]

SEIS

Manu entra en el bar y piensa: «Camel no está». Su ausencia la sorprende, resulta especialmente chocante en este lugar. Más de lo que esperaba. Sensiblería de niño, el vacío le muerde las tripas y hasta la garganta. Borrado de una vez por todas y restado del decorado.

Le sorprende ser tan vulnerable, seguir siendo capaz de sufrir. Al principio, crees que te mueres por una herida. Te enorgulleces de sufrir hasta hartarte. Y luego te acostumbras a soportarlo todo. Te crees acorazado, sucio de arriba abajo. Con un alma de acero templado.

Observa la sala y la emoción encuentra dentro de ella un lugar intacto donde lloverá barro.

Expulsa la pena a un rincón del cerebro, se sienta a la barra. Pocos conocidos. Unos echan las cartas del tarot encima de un tapete verde desgastado, intercambian insultos más o menos contundentes.

Al teléfono, una chica pega broncas, gesticula enfadada de cara a la pared. Lleva gafas oscuras, otros días se pone un pañuelo para disimular el cuello. Manu no sabe si es del barrio o si viene por aquí a comprar mercancía. No habla con nadie. Sólo se arrastra cuando la casca su amiguito, por la noche y en secreto. Para todos los demás es majestuosa.

Manu vacía la copa de un trago, con la esperanza de que su vecino de barra comprenda lo que significa.

Lakim camina por la acera de enfrente. Le hace señas para que salga. Hace meses que están juntos. No recuerda haberle manifestado el menor deseo de estar con él, pero la recupera regularmente y se la lleva a casa, como adoptada de oficio. Con el cuelgue que suele llevar le es difícil tomar decisiones. Se adapta a las circunstancias, a él entre otras.

Ella le tiene afecto. Salvo que no la soporta tal como es.

Y se equivoca si piensa que cambiará lo más mínimo por él. Su historia parece una carrera directa contra el muro. Sus ideas sobre la vida no son moco de pavo. Ella tiene sólidos motivos para ser quien es. Para Manu, mientras haya más polvos que porrazos, no hay razón para dejarlo.

Decididamente, a ella le encanta cómo se la mete, como si la odiara por mover tanto el culo y gritar tan alto. Como si la odiara por hacer guarradas que lo enloquecen y no poder dejar de hundirse y tomarla de lleno, abrirle el culo, salpicar su garganta. Como si ella despertara la parte mala de su alma, la que avergüenza, y que la despertara con puta eficacia. Pero todo se paga y él tiene tendencia a cobrarle

un poco caro por eso.

—¿Sigues viniendo a este bar de yonquis? ¿No tienes nada mejor que hacer con tu vida?

—¡Que te den por culo!

Él le suelta una buena hostia. Ella se tambalea por el golpe. Un tipo en coche disminuye la marcha, de esos que se meten si le pegan a una mujer. Le pregunta a Manu si está bien, ella escupe a un lado.

—Sigo de pie y entera. ¿O no lo ves?

Lakim le hace señales al tipo para que se largue. Luego se vuelve hacia ella, enloquecido:

—Joder, nunca he tocado a una mujer, ¿estás satisfecha?

—Precisamente hace un rato había una mujer en el bar que recibe sus buenas hostias del marido. Tenemos el día. No es que me supere, pero te recomiendo que no insistas. Además, no creo que tengas la ocasión de volver a hacerlo.

—Me buscas demasiado las pulgas, Manu, no quería hacerlo, pero me las buscas demasiado, en serio.

—¿Querías algo en particular?

—Quería saludarte. Eres mi amiga, te veo, quiero saludarte... Contigo siempre acabamos igual.

—A partir de ahora, deja de verme como tu amiga y ni me saludes, tengamos la fiesta en paz. A propósito, ¿sabes algo de Radouan? Hoy lo buscan todos, ¿no has oído nada?

—Nada que ver con este mocoso. Y tú tampoco deberías verle tanto...

—Lo que sé, es que a ti no quiero verte nunca más. Adiós, gilipollas, voy a ponerme ciega.

Lo repasa con la mirada antes de salir. Hoy le ha llenado tanto la cabeza que ni quiere esforzarse por dejarlo. Le encantaría darle la lista de los amigos de él a quienes se tiró cuando estaban juntos. Con lujo de detalles de las veces en que ocurrió cuando estaba cerca. Sus mejores amigos. Se quedaría frito al enterarse. Buena ocasión para soltar bofetadas a conciencia. Se encoge de hombros. Demasiadas historias y poca diversión. Finalmente, tampoco le tiene rencor, no quiere verlo más y basta.

Intenta un movimiento para retenerla. Manu vuelve al bar. Karla la espera cerca de la puerta. Una chiquilla boba y sonriente, que bebe demasiado y al rato pierde todo el control de su dignidad. Ha visto la escena por la ventana, chilla indignada:

—¿A que te dieron?

—Sí, no te pierdes ni una. Quizás me la busqué, pensaba que no te llegaba el sonido.

—Joder, si te lo tenías que cargar ahí mismo. No dejarte. Yo no soportaría que ningún tío me pusiera la mano encima. A mí, si me toca mi chico, me las piro al

momento. Joder, no lo soportaría.

—Yo, mira, mientras no me echen esperma sifilítico ahí dentro, me lo trago prácticamente todo. ¿Llevas para invitarme a un trago?

—Puedo invitarte toda la noche, acaban de pagarme el paro.

SIETE

Nadine retuerce el hilo de los cascos de sus Walkman hasta lograr que el sonido le llegue a ambas orejas. Mientras camina, intenta mantenerlo en la buena posición. Hace apenas dos semanas que cambió los cascos. ¿Cómo se lo montan algunos para conservar el mismo juego durante meses?

Mató a un tipo. ¿Y qué pasará ahora? ¿Qué es lo que ha ocurrido? No la sorprende en absoluto. Tal vez debía ocurrir. Podía pasar de todo. ¿Por qué Bouvier? Vaya una elección... Punto positivo: pocos pensarán en Francis cuando descubran al muerto. El muerto... Nueva palabra. Absurda.

Intenta imaginar quién va a descubrirlo y en cuánto tiempo. Una mujer pasa a un salón, habla de cosas corrientes, de embotellamientos o de una pelea o de la organización de una fiesta. Una mujer que entra en casa y habla con su marido porque sabe que él ya ha llegado. Habla del autobús que estaba a reventar, o de una llamada que la dejó agradablemente sorprendida. Y en medio del salón topa con una enorme masa ensangrentada. Absolutamente descolocada. El cadáver de su marido. Con el cráneo completamente aplastado. ¿Cómo podrá conseguir meterse en la cabeza, entender, eso que no se puede quitar de la vista? La vida de la señora acaba de tambalearse y su pequeño cerebro no sabe cómo grabar la información. La señora chilla en medio del salón, ulula y solloza. O quizás farfulla, o se sirve una copa. Tal vez se pellizca el lóbulo de la oreja, un ademán de los suyos que hace inconsciente. Ninguna reacción decente ante un cadáver con las tripas al aire, sangre espesa que chupa la moqueta. Incluso, tal vez pensó primero en el modo de quitar esa mancha. Y a continuación, se avergonzará de haberlo pensado en ese momento. O tal vez se sentirá aliviada, tal vez pensará en su amante al fin alcanzable.

Pero quizá Bouvier no esté casado. Tal vez sea un niño que juega a la pelota en el barrio quien lo descubra de casualidad, como en las series de la tele. La pelota rodará hasta el cadáver, él llegará a los gritos y brincando. Su carita de niño juguetero, ojos grandes llenos de inocencia y una curiosidad ajena a la aprensión. Ropas de niño, como las que se ven en los grandes almacenes, sudaderas de todos los colores, con un barco en la parte delantera. Llegará corriendo, con el paso divertido de los niños jovencísimos. Un niño alegre, revoltoso, con la boca embadurnada porque acaba de comerse un Miko. Tiene mofletes, es un niño bien alimentado, un niño amado. Recogerá su pelota de color limón vivo manchada de sangre muy roja y aún húmeda. Le quedará un poco en las manos. Manchas oscuras en la pelota que fue a tropezar contra el cráneo aplastado del cadáver en medio del salón.

Sweet young things aint't sweet no more.^[5]

Al muerto lo descubrirán sin duda los bomberos avisados por los vecinos, a causa del olor. Por lo visto el olor de los cadáveres en descomposición es fuertísimo.

Mierda de auriculares, por más que tire del cable, no consigue restablecer el contacto. Está llegando a su calle. Andamiajes en hilera, restauran las fachadas de las casas. Ojalá Séverine no haya vuelto. Un poco de paz.

Un suspiro de alivio al abrir la puerta, silencio absoluto en el piso. Tiene prisa por la cita. Llena una olla con agua caliente y la pone a hervir. Se sienta frente al pequeño horno, se masajea la nuca. Postales y fotos clavadas con chinchetas en la puerta del armario. Manchas de café recorren la puerta de la nevera. Se le derramó por la mañana y no tuvo ganas de limpiar. Coge una esponja, la remoja en agua fría y frota.

Bouvier debía dinero a Francis, mucho dinero. Desde hacía tiempo, muchísimo tiempo. Dejaron de verse más o menos cuando para Francis las cosas empezaron a ponerse francamente mal. Caída en picado durante unos años. Alternó todos los esquemas del hundimiento, primero parroquiano omnipresente y arruinado del bar, luego incursiones en la droga, por el camino se convirtió al speed, luego a la codeína, finalmente pasó de todo. A veces se enclaustraba en casa de alguien, rehusaba salir durante un mes. Otras, se dedicaba al timo y, con el dinero robado, se encerraba en un hotel una semana. Todos esos años había practicado con talento las diferentes estaciones del descenso a los infiernos.

Pensaba cada tanto en ese dinero que Bouvier le debía entonces, no hablaba de otra cosa durante días y días. Esa pasta resolvería todos sus problemas. Pero no llamaba nunca a Bouvier. Le daba vueltas al sempiterno soliloquio y se iba exasperando. Juraba que iría a París al día siguiente a liquidar este asunto. Y nunca iba. Desordenadamente, confundía esa deuda con su situación. Bouvier se transformaba en el responsable único. Pensándolo bien, no era demasiado sorprendente que Francis acabara chafándole la cabeza. Pensándolo mal, era un acto de demencia pura: no se habían visto en años.

Nadine conocía bien a Francis, tan bien que los actos más insensatos se volvían comprensibles. Porque se trata de él, ella lo cree. Por encima de todo. Incluso lo ayudó a tejer su telaraña, de tanto hablar su idioma y responder por todas sus palabras. Esta vez, se ha pasado definitivamente. Llegó el momento de comparecer ante los hombres.

Piensa: «Si lo coge la poli, lo encerrarán en el manicomio». Para los neófitos, su comportamiento está relacionado con la patología. Se ha vuelto incluso peligroso. Nadine echa el agua hirviendo en un tazón desportillado. Y dice en voz muy baja: «Es a mí a quien llamas cuando precisas ayuda de veras, porque actúo como si fuera tu novia, y soy la primera en pensar que estás como un cencerro». Sacude la cabeza como para desprenderse de la idea. Qué inmensamente solo está Miguel y cuánto necesitaría a alguien capaz de acompañarle, de rescatarle. De semejante hazaña, ella

es incapaz.

Lo vislumbra claramente en el pasillo de un hospital. Deambula en medio de otros enfermos, recluso. Aprieta los dientes, hace una mueca como para deglutir. La imagen persiste. Está a punto de ocurrir. Es exactamente lo que significa. Mató a alguien.

No quiere abandonarle. No quiere verle perder.

Cuánto tiempo pasado impregnándose de él, cuántas renunciaciones para que consienta a conservar la a su lado. Lo ha escogido en contra del mundo. De una vez para siempre, y no podía escoger mejor.

Está llegando tarde. Podría quedarse aquí, dejarlo plantado. Pero necesita la pasta. Y no tiene más remedio que salir, dejar de dar vueltas. Finalmente, se le ocurren un montón de cosas, se siente más intranquila ahora que después de enterarse de la noticia.

Se cambia de ropa, busca dos medias iguales en la cómoda, se las pone. En lo alto de sus muslos la carne asoma en chichas; cuando engorda más de la cuenta, le roza al andar, hasta provocarle rojeces dolorosas. Se pone kohl en los ojos, no consigue dibujar una raya idéntica en ambos lados porque le tiembla la mano. Fuma demasiado, además abusa del café. O tal vez sea una cuestión de torpeza.

Sale, la vieja de abajo la saluda cuando se cruzan. Desde aquella vez en que la ayudó a subir la compra, la vieja de abajo está de buenas. Lleva siempre el mismo abrigo negro. Suele cuidar a su nieta y siempre le compra los mismos caramelos.

Al pasar, Nadine se mira en el escaparate de la farmacia. La falda le aprieta demasiado, se le sube al andar. El culo ondea reclamando jodienda.

Cuando va al trabajo, siempre lleva la misma ropa, el mismo perfume, siempre el mismo pintalabios. Como si hubiera pensado qué traje se pondría y no quisiera saber más del asunto.

Los transeúntes la miran de otro modo cuando lleva la ropa de puta. Los mira con descaro, está a merced de todos los hombres que pasan, incluso los más viejos y los más sucios pueden montarla. Mientras paguen en metálico, se echa de espaldas para que la utilice cualquiera.

Estación de Charpennes. Camina veloz. Repiquetea los tacones de la chica del asfalto, el rumor de la zorra apresurada.

Unos niños la emplazan cuando pasa. No les contesta nada, la alcanzan y la rodean. Uno advierte: «Tiene buenas piernas, unas piernas para que se la metan bien metida». La escoltan unos metros: «¿Seguro que no quieres dar una vuelta con nosotros?». Debe quitárselos de encima antes del pasaje, no vaya a ser que se les ocurra seguirla hasta la puerta del viejo. No le gustaría. Se para en seco y los mira con orgullo, es una cuestión de determinación: «Voy ahí a trabajar. Mil francos la hora; si tenéis una oferta mejor, os dedico mi tiempo. Si no, os largáis de inmediato».

No se va en seguida, espera como si debiera llegar una respuesta. Vende el culo, no se lo pueden permitir. No contestan nada, sigue su camino. Espera que no insistan. Han dado media vuelta. Da gracias al cielo y se adentra en la calle estrecha y en sombras. Apesta a comida y basura.

OCHO

Manu se agarra a Karla para no caerse.

—Joder, cuando bebes demasiado, de pronto te das cuenta de que te has pasado. Y es demasiado tarde, ya no puedes hablar. Entonces hay que empezar a estar atento porque puede ocurrir cualquier cosa. En fin, que no controlas nada...

—Joder, estoy harta de perder el tiempo en el Tony's. Cuando lo pienso, veo que siempre estoy metida ahí y es un coñazo. No hay ni un colega, es un palo y un auténtico coñazo. Sólo tú, que te conocí allí, pero el resto me importa un carajo.

—Vas bien, porque les traes sin cuidado. Hacen ademanes, se toquetean, están vacíos. Todos reventados por el miedo. El problema no está en Tony's, es igual en todas partes y habrá follón.

A Manu le gustaría darle algunos detalles, pero Karla la interrumpe:

—No quería decírtelo porque es un asco. ¿Sabes qué murmuran sobre ti ahora?

Manu niega con la cabeza y, al tiempo, afirma que le da lo mismo. Han llegado a orillas del Sena, muy cerca del agua. Manu aúlla:

—Joder, ¡qué lugar más guapo! Te dan ganas de ir a vivir al campo. ¡Qué chulos los ríos, a mí me chiflan! ¡Me entran ganas de estar junto al mar! A la mierda el Tony's, que digan lo que quieran. Un lugar fantástico. Un pack de cerveza en plena humedad, ¿por qué romperse los cascos? Serenidad, Karla, sigamos por el buen camino. Aprovechemos que no están y que se fastidien.

Para Karla las cosas no son precisamente así. Insiste:

—Son rumores que van corriendo. No sé qué hijo de puta empezó el bulo. Pero no hay que fiarse de nadie. Por lo visto te han visto en películas guarras. Incluso dan unos detalles asquerosos. Estaba tan asqueada que no quería decírtelo. Tú siempre ayudándoles a todos, buenaza como nadie, y todo lo que se les ocurre decir es...

—Vale, si no querías decirlo podías callarte, ¿qué quieres que te diga?

—Prefiero decírtelo. Es un asco. Prefiero que lo sepas.

—Vale, ya estoy al corriente. ¿Y a mí qué? Tráemelos uno a uno, que los pongo en fila y les cago encima. Tranquila, Karla, eres demasiado sensible.

Mientras habla, Manu se revuelca en el suelo, cruza los brazos, se desgañita mirando el cielo. Sinceramente convencida de su capacidad para inundar el barrio entero de una sola cagada, y eso le encanta. Todavía hay sol, es un lugar fantástico. De hecho, aún estaría mejor si Karla no estuviera. Una chica que no está mal, pero finalmente tiene ideas muy estrechas, encogidas. Sus ojos empequeñecen, ojos que no permiten la entrada a gran cosa. Y todo lo que desborda la enfurece.

A Manu le gusta todo lo que desborda, todo lo que resbala le encanta. Tiene

ansias profundas y desplazadas.

Y la jodienda es lo único que conoce que merezca una parada y algún esfuerzo. Karla es como las demás, miedosa y agresiva.

Para un coche, cerca de donde están. Golpean las puertas, Manu no le presta atención. Chilla:

—Te digo, Karla, que dilatemos el ano y el cerebro lo seguirá. Abre tu mollera, mira a lo lejos, Karla, en serio... Dilatar las ideas...

—Pues a nosotros, chicas, no son precisamente las ideas lo que nos gustaría abriros.

Karla está de pie. A Manu le cuesta levantarse. Pocas ganas de que la incordien. Pocas ganas de tratar con ese vozarrón de imbécil. Ni con sus zapatos de punta. Ni con los mocasines del vecino, ni con las zapatillas de deporte del de atrás. Se quedan calladas, miran el agua. Los tres tipos se acercan:

—Vamos, no pongáis esa cara, dice eso para hacer ambiente.

—Sólo hemos venido para relajarnos un poco. Vemos a dos chicas y pensamos que quizás podríamos relajarnos juntos... No queremos incomodaros, chicas, sólo queríamos presentarnos...

Manu se levanta. No quiere mirar a los tipos. Inútil observarlos de cerca para comprobar sus fachas. Pequeños, tiñosos y borrachos. Les ha caído la lotería. Karla estira su falda, la boba perfecta. Manu la coge del brazo, y con una señal, les dice:

—Nosotras nos íbamos, tenemos cosas que hacer. Lástima, que lo paséis bien...

El de los mocasines se le planta delante:

—¿Seguro que no tienes tiempo para una partidita de polvos?

Le pone la mano en los pechos. Ve a Karla con la cara pegada contra el suelo y el tipo encima —el de las zapatillas de deporte—, que le mete una hostia fenomenal y la trata de imbécil.

Oye a Karla gritar y llamarle. Siente entre sus muslos la mano del otro tipo, cómo le destroza la concha. Se lo pasa en grande diciendo: «Esta no es demasiado arisca», y la tira al suelo. «Bájate las bragas y abre las piernas, ábrelas bien, así no te dañaré con mi magnífico aparato».

Ella obedece. Se da la vuelta cuando se lo pide. Karla lloriquea y no calla, suplica que no la toquen. Uno de los tipos la sujeta por el pelo. Le echa la cabeza para atrás llamándola putilla. Tiene la cara enrojecida, está congestionada y a punto de llorar. Le bajan mocos de la nariz y la sangre le llena la boca. Si intenta hablar, babea sangre. Unas rayas de color rojo separan sus dientes. Otro tipo la coge por el hombro mientras ella se protege la cara con los brazos antes de caer de rodillas. Una masa encogida y llorosa. Aterrorizada, suplicante. Manu dice: «Ya vale, dejarla en paz». El tipo de encima se lo pasa en grande y con la mano le golpea la nariz. Explosión detrás de los ojos, luego dolor sordo en toda la cabeza. Los otros levantan a Karla. La

apoyan contra el capó del coche, le retuercen los brazos en la espalda. Le golpean la cabeza contra la carrocería. Varias veces. Un ruido importante, pero por aquí nunca pasa nadie. El tipo de encima le murmura:

—Dime, cariño, ¿qué te parece mi polla? No parece disgustarte, ¿eh?

Oye cómo a Karla le caen bofetadas entre dos protestas. Teme que la hostien demasiado, que la desmonten del todo. Teme que reviente. Le grita: «Pero ¡joder! ¡Déjales hacer para que no te peguen!». Ellos se regodean. «Estas puerkas follan como conejas... Intenta darles por el culo, apuesto a que es más amplio que la vía legal...»

¿Qué harán luego?, ¿qué acabarán haciendo? Llevan un colocón de lo más violento. Y, francamente, el alcohol no los hace nada simpáticos. Contentos de estar juntos, intercambian unas buenas bromas, tienen una actividad común, un enemigo común. ¿Hasta dónde piensan llegar para probar su unión? ¿Les abrirán el vientre o les clavarán un cañón de escopeta bien hondo para hacerlas explotar desde dentro? ¿Cuánto tiempo más les divertirá seguir metiéndola y contando chorradas? ¿Qué tienen previsto para después? Manu reflexiona. Si se han puesto de acuerdo, si han decidido joderlas hasta que dejen de respirar, lo tienen claro, no se echarán para atrás. Pero tal vez sólo querían violarlas. Sobre todo no hay que asustarles, sobre todo que no les entre el pánico. Sobre todo no provocarles para que no pasen de los golpes en la jeta y las violentas embestidas de cadera. Le gustaría que Karla se calmara, sobre todo que no la hostien, no estaba previsto. Sobre todo mantenerse viva. Cualquier cosa para mantenerse viva.

—Es increíble, cómo se deja esta tipa.

—No me extraña. Con esa pinta de deficiente que tiene no la deben empalar a menudo, ¿eh?

—No te fíes, debe confundir su coño con el cubo de la basura.

—Podíamos haber traído condones, nunca se sabe... Con tías que se dejan violar...

La broma les divierte un rato. Otro tipo se le tira encima; antes de echarse, le golpea el interior de los muslos con los pies para que abra más las piernas. Cuando la penetra le dice: «Muévete, mueve el culo para sentir lo bien que te follo». Karla está estirada en el suelo a su lado, convulsiones sacuden su cuerpo, alguien se mueve encima. Tiene las piernas muy blancas y mórbidas, tiradas a cada lado. La piel manchada de tierra y hierba. El culo del tipo sube y baja, blanco con granos rojos y unos cuantos pelos negros. A ratos, da sacudones más violentos y, cada vez, Karla grita mientras él parece alegrarse. Tiene el pelo grasiento y los dientes de adelante podridos.

El tercer tipo le pide a Manu que se dé la vuelta. Dice:

—Límpiate el culo, estás llena de tierra.

Ella mira al suelo, en la hierba hay un poco de sangre suya, de cuando el tipo le pegó en la nariz. Otro, de pie, los observa. El que le va dando por detrás se impacienta:

—Es como follarse un cadáver.

El que mira, añade:

—Fíjate en ésa, ni ha llorado. Joder, eso no es una mujer.

Ella mira al que acaba de hablar, se da la vuelta y echa un vistazo al otro por encima del hombro. Sonríe:

—¿Y tú qué crees que tienes entre las piernas, imbécil? El tipo se retira. Mejor hubiera cerrado el pico. ¿Cómo se le ha podido ocurrir darle al rollo? El más bajito de los dos, el de los mocasines, dice:

—Se me han pasado las ganas, estas cerdas son demasiado asquerosas. Pura basura.

Al tercero le piden que espabile y termine, quieren largarse en busca de chicas más follables, estas dos son para los vagabundos y los perros.

Manu está en el suelo bocabajo. Se acabó. Siente dolor en la espalda y las rodillas. ¿Seguro que habrá terminado? Sigue con vida. Ya se van. También le duele la cabeza. Con la lengua siente cómo se le mueve un diente.

El otro se pone los pantalones. Van hacia el coche. Manu se coloca boca arriba con precaución. El dolor es leve cuando se mueve, por lo menos no tendrá nada roto. Mira el cielo. Oye a Karla gemir a su lado, siente ganas de vomitar. Dolor en los pechos también... Joder, ¿por qué la hostiaron tanto si no se resistió? Oye a Karla sorber los mocos. Pocas ganas de tenerla ahí, ni de hablarle. Karla consigue articular: —¿Cómo has podido hacerlo? ¿Cómo has podido dejarte de ese modo?

Manu no contesta en seguida. Percibe que le produce a Karla más asco que los mismos tipos. ¿Cómo ha podido hacerlo? Vaya chorradas...

Oye el ruido del motor. Se acabó. Contesta:

—Después de eso, es fantástico poder respirar. Estamos vivas, me encanta. No es nada comparado con lo que te pueden hacer, total es sólo un golpe de polla...

Karla sube el tono, anuncia el ataque de nervios: —¿Cómo puedes decir eso?

—Puedo decir eso porque me resbalan completamente sus pobres pichas de pajeros, porque ya he tenido otras en el vientre y porque me cago en ellos. Es como un coche que aparcas en el centro, no dejas chismes de valor dentro porque no puedes impedir que lo abran. Cariño, no puedo impedir a los gilipollas que lo abran y, además, no he dejado nada de valor adentro...

Karla la observa, tiene la cara hecha un cromo. No consigue hablar. Parece sofocada. A punto de explotar. Manu corrige rápidamente. Sobre todo tranquilizarla; sobre todo evitar el ataque de nervios:

—Perdóname, hemos tenido bastante. Son cosas que pasan... Somos chicas, ¿qué

quieres? Ahora todo ha pasado, verás, todo irá bien.

Karla se ha incorporado doblada sobre sí, le sale sangre de la boca y de la nariz, de su ojo derecho, hinchado, caen lágrimas de rímel. Le tiemblan los labios:

—¿Cómo has podido hacerlo?

Se da la vuelta y avanza hacia el coche, que sigue allí. Alza el puño, los insulta mientras llora. Grita:

—¡Hijos de puta, no os creáis que soy así, me las vais a pagar, me las vais a pagar!

El coche golpea a Karla de lleno. Manu no entenderá nunca cómo ella pudo echarse a un lado tan rápido. Cómo pudo evitar el coche y correr hacia la calle.

NUEVE

Apenas cierra la puerta y ya le está tocando el culo. Protesta:

—Sabes que prefiero que llames desde abajo, por si mi hijo aún está en casa.

Billetes plegados en la mesa. Hule beige agujereado por cigarrillos y cercos oscuros en el lugar donde pusieron cacerolas hirviendo.

Nadine echa el dinero en su bolso, se quita la chaqueta y se desabrocha la falda.

El apaga la luz, deja la tele encendida, se quita los pantalones, se sube el jersey y se tumba en el colchón que está en el suelo. Ha recogido las piernas y no deja de mirarla, sonriente. No por ella, sino porque sabe que se le pondrá encima y obedecerá. Parece un gran pollo triste, por las piernas y el barrigón. Le pide que no se quite los tacones y se acaricie el pecho. Cada vez lo mismo. Es uno de sus clientes más antiguos.

Seguro que le meterá la lengua en la boca. Le dejó una vez y ahora siempre quiere besarla. Recuerda una novela en que Bukowski contaba que para él lo más íntimo era besar en la boca. En ese momento le pareció una reflexión chorra. Ahora la comprende mejor. Entre sus muslos, bien lejos de la cabeza, consigues pensar en otra cosa. Pero la boca, eso sí que te llena.

A los pies de la cama hace la gilipollas un rato, mientras él se la pela mirándola. Luego le pide que se tumbe y la monta.

Aparta el cabello que le esconde la cara porque quiere verle los ojos. Le gustaría saber cuánto daría por verle las entrañas. ¿Qué se imaginarán los tíos que esconden las chicas para querer siempre verlas por todas partes?

La está cavando, suda a chorros y sopla ruidosamente. Un aliento fétido. Un viejo podrido. Lo hará todo para no correrse y sobre todo para que dure el máximo posible. Finalmente ella acabará teniendo pelos suyos pegados a los pechos por el sudor. En la tele, una chica intenta contestar las preguntas de un presentador aplicado, elegante y divertido.

Nadine mueve las caderas sin pensar. Él dice cosas sobre su cuerpo y qué caliente tiene el culo. La agarra por las caderas para orientarla, le sube las piernas y le abre lentamente las nalgas. Hace todos los gestos posibles para demostrarle que la utiliza como quiere. Le pregunta si se está corriendo.

Le ocurre con facilidad y a los clientes les encanta.

Cuando ha eyaculado, Nadine se levanta y se viste. Hay demasiada mugre para ducharse. Él dice:

—Es demasiado caro, demasiado para mí, sabes... Mira en qué condiciones vivo...

Agujero de ratas. Sórdido. No consigue imaginarse cómo puede vivir con su hijo aquí dentro. No consigue imaginárselos comiendo a los dos solos. ¿Qué aspecto tendrá el hijo? ¿Sospechará algo? ¿Se lo contará a los amigos: «Mi padre se regala una puta siempre que salgo, se gasta toda la pasta»? Nadine pregunta:

—¿Quieres que no vuelva?

—Claro que no. Quiero que sigas viniendo. Pero como nos vemos a menudo podrías hacerme un descuento, ¿no te parece? Y luego, esas cosas que tienes en la espalda, antes no las tenías, sería lógico que me rebajaras el precio, ¿no? Además, te pido poco tiempo, es difícil para un hombre como yo juntar esa cantidad.

—Búscate una puta más barata.

—Espera, lo que no entiendes...

Nadine sale sin dejarlo terminar. Lo que entiende es que es un coñazo. En la escalera le grita que la espera el jueves próximo a la misma hora, que se las apañará.

No piensa volver nunca más. Este viejo de mierda acabará confundiéndola con una enfermera.

Entra en la primera tienda de música que encuentra. Compra unos auriculares. Los más baratos de los pasables. El vendedor es amable; antes de que salga, le pregunta: «¿Ha estado llorando?». Se aguanta para no aconsejarle que se meta en sus asuntos y lo mira extrañada. El insiste: «Se le ha corrido el rímel debajo de los ojos, como si hubiera estado llorando». Maquinalmente, se frota debajo del ojo, da las gracias y se va. Se le olvidó retocarse el maquillaje antes de salir.

Conecta los nuevos auriculares. Sube el volumen a tope. *You can't bring me down.*^[6] Eso lo cambia todo. Muro de guitarra directo a la sangre; ahora se da cuenta de que si le chuta a un edificio, se derrumba al momento. Por ese precio, los auriculares no están mal, no es un día completamente podrido.

Sentada en el metro, se observa las manos. El tipo de al lado le sonrío. Hace como que no lo ha visto.

De todas formas, aunque le salga caro, al viejo de mierda ya le gusta tener a una como ella para desahogarse.

Tumbarse para que te colmen de leche, serle útil a todos. ¿Lo llevará en la sangre?

Cierto que es mucha pasta. Nunca sabe si vale realmente la pena. Su picha huele siempre a rancio cuando la toma en la boca. Y sin embargo es menos pesado que ir a trabajar.

Claro que tampoco es tan fácil encamarse poniendo buena cara. Al principio, crees que te basta con tener los tres agujeros para que te la metan y desconectar mientras dure. Pero dura mucho más, no basta con una ducha y largarse.

Deseo furioso de destrozar algo, algo sagrado. Ese trabajo le gusta.

Una voz de niña le retumba en el cerebro: «Mamá, ¿qué es lo que me pasa?». Sin

que Nadine recuerde exactamente de qué se trata.

El tipo de al lado se inclina para decirle algo. Ella no hace caso.

Nunca habla con nadie de sus cosas. No siente vergüenza. Existe cierto orgullo en caer tan bajo, el heroísmo de la decadencia. Siente desprecio por los demás, los que no saben nada y la miran desde lo alto cuando pasa, porque creen tener más dignidad.

Encaja bien en este oficio. Sobre todo cuando llega el momento de patearse la guita. Atracar un supermercado donde topas con mujeres que escogen a sus amantes, las que follan gratis. Las que cuentan sus monedas para alimentar a la familia.

Cae en la cuenta de que sonrío en el vacío. El señor de al lado cree que es a él, le pone la mano en el hombro para que se quite los Walkman y atienda. Se levanta y se va a esperar en la otra punta del andén.

You'd better take a walk in my wood. You'd better take a walk in the real world.

Alguien muerto.

No deja de costarle un montón acostumbrarse a la idea.

No ha cerrado la puerta y ya oye gritar a Séverine.

—Que te sirvas mi whisky sin pedírmelo ya no me gusta nada. ¡Pero al menos podrías guardarlo!

—Te he dejado algo. Agradéceme el esfuerzo.

Nadine se va a la habitación a cambiarse. La otra detrás:

—Siempre la misma historia; si te llamo la atención, contestas una chorrada y te largas. Eres incapaz de dialogar.

Y cuando compartes piso, hay que dialogar. Eso requiere respeto y esfuerzo, ¿entiendes? Algo de lo que dudo seas capaz...

Nadine se pone un jersey. La otra nunca se atreve a preguntarle por qué se pone falda y tacones varias veces a la semana.

¿Qué dirá cuando se entere de lo de Francis? ¿Qué dirán todos ellos?

Séverine continúa explicando cómo son las cosas cuando compartes piso. Es una chica guapa. Elegante, casi refinada. Le falta gracia cuando se mueve. Poco agradable de mirar cuando está en movimiento. Como si su cuerpo la molestara. Le falta emoción. Tiene un cuello inmenso, de una blancura perfecta. ¿Qué locura inventará cuando se entere de lo de Francis? No tiene derecho a opinar, ningún derecho a sacar una puta conclusión al respecto.

Antes de que se le ocurra la idea, las manos de Nadine encuentran instintivamente sus marcas en el cuello de Séverine y lo aprietan con rabia, implacablemente. Hay que hacerla callar. A horcajadas sobre ella, Nadine la sujeta contra el suelo. No piensa en nada. Concentrada, aplicada. Cuando folla, a veces le parece que se sale de sí misma, que se olvida un instante. Desconecta la parte que observa y comenta. Es la impresión que le produce. Cuando vuelve en sí, está estrangulando a Séverine.

Así que es cierto eso de que la lengua cuelga un poco.

Y lo de los ojos salidos también.

Se levanta y se echa el pelo para atrás. A menudo soñó con un cuerpo que esconder. Lo cortaba a trozos y llegaba alguien; sorprendida, tiraba los trozos de cualquier manera por ahí y se ponía a tomar el té con los invitados. Miembros desgarrados tirados bajo el sofá, metidos entre los cojines. Un sueño que tiene a menudo, en el que debe conversar, como si no ocurriera nada. Con un brazo que se sale de la cómoda.

Es razonablemente imposible cortar el cuerpo de Séverine para esconderlo. Aunque sería sin duda lo más sencillo, aserrarla a trocitos, meterlo todo en bolsas de basura y guardarla en la nevera. Y quitárselos de encima progresivamente, repartirla por la ciudad.

No le queda tiempo para hacerlo, debe largarse esa misma noche.

¿Cuánto tiempo tardarán en descubrirla si lo deja todo así tirado? ¿Cuánto tiempo en forzar la puerta? ¿A quién le importa? Séverine hace sustituciones en el trabajo, acaba de terminar su función. Nadie se preocupará por ella en el trabajo. Su madre está acostumbrada a no tener noticias de ella durante semanas. No se ve con nadie regularmente. Pasará, pues, bastante tiempo antes de que fueren la puerta. Tal vez por eso tenía tantas ganas de tener novio... Para estar segura de que alguien se preocupaba si desaparecía. Nadine podría dejarla pudrirse ahí mismo, nadie sentirá bastante su ausencia para ocuparse de su paradero.

Nadine busca los chismes que le encargó Francis. Solo a él se le puede ocurrir pedir un cinturón y un libro para un viaje definitivo. Las cosas tienen la importancia que les das. Allá él. Y para ella, para irse para siempre, ¿qué se puede llevar? Ni la menor idea. De niña, cuando se fugaba, nunca sabía qué llevarse. Remueve sus cintas, coge unas diez, y también se lleva la botella de whisky y el talonario de Séverine. Pasa por encima del cadáver varias veces.

Suena el teléfono. Siempre le pareció hostil y amenazador. Imposible saber quién llama y por qué. Siempre el mismo timbre, sea cual sea la noticia. La impresión de que los de afuera intentan vigilarla, acosarla hasta en su propia casa y hacerle comprender que pueden entrar cuando les dé la gana. Ahora, ha hecho todo lo necesario para legitimar su miedo al teléfono. Todas esas angustias estúpidas, y el miedo en sordina. Como un aplazamiento de la libertad condicional. Todas esas cosas familiares y desprovistas de sentido. Ahora, ha hecho lo necesario para que su propia realidad y la realidad de los demás coincidan algo mejor.

Los auriculares nuevos le hacen daño en las orejas.

L'essence même du mal. Toutes nos grandes villes, toutes nos belles filles, autant de foyers d'infamie!

Nadine se pregunta si debe tomar el autobús o el metro para no perder el último TGV. No le ha dado tiempo de ducharse.

DIEZ

Qué puta mierda, le estalla el pecho. Demasiada carrera. Manu se pregunta si algún día recuperará todo su aliento. Le sigue viniendo a la memoria, nítido, el efecto que le hizo oír eso. El grito de Karla al dar contra la plancha. El ruido sordo del cuerpo contra el capó. No vio gran cosa, echó a correr al momento, casi antes de que ocurriera. Justo cuando se iba, su cabeza grabó el alarido y el extraño estrépito.

Se para en un bar, hurga en sus bolsillos, pone en fila el cambio que le queda. Lo cuenta alineando las monedas en la barra.

—Quiero un whisky y telefonar.

Llama a la policía y dice:

—Hay una chica en el muelle, cerca de la disco, justo abajo, donde hay árboles. Vi cómo la atropellaba un coche. No sé si aún se mueve pero no estaría mal ir a ver.

Luego llama a los bomberos; de la poli no se fía porque es demasiado malhablada. Los bomberos le inspiran mayor confianza.

Bebe de un trago, evita demorarse en el bar, no vaya a ser que los polis vuelvan a llamar. Ahora, la cuestión es irse a casa y llenarse a tope hasta caer redonda.

Se va andando, desconfía de cualquier coche que pasa, no sea que la busquen. Al tiempo, se pregunta quién podría dejarle pasta.

En Tony's las vieron salir juntas. Se verá metida en líos cuando identifiquen a Karla. Dirá que se fue a casa en seguida, que ella no fue al río. Seguro que los polis la fastidiarán igual.

Llega a casa sin saber a quién recurrir para poder comprar bebida. Imposible llegar de ese modo, está a punto de romper los muros a cabezazos. Lástima que no quede ningún tendero que le fíe.

Finalmente reconoce a Belkacem en un escúter recién estrenado.

Lo llama:

—Por favor, ¿no tendrás cien francos para dejarme? Te los devuelvo mañana; pasa por casa.

El niño le alarga el billete sin comentarios, un niño estupendo. Pregunta:

—Vaya pinta que llevas. ¿Te has peleado?

—No, me caí yo sola. Es por eso, tengo que beber para dormir. Si sigo caminando, me caigo.

—¿Sabes lo de Radouan?

—Sí, ya sé, lo buscan todos. Ese atontado no hace nada a derechas, ese...

—No, no es eso. Ya lo han encontrado. Moustaf y sus colegas acaban de pillarle. Y esta vez, creo que se ha enterado...

—¿Le han zurrado?

—Una buena. No se sabe exactamente lo que tiene. Está en el hospital. Es una suerte que aún tenga la cabeza sobre los hombros. Es lo único que no tiene roto, me parece...

Y aún... Le han hecho una cara nueva con vitriolo. Para dar ejemplo, demasiado follón en el barrio últimamente, es para quitarles el gusto de tontear a los otros...

—¿Lo viste todo?

—No vi nada. Sólo cuando lo vino a recoger la ambulancia, no sabían muy bien cómo arreglárselas para transportarle. No tenía ningunas ganas de estar en su lugar.

—¿Ácido en la jeta? Eso sí que te cambia toda una vida... ¿Sabes lo que había hecho?

—Cosas que no había pagado, que no vendía o debía... Hizo de todo un poco, ya sabes. Y, además, las primeras veces que lo visitaron se comportó como un gallito, estilo yo me lo como todo...

—Gracias por la pasta, eres un tío legal, muy legal. Ciao, Belcass.

Entra en la tienda de la esquina. Paga por una botella de Four Roses. Va a su casa. Enciende la tele. Bebe a grandes tragos. Suena el teléfono. A la mierda el teléfono. Arranca la toma.

Eso va a ratos. Unos días asquerosos. Ya se ha liquidado media botella. No está ni embrutecida. La pone furibunda e inquieta. Quiere estar a tope y colocada lo antes posible; sobre todo no tener tiempo para pensar en lo ocurrido hoy.

Termina la botella. Sigue despierta pero aliviada. Le ha simplificado las ideas, el alcohol es buen consejero.

Se quita los trapos, rotos y sucios de tierra. Se pone unos tejanos. Lleva la piel marcada, manchas amarillentas a lo largo de los brazos. Mañana le saldrán unos putos morados. Se pone gafas oscuras y pilla el sacaclavos que dejó Radouan hace poco.

Cruza la calle y recorre unas cuantas avenidas. Sube al último piso y llama a la puerta de Lakim. No está, es la hora de sus trapicheos. Su piso se encuentra en la azotea. Tiene una ventana encima de la puerta. La escalera de acceso se guarda en el armario, cerca del contador de la luz.

Manu sube al tejado sin problema. Tiene sumo cuidado en no romperse la jeta. Destroza la ventana con la herramienta, la abre y entra en el piso.

Ya conoce el sitio, ha pasado ahí mucho tiempo. Si queda un solo mueble en esta pieza encima del cual no hayan follado, es que sigue siendo virgen. Malcolm X en la pared, flanqueado por dos boxeadores. En una caja cerrada con llave que esconde detrás de la nevera guarda toda la pasta que ha ahorrado desde que trafica. Es el único camello que conoce capaz de ahorrar. No se fía de los bancos porque teme que le pregunten de dónde viene tanto dinero. Manu descubrió ese escondrijo por casualidad una vez que se le cayó una cucharita detrás de la nevera y que, por pura intuición,

intentó recuperar. En cambio no sabe dónde está la llave de la caja; ya se las arreglará.

En el último cajón del escritorio hay una pipa y cartuchos. Lakim la llevó varias veces al tiro al blanco.

Le gustaba el estruendo aunque sin demasiado entusiasmo.

Se encamina hacia la puerta, con la caja de hierro bajo el brazo; el arma le pesa mucho en el bolso.

Pensándolo bien, está francamente colgada y titubea un poco mientras se dirige a casa de Moustaf, dos calles más abajo. Llama y le abre al momento. Mucho mejor que no hubiera estado. Pero ya que todo ha salido así... El dice:

—Tienes pinta de haber bebido más de la cuenta. ¿A qué vienes?

No la deja pasar. Manu pregunta:

—¿Estás solo?

A Moustaf se le tranquiliza el semblante. Sonríe:

—Dicen que tienes mal rollo con Lakim, ¿eh? Hace mucho que no me vienes a ver. ¿Me echas de menos?

Lo empuja adentro con el hombro. En voz más baja, dice:

—No. Vengo a decirte que no está bien lo que le hicisteis a Radouan. Nadie tiene derecho a hacerle eso a un crío.

Pone la caja en el suelo y hurga en el bolso. Oye cómo contesta:

—No tengo ninguna necesidad de recibir tus consejos. ¿Te has visto? Estás acabada.

—Ya no hay quien te dé consejos, cretino. Verás pocas acabadas como yo, así que aprovecha...

Dispara una vez y a quemarropa; se le sacude el hombro, el ruido es infernal. Es menos espectacular que en el cine. La cabeza le estalla y cae de espaldas. Ni siquiera ahora es capaz de dar pie con bola. No es como en el cine. Se le acerca porque seguro que tiene los bolsillos llenos de pasta.

Le dio en plenos morros. Una sopa facial. Le cuesta decidirse a cachearlo.

No se creía capaz de apretar el gatillo. Había venido para eso, pero pensaba que algo se lo impediría.

Antes de irse, vacía un gran saco negro de piel y mete la caja de Lakim. Revisa la cocina y encuentra una botella de ginebra en la nevera. No es que la chifle, pero es lo bastante fuerte.

Cierra la puerta al irse. Nadie a la vista. Los vecinos están acostumbrados a todo, no van a salir por un simple disparo. «Claro, esta vez soy yo la del gatillo, pedazos de mierda». No sabe a ciencia cierta si lo ha dicho en voz alta o si lo ha pensado. Bien mirado, está hecha polvo de verdad.

Empieza a anochecer. Los días de verano son muy largos. En un bar, busca

«Burgorg» en el listín. Anota la dirección. No sabe exactamente dónde cae. Sería mejor tomar un taxi, pero no lleva ni un franco y no es buen momento para abrir la caja.

En la calle se cruza con un señoritingo trajeado. Abre el bolso, saca la pipa sin saber si está cargada o no y se la incrusta en la frente.

—Dime, pequeñín, ¿verdad que llevas cartera? Pues me la vas a dar porque, a diferencia de ti, hoy es mi día de suerte.

Si el tipo empieza a marearla, le rompe a culatazos esa cabeza de calvicie incipiente. Pero está blanco y le pasa la cartera sin rechistar.

—Ahora agacha la cabeza y corre... No quiero ni verte.

Manu se aleja a zancadas en cuanto él echa a correr. Abre la cartera; ha valido la pena: está llena de guita. Es su día de suerte. Se repite a sí misma: «Más fácil imposible, el secreto es ir al grano». ¿Por qué la gente con Visa llevará dinero encima? No lo entiende. Pero le viene al pelo... Se dirige a la parada de taxis repitiendo pensativa: «Más fácil imposible, el secreto es ir al grano».

Burgorg, el responsable de la condicional de Camel, vive en un barrio residencial de clase media. Francamente, ni fu ni fa. En camino, Manu intenta cogerle el gusto a la ginebra. Francamente, ni fu ni fa ni nada.

El taxista la deposita delante de la casa. Ni una palabra durante todo el trayecto.

Antes de llamar a la puerta, tiene la presencia de ánimo de cargar la pistola. Le cuesta un poco. Se ha puesto morada.

Llama. El tipo que le abre es alto, poca cosa, cuarentón. Se lo imagina fácilmente haciendo el guaperas, comiéndoles el coco a los tipos de la condicional con sus ocurrencias. No se trata de que todos tengan la misma facha, pero igual se los reconoce.

Manu pregunta:

—¿Monsieur Burgorg?

—Sí.

—Buenos días, soy la hermanita de Camel, el que se colgó hace poco. ¿Se sitúa?

El asiente con la cabeza. No sabe si echarla en el acto.

—Mire, señor, en esta historia hay cosas que no cuadran.

El recapacita, permanece erguido y le habla en tono perentorio, típico de los profesionales de la autoridad:

—No sé de qué me...

—Yo sí. Te veo tirado por el suelo, tu asquerosa jeta hecha polvo, las tripas al aire...

Manu retrocede y apunta a la garganta. De hecho, el balazo le da en lo alto del torso; ella se anima y vuelve a disparar más arriba. Falla. El se tambalea hacia atrás y ella le incrusta el cañón en el estómago. Dispara otra vez y mira cómo se derrumba a

sus pies.

Desde un punto de vista estrictamente visual, ahora ha ido mejor. Más colores. Ya no es tan novata, empieza a gozar.

Aparece una asistenta con un trapo en la mano. Pega un chillido al verlo caído. Y recibe su merecido en pleno vientre. «Lástima que no sepa apuntar; en medio del cuello quedaría fantástico». Manu ignora al funcionario, se acerca a la mujer y le destroza la cara hasta vaciar el cargador.

Con cada detonación, su cuerpo retrocede. No se olvida de mantener firme el hombro.

Recoge el bolso y se larga corriendo. Coge el primer autobús que pasa. Y ahora, ¿qué hago?

ONCE

El viaje en tren es interminable y el hotel fácil de encontrar. En la recepción pide por monsieur Pajet. El italiano sin afeitarse le da el número de la habitación y añade:

—El señor no ha encargado una habitación doble...

—No me quedo a dormir, sólo vengo para hacerle la mamada de la noche.

Llama, Francis tarda en abrir. Dormía.

De tantas vueltas que da por la habitación, la ve más pequeña. Se masajea la nuca. Le cuesta concentrarse.

—Es increíble lo bien que duermo ahora que estoy metido en follones.

Ella se sienta en la cama, espera pacientemente que sea capaz de conversar. Abre sus Walkman para cambiar las pilas. El dice:

—Las cosas no van muy finas. A decir verdad, ni sé qué hacer. Tengo ideas, tenemos que hablar. Quiero que me aconsejes.

—Tienes buen aspecto.

—Me como el coco, diría yo... No, duermo como un bebé. No hago otra cosa, te lo he dicho. Ahora bien, soy el primer sorprendido.

Tiene una sonrisa extraña, una mueca de sonrisa. Luego reanuda:

—Lo más urgente es ir a pillar speed para ver las cosas más claras y dejar de dormir. Algo rápido y eficaz, tengo un montón de cosas que contarte.

Ella está de acuerdo, él le pasa la fotocopia de una receta en blanco.

—¿Lo haces tú, por favor?

Está convencido que ella tiene letra de médico. Así se entera de lo que está tomando. Como de casualidad. Hubiera tenido que negarse al principio y rehusar meterse en eso. Ahora es un poco tarde para echarse atrás.

—Pones arriba a la derecha...

Ella le interrumpe:

—Ya sé de qué va, ya me apaño solita.

Mientras escribe, pregunta:

—¿Cuándo ocurrió exactamente?

—Anteayer por la noche. Una semana de locos. Ni te imaginas todo lo que ha pasado en esta historia, te lo contaré todo desde el principio para que lo entiendas bien.

—No tenemos todo el tiempo del mundo.

Una vez lanzado es imparable. Digresiones incesantes. Tiene las ideas demasiado rápidas y dispersas. Sacude la cabeza:

—No, no, quiero ser breve y conciso; te lo voy a explicar con precisión, es

importante. Sería una putada que te enrollaras en esta mierda por mi culpa. Solo se trata de que le entregues esto a Noëlle.

Tira sobre la mesa un pasaporte y un sobre marrón.

—Me había citado con ella el sábado 13 de junio en el bar de la estación de Nancy. A las 5. Si no está, al día siguiente a la misma hora y en el mismo lugar. Cruza las fronteras en bici y cuenta conmigo. Es súper importante.

Lo mismo con sus asuntos: las cosas tienen la importancia que uno les da. Tiene un sentido personal de los valores y de los deberes, pero muy preciso. Noëlle ya tiene bastante, pero él decidió que era importante. Su problema.

Nadine firma la receta. Debería contarle a Francis cómo están sus cosas. Eso podría afectar al diálogo. Se lo explicará más tarde.

Él dice:

—Ahora mismo bajo a la farmacia.

Y antes de salir:

—Gracias por haber venido, me alegra verte. Poder hablar con alguien me ayudará a verlo todo más claro.

—Parece que al tipo de la recepción no le gusta que me quede a dormir aquí.

—Ya me ocuparé de eso. ¿Has visto? Hay una farmacia de guardia en frente mismo del hotel.

—Ya la he visto. No me sorprende nada, eres de los que saben elegir hotel.

Él se sonríe y parte. Ella se tiende en la cama.

Ella también está contenta de verlo, y de improviso se pregunta si no estranguló a Séverine nada más que para estar con él.

Ahora se siente atada a él, inexorablemente.

Je sais qu'à la fin je resterai seule avec vous. Et j'attends ce moment.^[7]

Podría haber comprado bebida.

Tarda en volver, y eso que la farmacia está ahí mismo. El speed le vendrá fenomenal, está reventada.

Tarda demasiado. Ella reúne sus cosas, coge el sobre y el pasaporte; más tarde, le sorprenderá haberse acordado.

Seguro que se está comiendo el coco con el recepcionista. Es capaz de convencerle de que no solo no hay que pagar ningún suplemento, sino que por el mismo precio debería darles una suite.

Abajo no está, la recepción está vacía y la puerta abierta de par en par. En el umbral, lo ve salir de la farmacia retrocediendo y sin tocar el suelo. Detonación ensordecedora. La cabeza vuela hecha añicos por el aire, un chorro inmenso y oscuro en la noche. Una bala en la cabeza.

Se encienden luces en las ventanas y alguien corre hacia el cadáver. Ella sale camino de la estación, sin pensar. Es tremendo cómo se le remueven las tripas por

dentro. Las piernas tampoco aguantan. El miedo se materializa y rebota por dentro. Es una caja de resonancia, la ida y vuelta del eco se amplifica en efecto Larsen. Piensa: «No pasan trenes a estas horas». Es lo único que se le ocurre. Como una de esas canciones estúpidas que empiezas a canturrear y no consigues sacarte de encima. «No pasan trenes a estas horas». Se queda inmóvil ante la reja. «Ningún tren, es demasiado tarde».

DOCE

Manu viajó en tren para ir a casa de su madre, que está de vacaciones con su nuevo amante. Otra vez un viajante de comercio chulo y lamentable. Un guaperas que apesta a after shave barato y que se debe poner violento cuando está bebido. Con la vida que lleva y la chorras a la que se folla, no debe tener un puntillo alcohólico especialmente alegre.

En el tren vomitó en el pasillo y luego se quedó dormida. La despertó el revisor. Un clamoroso dolor de cabeza, un auténtico calvario.

Recuerda vagamente lo ocurrido y por qué está aquí. Pero se encuentra demasiado mal para pensar en nada.

En el piso vacío de su madre toma un baño, revuelve el botiquín para encontrar aspirinas. Está lleno de calmantes, su madre los toma a montones. A veces incluso se pasa. Manu recuerda cómo cantaba en voz baja viendo la tele, hablando sola y parando en seco en medio de una pieza, incapaz de saber lo que estaba haciendo. Mientras piensa en ella, Manu tiene destellos de amarga ternura. Pero en seguida se sobrepone irritada: si esa mujer fuera menos imbécil, tendría menos depres.

Se mira en el espejo mientras se seca. Lleva muchas marcas en el cuerpo, la han cascado más de lo que se imaginaba. Felizmente, la cara está bien, excepto el labio, un poco hinchado. Una suerte que tenga la nariz intacta.

Se calienta un pastel de espinacas en el microondas, bebe grandes cuencos de café anegado en leche perfectamente descremada.

Intenta romper la tapa de la caja que cogió en casa de Lakim. Tarda un rato en conseguirlo.

Los billetes están gastados pero cuidadosamente planchados. Siente una pizca de remordimiento al imaginarse a Lakim llenándola noche tras noche. Finalmente empieza a contar y desaparecen sus escrúpulos.

Algo más de 30.000 francos, lo suficiente para un buen fin de semana.

Manu rebusca un poco más en la casa, encuentra una caja de Finedal y la aparta.

Come el pastel, frío por dentro. Siente llegar el aburrimiento.

Sirenas de la poli. En un segundo tiene la espalda bañada en sudor caliente. Reflexiona a cien por hora. Imposible que ya estén aquí para detenerla.

Sin embargo no está alucinando: hay follón en la calle. Apaga la luz y se precipita a la ventana.

Ha pasado algo en la farmacia. Imposible saber el qué, pero hay jaleo un poco más lejos. Policía, ambulancias... Desde su ventana no puede ver gran cosa.

Decide sentarse. En el barrio ya saben que el farmacéutico está medio tocado.

Pero hasta ahora no había hecho nada para movilizar a la poli en plena noche.

Se le pasó el hambre. Esta casa la pone neura. Habla en voz alta:

—Yo no soy un ama de casa. Soy una mujer de la calle y me voy a dar una vuelta.

Se asegura de que afuera todo esté más tranquilo y sale.

TRECE

Delante de la estación, una chica apoyada en la pared mira fijamente al suelo. En la acera de enfrente, Manu escucha la música que sale de sus Walkman.

Tal vez su novio la dejó plantada y no sabe dónde dormir. O quizá quería hacer una visita nocturna a los suburbios. En cualquier caso, seguro que no teme por sus orejas.

Manu cruza la calle y se le planta delante. Como mínimo la chica mide seis palmos más que ella y pesa el doble. Tarda en darse cuenta de que alguien quiere hablarle. Apaga sus Walkman a tientas. Dice, en tono de disculpa:

—No hay trenes a esta hora.

—No. Aquí te tiras toda la noche.

—Ya, no hay trenes hasta mañana por la mañana.

—Vaya, tú por lo menos tienes conversación. ¿Adónde vas?

—Más bien hacia París.

Parece que la chica no sabe adonde va. A Manu le duele la cabeza, pregunta:

—¿Sabes conducir?

La otra contesta que sí.

—Pues si puedes conducir, yo tengo coche y quiero ir a París.

—Me viene al pelo, perfecto.

Lo dice sin convicción. Pero sigue a Manu hasta su casa, sin abrir boca en todo el trayecto. Parece poco espabilada. Veremos si es cierto que sabe conducir...

Manu le dice que espere en la cocina, le propone hacerse un café. Mientras tanto, recoge sus cosas.

Cuando chilla: «¡Vámonos!», la otra no contesta. Se ha enchufado otra vez los Walkman y Manu debe sacudirla por el hombro para devolverla a la realidad.

Saca el coche del garaje sin dificultades; la pequeña se tranquiliza en cuanto a sus aptitudes de conductora.

Viajan calladas. La mayor tiene unas ojeras que parecen marcadas con rotulador. Una facha extraña. No del todo desagradable, pero muy sorprendente.

Ojalá tenga los nervios de acero. La pequeña mira el lado de la carretera, los árboles desfilan a toda pastilla y se despliegan como casas alargadas. Pregunta:

—¿Te esperan en París?

—No exactamente.

—Mejor, porque esta noche no llegas.

Manu saca la pipa, solo para que la otra la vea pero sin apuntarla. Explica:

—Estoy metida en líos y es una pena que te haya tocado a ti, pero necesito que

me lleves a Bretaña. Allí puedes quedarte con la máquina para regresar, nadie ha dado parte del robo. Incluso puedo llenarte el depósito.

La gorda no se inmuta. Solo pone cara de sorpresa. O es una veterana aventurera, o no entiende nada de lo que ocurre. Se informa:

—¿A qué parte de la Bretaña vas?

Educada y sosegadamente. Como si se hubieran conocido en una fiesta y la llevara a casa, mientras pregunta en qué barrio vive. Manu refunfuña:

—Ni idea, quiero ver el mar.

Le viene al pelo que la gorda se lo tome así porque Manu no tiene ningunas ganas de viajar con una emotiva. Le duele demasiado el coco. Añade:

—Ya veremos qué camino tomamos. Lo único que debes comprender es que si me creas problemas, no serás la primera a quien le salto hoy la tapa de los sesos.

Lo ha dicho para dejar las cosas bien claras y para probar a la gorda. Esta se sonríe. Manu mira la carretera. No se lo puede creer.

SEGUNDA
parte

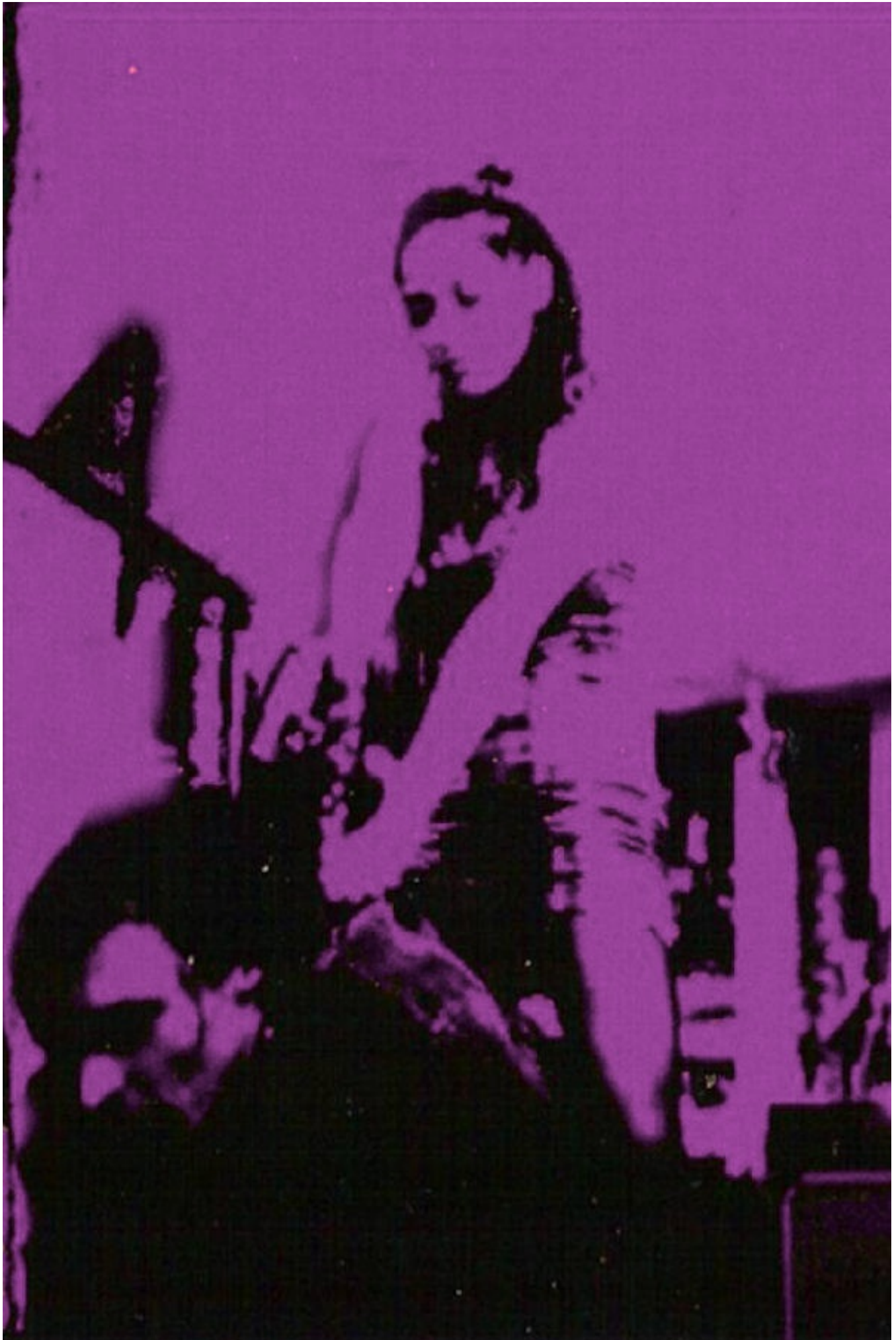
*Ombres folles, courez au bout de vos désirs
Jamais vous ne pourrez assouvir votre rage.*

*Loin des peuples vivants, errantes, condamnées,
a travers les déserts courez comme des loups.
Faites votre destin, âmes désespérées,
et fuyez l'infini que vous portez en vous.*^[8]

Charles B.

Une furie d'impuissance faisait tressauter son doigt sur la gâchette.
^[9]

James E.



UNO

El café le ha sentado bien. Nadine conduce con una mano, se estira mientras conduce. Pone una cinta en el aparato de música: *Lean on me or at least rely*.

La pelirroja la vigila boquiabierta. Frunce la nariz con muestras de perplejidad pero no hace ningún comentario. Gruñe cuando Nadine sube el volumen pero no le pide que lo baje. Tiene una fea herida en el labio derecho, todavía le supura.

Se muestra recelosa a cada desvío de la autopista, visiblemente temerosa de que Nadine la lleve adonde no quiere ir.

Es la primera vez que Nadine ve a alguien que se comporta y habla de forma tan espantosa. Verla sacar una pipa le ha causado más diversión que sorpresa o miedo. La sujeta de cualquier manera, sus uñas comidas y cubiertas de esmalte desconchado manchan la culata de rojo. Tiene dedos pequeños, regordetes y amarillos por el tabaco.

Nadine no se siente amenazada. Está contenta de que la protejan. No le apetece desobedecer, se encuentra mejor en este coche que sola en la estación.

Y además, ir a Bretaña no está mal.

Desde que subieron al coche, Nadine tiene la sensación de haber visto antes a la pequeña. Pero no consigue concentrarse para averiguar el porqué de esta impresión.

Lo recuerda cuando la pequeña saca un pintalabios del bolso y se embadurna la boca, inclinada hacia el retrovisor. El gesto pone en marcha la memoria de Nadine:

—Sabía que te había visto. En una peli, con perros.

—Y un caballo, sí. No te olvides del caballo, sería una lástima. Y ¿cómo es que estás enterada?

—Lo recuerdo perfectamente por la escena con el campesino. Chillas que la tiene fofa y que siempre sucede lo mismo con esos gilipollas del porno duro, y no cortaron la escena. Eso se me quedó grabado.

—Te he preguntado dónde la viste. ¿A tu novio le va este rollo?

—No tengo novio y ese rollo me interesa a mí.

—Un punto a tu favor.

—Estás perfecta en la peli. Aparte de ese trozo antológico, estás súper.

—Yo iba para artista del porno duro, eres la primera persona que conozco que se ha dado cuenta. Otro punto a tu favor.

—¿Has hecho muchas pelis?

—No demasiadas. La que viste es de las mejores. Quería que la titularan *Dog knows best* y me mandaron a la mierda.

Los pirados del porno son deprimentes. Por eso hago pocas pelis, somos

incompatibles.

Nadine le tiende la mano, sin quitar la vista de la carretera:

—Mucho gusto, de verdad.

Sonríe abiertamente por primera vez y Manu la encuentra favorecida. Aprieta la mano tendida.

No sabe muy bien a qué atenerse con esa chica. Se monda los dientes mientras lo piensa, deglute ruidosamente y ladra:

—Joder, ¡qué sed tengo! Paremos. Necesito comer, tenemos que tomar café.

—Hay una gasolinera muy cerca. He visto el cartel.

—Excelente noticia. Pero te aviso: no me metas en líos cuando estemos allí.

—Me considero perfectamente avisada. No sabes cuánto. También hay que pensar en poner gasolina.

Manu renuncia a opinar lo más mínimo sobre la chica. Al parecer, le divierte conducir hacia el mar. La pequeña mira su pipa, suspira y la guarda.

Saca la caja de Finedal, para ver cuántas quedan.

—No es que desconfíe, pero prefiero no dormirme. Hay suficientes para las dos si te apetece.

Nadine mira fijamente la caja de anfetaminas un buen rato. Parece emocionarla en serio. Manu se pregunta quién coño será esta. La gorda le cae bien, no molesta y demuestra tener buen gusto. Manu asiente y dice que también tomará una, añade que preferiría esperar a que compren agua. Manu las traga de golpe y añade:

—No necesito beber para engullirlas: salivo a tope. Funciona también para las mamadas.

Nadine la oye desde lejos. Se conecta de nuevo a la imagen de Francis con la cabeza reventada en medio de la noche.

La presencia de la pequeña a su lado perturba su proyección interior, le impide tomárselo mal del todo. Repite sin escuchar lo que dice:

—Estoy encantada de conocerte, de verdad.

Manu pone mala cara:

—¿Siempre estás así o es que hoy te han reventado la cabeza? Hay que recapacitar, gorda, no me van los retrasados mentales.

DOS

Gasolinera, luz blanca en plena cabeza, colores que golpean la pupila. Hay clientes que zanganear por las estanterías y cerca de la máquina de café.

Servicios grises y metalizados excesivamente limpios, mujeres que retocan su maquillaje ante el espejo. Otra cambia pañales.

Nadine se mira en la máquina de secar las manos. Le deforma la cara y le da aires de monstruo extraviado y sonriente.

Antes de bajar del coche, Manu se ha metido un puñado de billetes en el bolsillo. Zanganea en los pasillos y coge de todo un poco. Bocadillos, chocolate, whisky, soda.

Cuando ve a Nadine salir del water, le pregunta si quiere algo, chilla a pesar del silencio reinante.

La alta le dice por señas que no necesita nada. Manu insiste:

—Ven, mira *Anal et Sperme*. La cubierta está súper bien. Estilo gore.

Nadine se acerca, fotonovelas recubiertas de celofán con una etiqueta enorme que esconde la polla de la portada. Seguro que la tipografía es divertida, la pequeña le arranca la revista de las manos y va hacia la caja.

Suelta todo lo que lleva sobre el mostrador. Luego se saca unas tabletas de chocolate de debajo del jersey y declara con desenfado:

—Un reflejo estúpido: llevo dinero.

Vuelven al coche. Nadine cambia la cinta: *So unreal now how I lie and try to deny the things that I feel*.^[10] Antes de arrancar, rompe el celofán de las revistas mientras Manu clasifica las vituallas en pilas sobre el asiento trasero.

En la primera foto, una rubia con pelo muy largo está a caballo en un taburete de bar y mantiene sus nalgas abiertas mientras un tipo trajeado la labra por detrás. Un colega los mira mientras lo hacen, espera claramente su turno.

En la segunda foto, primer plano de ano arrugado que distiende una polla.

Hojea rápidamente el resto del libro. Doble penetración en una mesa de billar. La chica lleva tacones de aguja altísimos, una cadena en el tobillo. El sexo completamente depilado, un piercing en el clítoris. Tiene un aspecto estupendo. Por lo menos, Nadine se queda muy impresionada.

Manu se encarga de llenar el depósito, entra en el coche.

—Entonces, ¿vale la pena?

—La chica está súper, reinventa la mamada, indiscutiblemente.

—Perfecto. A otra cosa, no vamos a pasar aquí toda la noche.

Salen del aparcamiento. Manu se vuelve una y otra vez para pescar algo de comida atrás. Siempre que puede habla con la boca llena:

—Joder, es cojonudo no tener que contar la pasta, increíble, esto sí que es divertido.

Abre todos los paquetes, ensucia todo el coche, se llena también la boca, dulce y salado entremezclados. Cierta constancia en no importa qué. Se pasa sistemáticamente: demasiado ruido, demasiada excitación, demasiada vulgaridad. Parece arrastrada y capaz de aguantar ese ritmo un buen rato.

Comparte los Finedal. Apenas empieza el efecto, no para de hablar.

Nadine sonrío mientras la escucha, la encuentra globalmente sensata.

Circulan en dirección a Brest. Manu ha decidido que ese era el destino. Preguntó: «¿Todo bien, gorda?», y Nadine asintió con entusiasmo.

Llegan a la ciudad antes de que abran los bares. Buscan la playa, se pierden y la encuentran de casualidad.

Manu chilla a pulmón abierto:

—Joder, ¡qué guapo!

Se pone a bailar algo extraño, entre pogo y swing, aullando a voz en cuello: «El yodo en el aire es lo que me hacía falta». Agita los brazos, sacude la cabeza. Demostración de alegría.

Sentada algo más lejos, Nadine la observa.

Manu se sienta a su lado:

—Y ahora, propongo que en cuanto los gilis abran sus bares comamos abundantemente. Luego pillaré una habitación para poder dormir. Tú, ¿qué piensas hacer?

Nadine se encoge de hombros, mira el mar y se pregunta qué contestar. Es el primer momento incómodo en varias horas.

—No sé, desayunaré contigo.

Le recuerda los fines de fiesta cuando le apetece regresar con un chico y no se atreve a decirlo abiertamente.

Está a gusto con la pequeña, no tiene por qué preocuparse. Pero le da vergüenza decirle francamente que quisiera quedarse con ella. Porque la pequeña parece saber adonde va y no necesitar a nadie para pasárselo bien.

Manu escupe a un lado.

—Pues vente conmigo al hotel. No sé cómo lo ves tú, pero creo que sería una lástima dejarlo ahora que vamos por tan buen camino.

Por una vez, todo ocurriría al gusto de Nadine. No tendría que soportar los acontecimientos ni tragarse las quejas.

Esta vez, todo ocurriría de forma muy sencilla: ningún motivo para dejarlo ahora que iban por tan buen camino.

TRES

Dan tumbos por la ciudad hasta que Manu encuentre un hotel que le guste.

—Podemos permitirnos dormir en sitios de alta alcurnia, sería una lástima no aprovecharlo.

Finalmente, se hace notar en la recepción de un hotel de tres estrellas, explica que quiere «catres que se toquen, con putas duchas y tele» rascándose la barriga bajo la camiseta. Nadine se queda atrás, incómoda y divertida. Cogen una habitación con dos camas, es lo único disponible. A Nadine le viene al pelo, no le apetecía quedarse sola.

Se tiende en la cama mientras Manu inspecciona la habitación. Se pone los Walkman y se duerme al poco rato.

The words don't fit, I feel like I can't speak, things are looking bleak, please go easy on me, I don't know what's wrong with me, please be gentle with me, take it easy, take it easy.^[11]

Duermen hasta la noche. Sueño profundo post-speed. Manu despierta a la otra chillando desde la bañera:

—Joder, ¡qué lugar más guapo! No me lo puedo creer, la bañera es mejor que una piscina y tiene espuma a tope.

Sólo apesta un poco. No irás a quedarte ahí durmiendo hasta mañana.

Nadine necesita unos segundos para espabilar y recordarlo todo.

La pequeña baja a comprar bebida, vuelve con dos botellas de Jack en cajas negras. Llena el vaso del baño, lo pone en equilibrio sobre el radiador para abrir la contraventana.

Nadine sale de la ducha justo cuando se le cae el vaso. Se encoge de hombros y declara sabiamente:

—Poca broma con el Jack, Manu, mucho cuidado.

Se tiende bocabajo en la cama, mientras la pequeña lo seca con la camiseta. Luego refunfuña:

—No soy la chacha, ni en broma.

Deja su tarea, se gira hacia Nadine y se queda boquiabierta unos instantes. Declara:

—Sabes, Nadine, veo bien tu espalda desde aquí.

Nadine se da la vuelta, echa su pelo hacia atrás, sonrío bobamente y se larga a la terraza.

La otra la sigue, sujetando la botella contra sus pequeñas tetas. Lleva un sujetador verde oscuro que le sube el pecho, algo bastante sorprendente, con algunas costuras en dorado.

Ulula:

—No quiero darte el coñazo, pero no se puede hablar contigo. ¿Qué le hiciste a tu espalda, gorda, no te habías portado bien?

Nadine se pasa la mano por la espalda sin contestar. Siente al tacto turgencias enormes, relieves sinuosos y duros. Manu se acerca y pregunta si puede verlo más de cerca.

Levanta la camiseta hasta los hombros, considera la cosa un rato. Nadine se deja mirar en silencio.

Trazos oscuros le salpican toda la espalda, como un fresco rabiosamente tachado. Inquietante jeroglífico estallado en la carne.

Manu suspira, deja caer la camiseta y comenta:

—Me cuesta comprenderlo. Pero es bastante bonito, total, parece arte abstracto. ¿Cómo te lo hicieron?

—Con una fusta.

—Da estilo, desde luego.

Le pasa la botella a Nadine e insiste:

—Ya veo que no quieres hablar, pero me gustaría enterarme. Tienes que ampliar mi campo de entendimiento. Esas mierdas son cosas de pervertidos; no me habías dicho que necesitabas hostias.

—No necesito que me hostien, me pagan por ello.

—Me parece que he oído hablar de chicas que se hacen pagar para hacer sexo sin que las zurren. ¿Cómo te metiste en eso?

—Un día, por «casualidad», topas con un cliente que te prefiere atada. Luego, sólo «para ver el efecto», diversificas las experiencias. Con el tiempo, te metes en la movida. De pequeña, me gustaba imaginarme sólidamente maniatada a una mesa de bar, con el culo bien abierto y muchos señores cuyas caras no podía ver y que me hacían cosas desconcertantes. Y muy degradantes. Y muy agradables.

—Todas tenemos sueños de niñas, es lo suyo. Pero no deja de ser un pasatiempo para ricachones ociosos, una sensación barata.

—¿Qué quieres que te diga? Claro, acaba siendo decepcionante.

—Lo dices, pero estoy segura de que te meas de contento cuando un gilipollas de esos te insulta; ahora que me lo dices, no esperaba menos de ti.

—Es decepcionante porque sales de un molde para meterte en otro. No hay ningún desajuste, ningún patinazo.

—Vale: tú soñabas con que te arrancaban la cabeza con una motosierra y esos gilipollas no pasan de lastimarte la espalda. Debe de ser frustrante.

Nadine sonrío. Busca las palabras cuando habla, duda antes de cada frase. Se da cuenta de que no tiene costumbre de hacer esfuerzos para explicarse. Hasta ahora nunca le había importado.

La pequeña insiste:

—Cuéntame los detalles. Por ejemplo, ¿cómo te lo hicieron?

—Era un tipo pequeño, con gafas enormes, un súper reloj. También su polla era enorme, no monstruosa en sí misma, pero francamente desproporcionada con relación a su talla.

Nadine se interrumpe. Hace un esfuerzo para recordar cómo hizo de puta para él. De pie en medio del salón, ella le daba la espalda. Le dijo que se inclinara, que se inclinara mejor, para verla bien. Le inutilizó las manos atándoselas a la espalda; la usó a su antojo, se sirvió de su boca tanto tiempo como le apeteció, jugó con su culo y cacareó de satisfacción al oírla chillar. Plenos poderes sobre ella hasta hacerla aullar y suplicar que parara cuando empezó a pegarla.

Su brazo se levantaba y caía, inexorable. Ella no podía hacer nada para evitar los golpes. Estaba a su disposición.

A veces dejaba de pegar, le hablaba suavemente, la acariciaba como cuando calmas a una perra enferma, la tranquilizaba. Y vuelta a empezar.

La razón se rebela y el cuerpo prisionero se ve obligado a aguantar. Ella le lamía las manos cuando se interrumpía, en señal de agradecimiento. Porque a ella le encantaba, le lamía el glande mientras él se la pelaba a unos centímetros de su boca, esperaba piadosamente a que la salpicara de leche. Había suplicado y gemido para que la tomara por el culo, implorado que lo hiciera.

Este tipo de prácticas. Tan grotescas y fuera de lugar justo ahora que quiere hablar. Incongruentes. Nadine sonríe a la pequeña en señal de impotencia, se disculpa:

—Imposible contártelo.

—Es lo que te digo: tienes el culo mental bloqueado. Por eso te gusta y por eso no quieres contármelo. ¿Dónde trabajabas?

—Ligaba a los clientes por Minitel.

—¡Qué miermo! Es para colgados.

—¿Manu?

—¿Sí?

—La botella de Jack, te la metes hasta el fondo y a la mierda.

CUATRO

Sol aplastante en la terraza, leen el periódico en silencio. Artículos sobre «un inspector de policía brutalmente asesinado en su domicilio, su compañera tendida a su lado», así como unas líneas sobre «un ajuste de cuentas entre timadores de poca monta». Manu se extraña de que aún no hayan atado cabos. Está de buen humor, visiblemente satisfecha de hacer correr un poco de tinta.

Vermut prolongado, ya van colgadas cuando se instalan al fondo de un restaurante poco concurrido. Liquidan tres botellas de tintorro, no queda nadie en las mesas de al lado. Manu le toca el brazo al camarero bajo cualquier pretexto, se regodea poniéndolo incómodo. Conforme pasan las horas, lo retiene más enérgicamente, le habla a centímetros de la boca, vil sonrisa cuando intenta largarse.

Sigue con un vaso en la mano e interrumpe regularmente sus declaraciones para llevárselo a la boca:

—No soy más que una vagabunda. En las pelis, los tíos siempre tienen una réplica formidable en el momento de la acción. ¿Sitúas?

—No, nunca veo películas.

—¿Nunca vas al cine? ¿Nunca ves la tele?

—No. Solo películas porno. El resto me aburre. Vi *Lo que el viento se llevó* de pequeña, no creo haber visto otra entera.

—¿Cómo podemos hablar entonces...?

Coge al camarero al vuelo, pide otra botella y acto seguido comenta:

—Joder, tres en un día, eso sí que es entrar en la vida de verdad, podemos festejarlo dignamente.

Nadine sonrío y enciende un pitillo:

—Es increíble que nos hayamos conocido ese mismo día.

—Nada sorprendente, era entonces o nunca.

—Puede verse así. Siempre es igual para mí, no me siento nunca como debería, y nunca presto atención a lo que cuenta... Por ejemplo, esta tarde no es momento para sentirme a gusto. Y me siento perfectamente bien. No tengo la emoción adecuada.

—Yo también me siento bien, no veo lo que tiene de inadecuado. Tal vez podamos divertirnos un poco... ¿Alguna idea de lo que harás tú? Podríamos aprovechar que tenemos algo de pasta para largarnos a otro sitio.

—No hay ningún sitio donde quiera ir. Y tengo que estar en Nancy el 13, se lo prometí a Francis.

—Se me había ido del coco. Es verdad que no se traiciona una promesa hecha a un chico que filtra el speed para tomárselo puro. Propongo que sigamos juntas hasta

entonces, a menos que prefieras...

—Sigamos juntas, el placer es mío.

—Perfecto. Hay que llamar a ese camarero, que nos ponga un whisky para brindar...

Manu se mueve y lo llama. Como no llega en seguida, se levanta y va a pedir a la barra. Golpea en las mesas al pasar. Luego vuelve a sentarse como puede y pregunta:

—Y esa ¿por qué cruza las fronteras en bici?

—Ni idea, se había largado por una historia de ácidos, le habían enviado más de cien tripis por correo. Que nunca llegaron a su destino. En cambio, la poli llegó una mañana en su ausencia, un golpe de suerte. Se las piró ese mismo día, debo pasarle un pasaporte y un sobre. Estilo carta de recomendación y deseos de buen viaje. La tía parece legal, ya la había visto varias veces, una buena facha...

—Debe ser un coñazo tener que huir, nunca debes dormir tranquila.

—Seguro que dentro de poco tenemos una opinión al respecto.

—A partir de ahora hay que estar colgadas, beber mucho.

Y pillar tíos. Cuanto más follas, menos vueltas le das al coco y mejor duermes. Por cierto, ¿qué te parece si esta noche nos llevamos a un tío a la habitación? Por si nos cogen antes de lo previsto, más vale no bromear con eso. No quisiera acabar en chirona sin haberme empachado de leche. No me desagradaría agarrar a un surfista rubio, pegarle la pipa en la sien y hacer que me lama el clít mientras yo miro videoclips.

Manu encuentra la rima satisfactoria y la declina en todos los tonos. Nadine la interrumpe:

—Yo prefiero que el tío consienta.

—Tú eres diferente; a ti lo que te interesa es chupar el cañón. Es otra opción. Pero en realidad lo decía por decir, sólo por hablar. No me gustan los surfistas. Por cierto, en el Minitel ¿qué ponías en el currículum?

—Jovencita venal y muy dócil busca señor severo.

—Vale... Con eso sólo podías pillar a tipos maravillosos. ¿Vamos?

Nadine pide la cuenta. El camarero le está agradecido desde el principio porque cree que ella modera los ardores de la pequeña y puede confiar en que lo defenderá en caso de un patinazo demasiado virulento.

Ella rellena el cheque, piensa en Séverine y reflexiona en voz alta:

—Me pregunto si alguien la habrá descubierto. Me pregunto si a alguien le importará un carajo.

CINCO

Sentadas al mostrador iluminado de un azul verdoso, repasan a los chicos que entran, acorralan al macho descaradamente.

Al rato, Manu se restriega contra un jovencito que lleva pantalones de talle bajo, una camiseta sin mangas que deja ver los hombros. Sus músculos redondos animan a acariciarlos con la mano y sentirlos con la lengua. Sonríe ante su rollo disparatado, parece gentilmente despistado y amable, permite el acercamiento, se deja tocar y mantiene la sonrisa. No molesta.

El chico la sujeta por la cintura, le cuenta su viaje a Tailandia y Nadine lo escucha. Ha vuelto a Francia para ganar algo de dinero y luego se marchará. Satisfecho de sí mismo, se considera un guaperas, cultiva el desenfado y derrocha los guiños. Es un seductor. Ella se mira las manos y, al tiempo que lo escucha, piensa: «Esos dedos no tardarán en tocarme debajo del vientre, abrirán mi vulva y hurgarán hasta el fondo». A lo largo de su antebrazo sobresalen venas enormes. La besa en el cuello, con la ternura de los reclutas. Lo desea de verdad, sólo le molesta que hable tanto. Ella estira a Manu de la manga, dice que quiere irse a casa. Salen los cuatro.

Por el camino, Nadine recuerda las fotos de las revistas que compraron en la gasolinera. Cómo la chica se mantiene a horcajadas en el taburete y se hace llenar por el culo y la boca por dos tipos trajeados. Se pregunta qué pasará cuando lleguen a la habitación. Vigila a Manu de reojo. La pequeña no cambiará nunca: a grito pelado y despechugada. A su lado el chico castaño la escucha atentamente, como si tuviera que escuchar cosas cruciales y justas.

El que camina con Nadine le murmura al oído, alegre y cómplice: «¡Vaya una, tu amiga!». Si este chico dejara de hablar, el antepolvo sería más llevadero.

Le acaricia el cuello bajo la camiseta, le recorre con la punta de la uña toda la columna vertebral.

En el hotel, parejas encamadas en fila.

Como todo buen iniciado, el chico que se agita encima de Nadine pregunta:

—¿Os enrolláis a menudo de cuatro en cuatro?

Ella contesta:

—Sí, pero si estás atento, verás que esta noche no tiene nada que ver con un plan a cuatro.

Lo besa en plena boca, saca su polla, él se la introduce hasta el fondo, ni siquiera precisa ayudarse con la mano. Buen trabajo. La trabaja lentamente, cavando y respirando densamente, ella se coge de los muslos para abrirse mejor, para recibirlo más y bien a fondo, lo envuelve con sus piernas cuando acelera el movimiento.

Palpitaciones al fondo de su vientre, ha eyaculado. No se retira al momento, ella se mueve suavemente de arriba abajo, busca la onda inmensa. Golpe de cadera y siente bascular su interior, el vientre desatado y calmado desde los tobillos hasta los hombros. Bien follada. Se aparta de él, se da la vuelta.

Nadine gira la cabeza hacia la cama vecina. Manu cabalga a su pequeño compañero, ondula y casi canturrea, se zarandea amable y graciosa, se empala a conciencia. Parece otra. Al verla, Nadine piensa: «Ahuyenta el mal», parece una ceremonia de exorcismo. El chico acaricia su pecho y la deja actuar. Manu le sujeta las manos en la nuca y retuerce la boca con muecas de sollozo, las manos del chico la atraen bruscamente hacia él. La escena es de un curioso blanco y negro, colores nocturnos.

El chico se libera del abrazo y la gira de espaldas. Ella guía su cabeza entre sus muslos. Su mirada encuentra la de Nadine. Dos grandes ojos serenos y atentos.

Más tarde, el chico con quien lo ha hecho se levanta, se sirve una copa, se estira y, con aire cómplice y liberado, propone:

—Lo que sería divertido, chicas, es jugar una partida de 69.

Sentado en la cama, el otro chico enciende un pitillo como si no hubiera oído y pretende no ver la sonrisa de connivencia que el otro le dirige.

Manu contesta:

—No me apetece divertirte. En realidad, quiero que te largues. Ahora mismo, cuestión de olor. Hueles a mierda, imbécil, no lo aguanto.

Mientras habla se gira hacia Nadine, como pidiéndole permiso para echarlo. También él mira a Nadine, espera su intervención. Con todo lo que le ha metido y el entusiasmo demostrado, espera que lo defienda. Nadine se encoge de hombros. Preferiría no despertarse a su lado, pero tampoco se va a romper los cascos. Ya se lo montarán; en cuanto a ella, recibió conforme a su categoría y sólo quiere dormir.

El vacila un momento. Manu comenta:

—Por lo menos, pedazo de imbécil, te habrán desconcertado una vez esta noche, no habrás venido en vano.

Está sarcástica y divertida. El, todo un señor, se viste sin más y se larga sin abrir boca.

Nadine coge la botella y declara:

—Un golpe de riñones convincente, en serio.

Manu sacude la cabeza y aprueba:

—Se lo monta bastante bien. Pero no es motivo para volverse pesado.

El chico que queda no dice nada, como si todo fuera perfectamente normal. Cuando Manu vuelve para arrodillarse entre sus piernas y tomarlo en la boca, él juega con su pelo, parece regodearse pensando en otra cosa. Luego levanta la cabeza y sonrío a Nadine, ella se duerme mirándolos.

Avanzada la noche, la despierta dibujando en su espalda con la punta de los dedos. Escalofríos le penetran los tobillos, no tiene tiempo para recapacitar, la lengua empequeñece en su boca. Deliciosa y ágil. Su cuerpo gracioso como el de un niño, su sexo caliente y apaciguador cuando llega al vientre. Ella le agradece infinitamente que sea como es, él la coge más fuerte entre sus brazos cuando ella murmura: «Me haces tanto bien, de verdad». Quisiera llorar sobre su pecho.

Cuando despierta por la mañana, ya no está. Se siente enferma, bebió demasiado por la noche. Traga del grifo toda el agua que puede engullir. Manu hace un ruido increíble durmiendo cruzada en la cama, boquiabierta. Nadine coge sus Walkman y baja a dar una vuelta. *Touch me, I'm sick.*^[12] Da varias vueltas a la manzana, bebe zumo de naranja, sentada en un banco. Un tiempo hermoso, un sol resplandeciente. *If I think, I'll think of you. If I dream, I'll dream of you. I open my eyes but they cannot see.* Ve a Francis proyectado hacia atrás, se le pone un nudo en la garganta. Vuelve al hotel y despierta a Manu.

SEIS

—Es más bien desagradable: ni sabemos si nos están buscando.

—No te olvides de que los polis son gente básicamente estúpida.

—Tampoco olvides que son trabajadores y que muy precavidas no es que hayamos sido.

—De todas formas, hay que cambiar de coche. Mi madre está a punto de regresar y dará parte del robo. Sería estúpido que nos cogieran por un robo de poca monta. Y después, a buscar pasta. Mi bolso está casi vacío. Joder, no me puedo creer lo rápido que nos liquidamos su pobre guita. Es la hostia: no nos hemos privado de casi nada. Algo nuevo, un cambio radical.

Esta mañana han salido camino de Quimper, han alquilado una inmensa habitación con ventanas hasta el techo. Manu extirpa a puñados los billetes de su bolso y paga al contado. Nadine ha pedido papel de carta al recepcionista, se ha sentado con las piernas cruzadas sobre la cama para reflexionar. Sobre lo que la gente en su situación debe y no debe hacer. Finalmente, dibuja círculos y triángulos de todas las medidas, repasa las líneas varias veces.

Sentada en la ventana, los pies en el vacío, Manu tiene la botella de Jack Da a su alcance. Come Bountys y vigila la calle. Braguitas de satén rojo con puntilla negra, estilo Oeste. No pierde la ocasión de meterse con los transeúntes:

—Eh, imbécil, quédate quieto, te tengo echado el ojo. Sí, tú, no te hagas el listillo.

Se ríe sola. Nadine se levanta para llenarse el vaso. En la habitación de al lado, un tipo se embronca con su novia. Nadine pregunta:

—¿Cómo conseguiremos la pasta?

—A lo bestia. Haremos correr la sangre a raudales. Será el gran espectáculo, habrá un motín en todas las aldeas. Desvalijaremos las tiendas, a las viejitas...

—¿Y por dónde te parece que empezamos?

—Ni idea. ¿Cómo voy a saber mejor que tú la manera de conseguir francos? Demos una vuelta y ya veremos. Te comes demasiado el coco, es inútil empezar a cavilar; de todas formas, nunca ocurre lo previsto. Control cero. Sigamos el instinto y a contar con la suerte. Yo, por lo menos, así lo veo.

Nadine levanta los hombros:

—Necesito comprar pilas para los walkman.

—Y yo, maquinillas para afeitarme las piernas. Ves, ya tenemos proyectos para el futuro inmediato. ¿Me pones el decolorante?

Manu está sentada en una silla, frente a la pared. Come un Mars, mastica con la boca abierta, traga ruidosamente.

De pie detrás de ella, Nadine aplica la decoloración. La pequeña tiene cabellos extremadamente finos, se le transparenta el cráneo por zonas. Le acaricia la cabeza mientras distribuye la blanca espuma, le gusta tocarla. Procura ser suave, la masajea con cuidado. Cómo le gustaría hacerlo bien. Manu chilla:

—Oye, ¿hay algo especial que te apetezca hacer? ¿Algo que quisieras absolutamente ver antes de diñarla?

Nadine reflexiona un buen rato, contesta:

—Sexo con un travestí, me gustaría. Aunque tampoco me enloquece la idea.

—En la silla eléctrica seguro que apreciarán la extrema delicadeza de tus últimas voluntades. Yo me ligaría a un chico como el de ayer. Sonriente, con la polla bien limpia, comprensivo y sosegado.

Abre una caja de Smarties:

—¡Putita decoloración, qué peste, es increíble! ¡Qué salsa! Además, en plan rubiales, seguro que me toman por una cajera.

Más tarde, Manu se afeita las piernas con una Bic amarilla que ha encontrado entre sus trastos. Nadine, estirada en la cama, achicharra las sábanas con el pitillo. Dice:

—Sí que tiene gracia: un pequeño farmacéutico se carga a un tipo con el pretexto de que es un drogata. Y como ese tipo es sospechoso de asesinato, todos tranquis. No tienen lógica.

—Total, mala organización, quieres decir. Basta con apartarse un poco, con cargarse a un solo hijo de puta, para que todos se te echen encima. Francamente, mejor lo dejamos, deberías abrir una botella. Es evidente que necesitas mejor cuelgue, no va más.

Nadine chafa el pitillo en la moqueta frambuesa, extraño color para el suelo, es como vivir en dibujos animados. Se levanta y se mira en el espejo. Le devuelve una facha absurda, el pelo rojizo. Vieja hippy abotargada. Revienta las espinillas que tiene en las alas de la nariz, brotan por parejas, como pequeños muelles blancos. En el espejo, mira cómo Manu se afeita por encima del sexo. Para dejar una banda única encima de los labios. La barra superior está ligeramente torcida. Dice:

—Así queda ridículo.

—No te enteras. Está súper, además, da estilo de mujer moderna.

Nadine fija la vista en la bañera un momento. Dice:

—De todas formas, la bala se la estaba buscando.

—Mierda de maquinilla, cortes por todas partes, alucino. Joder...

—Una pena, es una pena. Además, seguro que de haberlo conocido te hubiera gustado.

—Por lo visto, no tendré ese placer. No nos pasaremos aquí todo el día, no tenemos bebida. Salgamos a ver mundo.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Atracamos a la buena de dios y dejamos que el *dark side of our soul*^[13] se manifieste como se le antoje... Ni idea de lo que vamos a hacer. Pero en lo que te concierne, puedes empezar a dejar de darme el coñazo y preguntar qué hacemos cada diez minutos. No estamos de colonias, métetelo en la cabeza.

SIETE

Se fuman un pitillo bajo el porche. En la acera de enfrente hay un cajero automático y una cola de gente para sacar dinero. Manu suelta con desprecio:

—No sé a qué esperamos; le toca al próximo.

El próximo es una señora cuarentona, estupendamente conservada. Traje de chaqueta azul marino bien cortado, la falda justo por encima de la rodilla. Impecable. El cabello artísticamente recogido en un moño descubre la nuca rígida y fina. Le tiembla un poco el tobillo, justo lo preciso, sostenido por el tacón.

Manu está detrás de ella, tarjeta en mano, como si esperara su turno. Los dedos de la mujer son algo cortos y rojizos. A pesar de su manicura perfecta, la mano delata a la burda campesina.

Nadine no puede vigilar, es demasiado miope para leer el número, las espera más lejos.

Siguen los pasos de la mujer, el culo algo pesado ondula graciosamente bajo la falda. Después de asegurarse vagamente que nadie las mira, Nadine coge a la mujer del pelo, le tuerce la cabeza hacia atrás y la empuja hacia el callejón. La señora apenas se resiste, no ha tenido tiempo para saber qué le ocurre. La piel de su cara es parecida a un tejido delicado. La mujer intenta recapacitar, protesta y forcejea. Nadine siente cómo el cuerpo se resiste y golpea su cadera, el perfume es mareante. No le cuesta dominarla porque los movimientos de resistencia de la mujer son desordenados y débiles. De pronto la odia por ser incapaz de defenderse y por hacer tanto ruido, siente que la invade el ruin placer de hacer daño. Le coge la cabeza con las dos manos y la aplasta contra la pared, tan fuerte como puede y repetidas veces. Hasta que Manu la empuja por el hombro, pega el cañón en la mandíbula y dispara sin más. Nadine recoge el bolso de piel marrón y lo revuelve todo hasta dar con la tarjeta y el billetero. Parten.

Por fin en la calle, Nadine siente cómo el miedo le invade la garganta y los brazos. Hasta ahora, no había pensado, los gestos le han salido automáticos. Gestos extraños, espantosamente eficaces. Automáticos.

No se ha perdido un detalle. Le vuelven conforme caminan. Los ojos de la mujer se niegan a creer lo que le está pasando, unos ojos abiertos que dicen: «No puede ser». Se debaten y escrutan para comprender. Los cabellos de la señora son sedosos y perfumados, el moño se deshace cuando la empuja para que avance. El cañón negro y brillante se acerca a la línea clara del mentón, el cuello se ofrece, las manos de la mujer tantean, se protegen torpemente, intentan liberarse. La increíble detonación. Cambio de cuadro.

Los ojos intactos dominan la carnicería de la cara, la sangre brota abundante, empapa la tela del traje bien cortado. El cabello despeinado y manchado, las piernas plegadas desordenadamente.

Esa formidable detonación, la línea del mentón se ha convertido en papilla. La mujer entera se ha convertido en puré.

Manu baja la cremallera de su chaqueta negra, se quita la gorra y lo echa todo al primer cubo de basura que encuentran. Nadine la imita, lleva manchas en el blusón, como si le hubieran vomitado hemoglobina encima. Prosiguen su camino, no intercambian una palabra. Al rato, Manu rompe el silencio:

—Pues sí, es como después de una buena peli, te quedas medio depre...

—Va demasiado rápido, de hecho...

—Exactamente como subirse al escenario. De todas formas, deberías tener más cuidado, estabas demasiado cerca cuando disparé, podía haberte arrancado un brazo.

—Ya cogemos el tranquillo —concluye serenamente Nadine.

Manu pregunta, sonriente y pensativa, más tranquila que de costumbre:

—¿Te ha gustado?

Movimiento de hombros, Nadine contesta casi sin dudar:

—Al rato me he sentido fatal. El pasillo hacia la salida no se acababa nunca y quería sentarme a llorar, ambiente fin del mundo. Ahora me siento fenomenal y sólo tengo ganas...

—De jugar otra partida.

La máquina escupe pasta hasta que se enciende el stop. Nadine hace dos paquetes más o menos iguales. Manu tritura el suyo con la mano y se lo mete en el bolsillo trasero.

Nadine quiere unos walkman de los guapos. Dice que con la tarjeta y el número lo pueden comprar todo. También quiere un traje igual al de la mujer.

Entran en una tienda con un montón de walkmans en el escaparate. Nadine pide al vendedor que le enseñe algunos modelos. Se encuentra bien, seguro que su cuerpo produce coca sin cesar y le mantiene el subidón. El vendedor tiene buena pinta. Corte al cepillo y pendiente en la oreja. Competente y amable, los dientes delanteros separados. El no lo sabe. Siempre existió esa fractura entre ella y la gente, ese algo terrible que temía que descubrieran y era ridículo porque no tenía nada que esconder. Ahora tiene buenas razones para temer sus indiscreciones, buenas razones para encontrar incongruente su amabilidad. Esa buena y vieja sensación de impostura, de abusar de la confianza ajena. El vendedor no lo sabe. Suelta su rollo sobre los distintos modelos. Sonriente y tímido regular. Nadine los prueba uno tras otro, bromea con el joven. Siente confusamente que a él le gusta. Eso la pone a cien.

Las manos en los bolsillos, Manu ha repasado toda la tienda sin decir ni mu. Se acerca al mostrador y dice:

—Llévatelos todos, no le des más vueltas.

El vendedor encuentra la broma graciosa y se ríe a placer. Nadine se apoya en el mostrador, se inclina hacia él. Su risa es bonita, como la de un crío. Cuando ve cómo le cambia bruscamente la expresión, salta espontáneamente a un lado para dejar el campo libre a Manu. Le da tiempo a preguntar:

—¿Aceptáis balas?

Suelta una risa estúpida, abre su bolso y mete dentro todos los walkmans. La explosión le levanta la cabeza: le ha partido el vientre en dos mitades, el cristal de detrás también ha quedado bueno. Parece una mala artimaña, chorros de sangre detrás. Ella se dobla sobre el mostrador para coger pilas. El se retuerce aullando en el suelo. Manu se reclina a su vez y declara:

—Aquí no ha pasado nada.

Salta por encima del mostrador, bloquea la cabeza del tipo con el pie, se inclina para incrustarle el cañón en el pelo y disparar de nuevo. Lo sacuden los espasmos, luego se distiende de golpe.

Salen corriendo para cambiar de zona. Los walkmans pesan horrores en el bolso y tintinean curiosamente. Manu castañetea con los dedos, se está hartando.

—Joder, no dominamos la fórmula, no tenemos la buena réplica en el momento oportuno.

—Tuvimos los gestos, así se empieza.

—Sí, pero ahora que me toca presentar mi número, preferiría cuidar las formas.

Nadine se calla. Está decepcionada, creía que, justamente, la réplica era irreprochable.

La pequeña insiste:

—Joder, hemos dado en pleno clavo, tengamos diálogos que estén a la altura. Yo, ves, no creo en el fondo sin las formas.

—¡No podemos tenerlo todo preparado!

—Por supuesto, sería contrario a cualquier ética.

Nadine cambia de tema.

—Joder, no hay nadie en estas calles. ¿Te das cuenta de lo fácil que ha sido? De imaginarlo, hace tiempo que me hubiera servido.

—Hay que darle al instinto y funcionar a tope. Otras veces te machacas para un golpe crucial y te pillan por una chorrada.

Se ha colocado la pipa dentro del pantalón, contra el vientre. La nota al andar, seguro que el cañón está húmedo. Refunfuña:

—En cambio, debo recordar que sólo me quedan ocho balas, no podemos montar el gran follón de los disparos.

—Exacto, procura no pasarte demasiado.

—Un poco de formalidad, gorda, hay que comprar bebida antes de acostarse.

OCHO

Nadie las espera en el hotel. Es otro conserje. El nuevo les habla cuando están esperando el ascensor. Antes de que suban, les dice:

—Si os aburrís por la noche, podéis bajar y tomar un trago, hay cervezas en la nevera.

Nadine se da la vuelta y sonrío. Tiene unos ojazos castaños, cuando ha salido de detrás del escritorio, ha visto sus tobillos desnudos en las zapatillas de deporte. Piel morena y sonrisa inmaculada. Ella añade: «Hasta luego» antes de que se cierre la puerta.

Van tomando whisky. Nadine lo anega en Coca-Cola, Manu desaprueba:

—Es una práctica de bárbaros, me sabe fatal verte hacerlo.

Nadine no encuentra ninguna respuesta. Pregunta:

—¿No te parece raro que no ocurra nada?

—Déjate de chorradas... eso de que no pasa nada...

—No, quiero decir que estamos aquí en el hotel, después de todo eso. Tanto permiso, todo tan fácil.

—Tácticamente, no es bueno pensar en ello. Porque hace pensar irremediabilmente en cuándo te pescarán.

Y eso es mentalmente nocivo, una putada que te quita el sueño.

Para Nadine es un sabio consejo y reflexiona en silencio. Le sirve otro trago a Nadine y reemprende su rollo contra la mezcla de whisky y Coca-Cola.

NUEVE

Un poco más tarde, Manu ha bajado a dar una vuelta. En un barucho, pide un carajillo. Pintaron las paredes con un amarillo apagado y colocaron falsa madera oscura en los techos y la barra. Un tugurio de barriada. Taza marrón, platillo verde, ceniceros de plástico amarillo. Se siente como en casa.

Se ha sentado al fondo, el espejo a su derecha está mugriento, cubierto de capas de grasa, manchado con huellas de dedos y cadáveres de moscas aplastados encima. De rubia, parece una puta cutre, además no ha escatimado el pintalabios. Se gusta, ya le va ir así.

Hace mohines con la boca, se mira en el espejo y pone morritos, luego sonrío con expresión bobalicona y juega con la punta de la lengua. Catadora de pichas, un papel a su medida. Si fuera un chico le gustaría empujar la polla hasta el fondo de la garganta, menear el glande contra el gaznate. Lástima que Nadine no esté, podrían conversar sobre pitos, con o sin pintalabios, nada que ver.

El pelo se derrama en bucles suaves sobre sus hombros. Ha dejado huellas de carmín en la colilla y el borde del vaso. Lakim le dijo una vez: «Eres el tipo de chica que deja huellas en todo lo que toca», cuando ella le pasaba un petardo con el filtro manchado de rojo. Se había burlado de él, por el lado romántico mal inspirado. No dejaba de ser amable. Es una putada haberse largado con toda su pasta, con lo que le había costado ahorrarla. Lo encuentra súper divertido. En efecto, es una auténtica putada. Se imagina qué cara pondría si supiera cómo se ha pulido sus pobres ahorros. ¿No quería huellas? Se las dejó bien puestas. Tanto más cuanto que la Radom VIS 35 que le tomó prestada le habrá valido una visita de la bofia. El tipo se portó bien con ella, le tenía afecto. Le tocó lo mismo, una casualidad. Lugar equivocado, momento equivocado, compañera equivocada. ¿Qué puedes esperar en circunstancias como esas?

Enciende un cigarrillo, en la barra un tipo con chubasquero la mira descaradamente. De haberla visto pegarle un tiro a alguien hoy, no la estaría mirando de ese modo; tal vez le gusten las bobas tope vulgares. Ella siente debilidad por los tíos con buen gusto. Baja la mano entre las piernas y lo mira, abre ligeramente los muslos, va subiendo hasta el vientre, inclina la cabeza y con la punta de la lengua se unta los labios. Dirige su otra mano al pecho, como para ajustarse el jersey.

Deja dinero sobre la mesa. Ella sale, él detrás. El día es hermoso. Ella piensa: «Ojalá no esté pirado, sería estúpido recibir ahora un navajazo»: Lleva la pipa por ahí en el bolso, pero antes de que la encuentre habría tiempo suficiente para que la dejen tiesa. Vaya lío. Menea el culo ostensiblemente. Le siguen los pasos. Reduce la

marcha, para ante un escaparate de electrodomésticos. El se pone detrás, le acaricia el culo con toda la mano, sin vacilar, le palpa firmemente la entrepierna. Ella se hiergue un poco, frota sus nalgas contra la polla endurecida. Por detrás le agarra el pecho, los manosea y pellizca. En su vulva mojada penetran suaves chorros nerviosos y tibios. Sin soltarla, la arrastra hacia la esquina, donde se amontonan las basuras. Olor a inmundicias, muros de cemento gris. Se baja el panty hasta las rodillas, se saliva dos dedos y los pasa por la raja, que abre generosamente para recibirlo. Con la otra mano se apoya en la pared. Primero le mete la punta del sexo, la llama su zorra pequeña y le tira un poco del cabello. Luego la aplasta contra la pared al tiempo que le abre las nalgas. Chapoteos húmedos del mete-saca, armonioso compás de los vientres que se hablan. Se acostumbra a él, pillá el ritmo y se mueve en consecuencia. El da el golpe final y se corre con un gruñido. Ella sabe que aún puede mantenerse suspendida y se pajea sin girarse mientras él se viste. Tiende su cuerpo al correrse, se deja caer de rodillas, justo para recuperarse. Lo oye partir, no se levanta en seguida. Observa la calle y se pregunta qué práctica prefiere, rompeculo o escabechina. Mientras el tipo se la tiraba, recordaba la escena de la tarde, cómo Nadine incrustaba a la mujer contra el muro, cómo la aniquiló con la pistola. Francamente bestial. Tan bueno como una follada. A lo mejor es que le gusta la follada tanto como la escabechina. Se sube el panty y parte. El tiempo afuera es increíble, vuelve al hotel tranquilamente.

DIEZ

El tipo de la recepción parece contento cuando ve bajar a Nadine. Le da una cerveza, se sienta a su lado delante de la tele. Es una pieza diminuta detrás del mostrador. La pantalla azul le recuerda al viejo del pasaje.

La observa de perfil discretamente, le da conversación. Hablan de los programas de la tele que les gustan. En cierto momento, la coge por el mentón y le hace un cumplido chorra, ella se ruboriza, baja la mirada. El dice:

—Es increíble lo tímida que eres.

La besa, la lengua se acelera en la boca, como para expresar su excitación. Va por dos cervezas más. Está encantadísimo y satisfecho de ver que todo marcha, le habla como si fueran dos amiguitos en el patio de recreo. Le pone la mano en el hombro, le acaricia la nuca. Ella está atenta al escalofrío que la penetra, le gusta que le hable suavemente, que juegue a la ternura. Le habla como a una niña. De pequeña, se quitaba las bragas durante el recreo y los chicos le tocaban las nalgas a cambio de golosinas. Unas sesiones que la ponían furiosamente febril en el bajo vientre, aún no sabía que hay que tocarse para disfrutarlo.

Ella lo besa largamente, él no se atreve a meterle mano, debe temer que le siente mal. Tiene labios carnosos, rasgos de niño en una cara de hombre, un niño arrogante y exigente, acostumbrado a mucho amor. Con los ojos entornados, se deja acariciar, la polla se endurece bajo la tela del tejano. Ella se le arrodilla delante, saca el sexo, lame el glande y bendice la circuncisión. Si lo hace lo mejor que sabe, si se aplica con la boca en tocarlo como él quiere, si con los dedos sabe cómo coger sus pelotas, si lo hace lo mejor que sabe, entonces oírás su gemido. Levanta la cabeza para verlo, el famoso intercambio de miradas entre mamona y mamado. Su sexo es fino y largo, puede absorberlo entero, retenerlo tiempo y trabajarlo con la lengua sin que le falte aire. Sabe cómo usarlo, le complace lo mejor posible. El le acaricia la nuca, no necesita guiarla. Ella lo siente erguirse, como si le hiciera algo muy importante, luego relajarse en un soplo profundo. Ella le pide: «Hazte una paja», y mira cómo lo hace. En cierto momento, la agarra del pelo y usa la boca. Lo recibe todo en plena garganta. Sabe siempre igual, sólo cambia la cantidad de un chico a otro. A menos que no se haya fijado demasiado.

Después, él se siente algo incómodo, pero sigue amable con ella, le cuenta historias. Dice que su novia está un poco depre y que prefiere ir con ella. Le pregunta si volverá, ella se encoge de hombros, dice que no sabe si podrá. Se le ve desconcertado e insiste un poco en que vuelva. Ella sube. Manu no ha regresado. Nadine busca la botella de whisky, se ducha, pone los walkmans en fila sobre la

cama, son cinco. Los prueba uno por uno y en seguida pesca el mejor.

DEATH ROW. HOW LONG CAN YOU GO.^[14]

ONCE

Al llegar Manu, Nadine se da cuenta de que está completamente trompa, no consigue sentarse, la cabeza le da vueltas a tope, apenas se mueve. La otra chilla: «No te molestes por mí», y va hacia la cama. Se va quitando los trapos y pregunta:

—¿Consiguió hacer de ti una mujer feliz?

Todo porque habían hablado del recepcionista antes de que saliera. Nadine contesta:

—Ha ido exactamente como tenía que ir.

—Es lo que suele ocurrir con el sexo.

—Te encuentro muy viva, muy mujer feliz, precisamente.

—Exacto. ¿Te has zampado la botella de Jack?

—Nunca te haría eso.

Antes de que la pequeña pudiera llegar a la otra punta de la pieza, Nadine ya dormía sueños de peonza. Manu enciende la tele. Desgarra un paquete de fresas Tagada y los mezcla con M&M's. Saca puñados del montón y se pone a ver videoclips. Ha traído botellines de cerveza que hace rodar bajo la cama después de vaciarlas. No se piensa acostar antes de quedar tiesa. Piensa en los alquileres atrasados que no ha pagado, le da vueltas el estómago siempre que lo recuerda, es una angustia reflejo. Le cuesta un rato caer en la cuenta de que ya no le importa. Un simple detalle, ni eso. Se hunde a fondo en el sillón. Nadine duerme hecha una bola sobre la cama, tiene a veces gestos de bebuto llorón cuando se relaja. En los codos, la piel rugosa y gris. Manu apaga el pitillo en el brazo del sillón. Está alucinando, los clips de la tele son la hostia. Descuelga el teléfono, pide el número de la casera al recepcionista. Se lo sabe de memoria de tanto llamar para disculparse del nuevo retraso en el pago, recibir insultos en plena jeta porque la otra es una zorra de mucho cuidado. El recepcionista pregunta si puede «tomarse la libertad de hablar con Nadine». Manu contesta: «En cualquier caso, yo en tu lugar no me la tomaría, capullo», y reclama su llamada. La vieja tarda en descolgar, Manu aúlla literalmente:

—Vieja zorra, mis mensualidades atrasadas te las metes donde te quepan, nunca te las pagaré, ¿me oyes?

Cuelga con una sonrisa estúpida. Nadine refunfuña algo, se da la vuelta y sigue durmiendo. Manu abre otra cerveza y se pasea a lo largo de la habitación golpeando el aire con el puño, excitada y eufórica, repite:

—¿Qué te has creído, vieja puta de mierda?

Se muere de risa.

Nadine se despierta en plena noche, hay un grifo abierto en la habitación de al lado.

Las sábanas no están empapadas. Ni siquiera tiene pesadillas. Ningún peso en el estómago.

Le ocurre a menudo despertarse bruscamente con algo encima que la ahoga tierna e inexorablemente. Esta noche dispone de todo el aire deseado para respirar hasta la saciedad. En cambio, no tiene más sueño, conecta los walkman, intenta recordar: «La semana anterior, a esta hora, ¿qué coño estaría haciendo?». No importa, enciende un pitillo. *We will pretend we were dead.*^[15] Se acabó la cinta. Remueve su bolso, busca algo que quizá le apetezca escuchar. Finalmente, lo más sensato es colocar la otra cara de la misma cinta. Manu emerge de las sábanas, está estirada en la cama con los brazos en cruz.

Nadine se sienta en el borde de la ventana, en la calle no pasa nada.

Her clit was so big, she didn't need no ball.

Manu refunfuña en sueños y finalmente se despierta. Abre una lata de cerveza, se levanta y se ducha. Deciden ir a Burdeos. Cambiar de coche. Van a dar las seis. No hay bares abiertos. Caminan silenciosas y no ven a nadie. Luz anaranjada en las aceras, ni un solo ruido.

Luego empiezan las discusiones porque Nadine quiere tomar el tren, y Manu no.

Más lejos, un tipo trajeado saca dinero del cajero. Tiene un Range Rover gris estacionado delante y las llaves puestas. El ronquido del motor se amplifica conforme se acercan. Ven la silueta de alguien esperando en el coche. Será la puta que acaba de levantar del pub y él estará sacando dinero para pagar la habitación.

Manu hurga febrilmente en su bolso, saca la pipa, la toquetea para quitarle el seguro, extiende el brazo y dispara sin dejar de andar. Es un ruido aterrador por la mañana, contradice el bello y ralentizado movimiento de los billetes que se esparcen lentamente en la acera. Nadine ha llegado al coche en el momento justo para pillar a la chica, que sale precipitada y en silencio, porque sabe que quizá no la han visto y a lo mejor puede esfumarse discretamente. Nadine la aplasta boca abajo en el suelo y la pequeña le mete en el cuerpo tres balas al azar. Se le pliega graciosamente el brazo a cada detonación.

Se suben al coche, arrancan. En las ventanas con luz, algunas cabezas tímidamente salidas intentan ver de qué va. Nadine contempla en silencio el desfile de las buhardillas iluminadas y dice:

—Nos acechan los testigos, al menor ruido se ponen como locos.

—Un ruido cojonudo, en serio. Además, empiezo a tomarle gusto, seguro que tengo un aspecto estupendo. No cojas la autopista, gorda, me hace flipar. Si hay follón, no tenemos salida.

—De todas formas, no cuentes demasiado conmigo para las carreras de persecución, no es lo mío.

—Estás como un cencerro, ¿te crees que estamos en Indianápolis? Con lo que

tenemos que perder, supongo que pondrás la presión a tope hasta el final... Si no, mejor dejarlo...

Nadine pone una cinta: *When I wake up in the morning, no one tells me what to do*^[17], y sube el volumen. Baja la ventanilla y chilla para tapar el jaleo:

—Joder, como si estuviéramos: *no red light, no speed limit.*^[18]

—Joder, si ya estamos. ¿Has visto cómo hemos dejado tieso a ese pedazo de imbécil? Señorito-trajeado-completo, muy buenos días.

Imita la detonación con la boca, se echa a reír y añade: —Hay que ocuparse de la munición hoy mismo, cadencia infernal obliga.

—De todas formas, tenemos que trabajarnos una armería, yo también necesito pistola.

Manu la observa boquiabierta, después se toma su tiempo para bostezar y comenta:

—Naturalmente que necesitas una, joder, ni se me había ocurrido. ¡Qué buena idea! ¡Qué coreografías de sueños podremos inventarnos las dos! ¿Sabes por dónde ir para llegar a Burdeos?

—No, no veo los carteles, estoy demasiado miope. Intenta decírmelo sobre la marcha.

—Total, da lo mismo, circula y aire.

I want it now, she said I WANT IT NOW.^[19]

DOCE

Se pasan el domingo encerradas en una habitación de hotel. Manu se ha pintado las uñas de rosa claro, las sacude a conciencia para que se sequen más rápido. Nadine arranca las páginas de un libro porno. Los Walkman a tope, saturación de tímpanos: *Here comes sickness.*^[16] Se ha pegado la almohada en la barriga y se pajea mirando las fotos.

Se concentra a tope en la rubia de sexo depilado. En la primera foto, lleva un traje largo, abierto en lo alto del muslo como un rayo blanco. La tela deja adivinar una cadera redonda y el vientre. El cabello cae en melena y cascada hasta las nalgas y realzan la cadera. Cabellos que invitan a pasar la mano y empujar la cabeza hacia atrás. Pechos turgentes, tipo muñeca de cómic. Toda ella lleva clasificación X, todos sus poros transpiran sexo.

En la foto siguiente, abre sus piernas de par en par, indolente y sonriente. Labios imberbes del vientre, la piel parece suave.

Se la ve más lejos tumbada de espaldas, suntuosa y dispuesta. Los pequeños labios ornados con piedras brillantes, un anillo dorado le atraviesa el clítoris. Una exquisita elegancia. La entrepierna centellea igual que un rótulo de burdel.

Transgresión. Hace cosas feas con evidente placer. El desasosiego viene en parte de la seguridad tranquila con que se desvela.

Nadine la contempla largamente, impresionada y respetuosa como ante un icono.

Nadine ha desplegado las revistas en la cama. Las coge una y otra vez, siempre vuelve a la de la rubia. A veces apaga un rato los Walkman para explicarle algo a Manu. Sobre la magia de la imagen o de la palabra que te enciende el vientre. Luego se coloca de nuevo los cascos y prosigue el examen de las amigas de todos: al principio no le gustaba masturbarse con la pequeña al lado y después, bebida mediante, se ha ido acostumbrando a la idea.

Sentada en su silla, la pequeña se pinta las uñas de los pies y observa el movimiento de la cadera contra la almohada, primero distraído y lento, luego acelerado hasta el momento en que Nadine se inmoviliza y se tapa la cabeza con los brazos. Acto seguido cambia de posición, enciende un pitillo, se pone a hablar. Es como si, después de correrse, se sintiera obligada a salir a flote lo antes posible.

Y otra vez empieza a hojear sus revistas, conecta los Walkman y reflexiona al mismo tiempo que va alineando sus imágenes.

Al atardecer, pliega cuidadosamente las fotos de la rubia del sexo depilado, se levanta y se estira. Manu se ha cortado el pelo de un modo extraño.

Se aburren tranquilamente y esperan a que se les pase. Van y vuelven del

McDonald's a la habitación hasta el cierre del McDonald's. Manu está decepcionada porque había ligado con un camarero del McDonald's, púber reciente, y pensaba que pasaría por el hotel al salir. Pero él se despide cortésmente y se apresura a tomar el último bus. Regresan a pie. Nadine dice, por decir algo:

—He observado que los tíos tienen tacto para rechazar las proposiciones de las chicas. Bueno, no siempre, aunque generalmente se esfuerzan. Este ha conseguido largarse sin molestar.

—Este gilipollas se me ha quitado de encima como un gilipollas. No le veo el tacto por ningún lado. ¿Qué querías, que me escupiera a la cara?

—No ha dicho nada desagradable.

—No me ha llamado puta barata sifilítica, y podía haberlo hecho. Hablas por hablar.

Vuelven silenciosas al hotel, los brazos cargados de cajas de McDonald's llenas de cervezas.

Finalmente, Manu enferma. Vomita a chorros, de rodillas en el water. Los hombros sacudidos a cada trago devuelto, vacía el estómago metiéndose dos dedos en la boca. Se lava la cara, moja toda la pieza y se bebe la última cerveza con cañita antes de acostarse.

Nadine mira al techo con los brazos cruzados en la nuca.

Suicidal tendencias.

TRECE

Esta mañana, Nadine ha comprado un traje de chaqueta azul marino y una cartera de piel. Se ha teñido el pelo de negro y lo ha recogido en un moño. Sus tacones repiquetean de mil demonios. Manu anda detrás.

La más alta entra primero en la armería. Le ha pedido a Manu que espere un momento fuera.

El vendedor es un hombrecito canijo y casi calvo. Nervioso. Nadine y su historia del marido apasionado por las armas parece gustarle, le hace una demostración apasionada, le muestra cajas y catálogos. Ella escucha, frunce las cejas, intenta enterarse de algo. Se pasa en el tono de buena alumna concentrada, saborea el momento. Le mira los pelos que le sobresalen de la nariz, susurra más que habla. Rezuma afecto hacia este tipo adiposo, altivo y pagado de sí mismo. Se inclina sobre el mostrador y le muestra el escote. Se deleita con él porque lo encuentra insoportable y porque van a poner término a sus chorradas. Una perspectiva alentadora.

Le toca entrar a Manu. Impermeable de color rosa, pelo anaranjado porque el tinte no ha funcionado del todo, pintalabios rosa nacarado, capas espesas de maquillaje con tono naranja y rímel azul. El estilo puta cutre le sienta bien. El vendedor la repasa con descaro y no la saluda. Tener mujeres en su tienda, pasa, pero putas no. Hurga en su bolso. Le explica a Nadine: «Este año la 10 automática es la primera de la clasificación. Pero en su caso le recomiendo una Smith & Wesson del 40. Si su marido es aficionado al tiro de recreo...».

Manu interrumpe:

—¿Y si la mujer es aficionada a la caza de gilipollas?

Él levanta la cabeza, dilata un poco la nariz, pero se queda rígido. Manu dispara en el preciso momento en que él se da cuenta de que lleva pistola.

Se asustan más que las otras veces, se llevan varias pipas en la cartera de piel, cajas de cartuchos al azar.

Timbres en la puerta, se sobresaltan y se giran. Dos tipos rojizos entran en la tienda, se parecen un poco. Manu dispara a la barriga. Empiezan un baile tímido, se derrumban casi al mismo tiempo, sincrónicamente, poco convencidos y con idéntica expresión de estúpido desconcierto. La pequeña los pisa y dispara en sus cabezas para asegurarse.

Coge a Nadine de la manga y dice mostrando los cadáveres:

—Fíjate en eso, una pura caricatura, las veces que te has topado con esos mierdas y que te entraron ganas de disparar...

Nadine mira los dos cadáveres, caídos de cualquier manera, tirados en el suelo,

parece que la raja del vientre esté a punto de abrirse bruscamente para dejar paso a un monstruo. Sale la sangre y la herida se estremece levemente. Arruga la nariz:

—La historia de siempre. En esos casos. Total, no somos nada.

—¡Qué dices! No son todos iguales, esos tienen una jeta de cerdos maderos o algo parecido. Estilo racista malhumorado, agresivo y peligroso. Es una matanza de utilidad pública.

Al dar la vuelta para irse, ven que hay gente agolpada delante del escaparate.

Manu hace su salida empuñando el arma. Dispersa a los curiosos aullando: «¡Fuera de aquí, banda de inútiles!». Nadine la sigue como puede, se quita los zapatos y corre descalza.

Pánico detrás de ella, perseguidores tenaces. Sigue un cúmulo de circunstancias favorables, coches que cruzan en el momento oportuno, esquinas sabias, y ese miedo infernal que pone alas a los pies y despista a los perseguidores.

Aminoran la marcha cuando creen haber dejado atrás a los perseguidores, Nadine tiene los pies ensangrentados y los pantalones totalmente desintegrados a la altura de los tobillos. Sin haber siquiera recuperado un mínimo de aliento, Manu vocifera:

—¡Cómo los hemos dejado tirados! ¡Ese montonazo de pedazos de gilipollas! ¡Un alucine total! ¡Como si nos fueran a pillar!

CATORCE

En el cuarto de baño, se corta mechones de pelo, se pregunta cómo hacerlo para parecer normal. En la habitación de al lado, Manu entra en trance, de cuclillas en medio de los periódicos tirados en el suelo:

—¡Coño! ¡Primera página en todos! ¡El gran terror en la ciudad!

—¿Te parece que habrá mucha gente asesinada a balazos todos los días?

—¡Y yo qué sé! Algunos habrá. Voy a leerme los artículos, tal vez luego pueda informarte.

—¿Está la foto?

—No, joder, tienen pocas luces, los retratos robot son una mierda, pareces un boxeador y yo tengo pinta de quinceañera acabada de fugar. Francamente, nadie puede reconocernos con esas pintas. Nada que ver. Salvo que somos dos chicas y una es más alta que la otra.

Nadine se inclina sobre los dos retratos. Tienen bastante parecido. Dice:

—Mal asunto.

Manu se levanta y escupe en la taza del water.

—Poca broma —dice—. Tu cara de puta en los periódicos está al caer. Y con el número que hemos armado hoy en la tienda del tipo, se me ocurre que los retratos mejorarán. Es la primera vez que dejamos esa pila de supervivientes...

Se sienta de nuevo y hojea los periódicos sin leerlos. Añade al rato:

—Cierto que las cosas se complican, seguro. De hecho, a partir de ahora ya tenemos el hotel prohibido. Y dentro de poco, tendremos prohibida la calle.

Nadine sigue cortándose el pelo donde le parece oportuno, mientras que detrás de ella la pequeña lee el horóscopo en voz alta.

Después se sienta en la cama, comprueba que la botella está vacía y declara:

—De todas formas, hay que aguantar hasta el 13. Mucha astucia, ya nos espabilaremos. Las mujeres hacen tales extravagancias con su cuerpo... podemos disfrazarnos sin sorprender a nadie. Total, no hay razón para que la gente se pregunte si somos nosotras, la ciudad es enorme. Me he hecho un corte extraño, ¿no?

Manu la mira, boquiabierto, se le ven las coronas de los dientes:

—Estás cambiada. Antes esos pelos te tapaban media cara. Ahora sólo se te ven las ojeras. Tienes pinta de depre. Será una prueba. Si en los próximos retratos robot publicados logran esas dos grandes manchas negras en medio de un pedazo de cara, resultará que tienen una buena técnica.

—O que dejamos demasiados testigos vivos. ¿Cómo crees que llevan la investigación?

—No he trabajado nunca con la pasma. Pero creo que visitarán a los vecinos. Que cuentan chorradas... No sé cómo investigan. Es paradójica, esa gente; mongólicos como nadie. Y, a la vez, puro cerebro. Ahí reside su fuerza, nunca sabes con quién te la juegas. La única manera, para mí, es tomarlos por unos capullos, si no pierdes el norte.

—Hoy tenemos que hacer camino.

—Hay que enseñar el culo. Que la gente que nos vea se fije en el culo y nada más.

—Hay que llevar gafas. Sombreros.

—Sí, todos los accesorios. Hay que hacer lo necesario para que dure el placer. Es la última vez que vamos al hotel. A partir de ahora, iremos a casas particulares.

—¿Se te ocurre alguien?

—No. Se me ocurre la primera casa que encontremos. Entramos, disparamos y nos instalamos.

—Brillante.

Manu come chocolate almendrado, muerde en plena pastilla. Nadine ha puesto las pipas en la cama. Coge un revólver al más puro estilo Oeste, con cargador Taurus. Lo mira por todos lados.

—Me explotará en la cara.

No sabe cómo abrir el revólver, juguetea ante el espejo.

Coge los walkman, baja a comprar revistas sobre armas. *Is she pretty on the inside, is she pretty from the back, is she ugly on the inside, is she ugly from the back?* [20]

Haber visto sus retratos en la prensa la pone bastante más nerviosa que antes.

Está incómoda en el quiosco. Hojea *Action Guns* y *Cahiers du pistolier et du carabinier*. Nunca le interesaron las armas. Algo se aproxima, algo divertido. Sólo necesita tiempo. La señora de la caja le ofrece una bolsa para llevárselas, como cuando compra cosas de porno duro.

Para en una licorería. Las botellas están presentadas como alianzas en una joyería. La vendedora es regordeta, muy sonriente y distinguida. Oro en casi todos los dedos y las cejas depiladas muy finas, tetas enormes y sólidamente contenidas. Lo tendrá fácil para hacerles una manóla a los chicos entre las tetas. Nadine compra whisky y vino carísimo en cajas de lujo. Más le vale ventilarse la pasta, sería de tontos que la cogieran con los bolsillos llenos. Se muestra amable con la vendedora, ella le corresponde. Mientras envuelve las botellas y se enrolla con los viñedos de Provenza, Nadine se la imagina follando. ¿Dirá guarradas? ¿Tendrá siempre ganas? Es del estilo burguesa viciosa. Lo contrario sería una lástima.

Se despiden cortésmente.

When I was a teenage whore, I gave you plenty, baby, you wanted more? [21]

La cinta se para a media canción, saca los Walkman del bolsillo para dar la vuelta.

Un niño silba: «¡Eso sí que son unos Walkman!». Levanta la cabeza, tiene su buena pinta de granuja. Con una sonrisa insolente, un chico que debe dejar mareadas a las chicas. No está nada mal. Se acerca a ella y pregunta:

—¿Te importaría decirme qué escuchas, preciosa?

Le habla como un profesional de la coquetería a quien de hecho nunca se la hubieran mamado. Saca la cinta, farfolla:

—No escucho nada en particular, ¿los quieres?

Le deja los Walkman en las manos y se larga. El la alcanza:

—Gracias, son súper... Aunque lo que me gustaría de verdad, sabes, es invitarte a un café.

Rehúsa la invitación. Parece divertirse. Le dice:

—De hecho, es perfecto que no aceptes, porque no tengo pasta ni para un café... Soy demasiado pobre para ir con mujeres, ese es el problema.

Llega al hotel. Allí tiene otros Walkman. Manu envió los tres restantes (envueltos en billetes para que no se rompan) a un niño conocido que tiene la cara arreglada con vitriolo. Es su lado girl scout que emerge a ratos y contamina a Nadine.

QUINCE

Cuando entra en la habitación, Manu está de cuclillas en un rincón. Sólo lleva puestos sus tacones altos que se clavan en la moqueta. Observa atenta los chorros de sangre caer de su entrepierna y mueve el culo para dibujar trazos. Las manchas rojo oscuro quedan un rato a la superficie, burbujas escarlatas y brillantes, antes de impregnar las fibras, de difundirse en la moqueta clara.

Nadine se acuclilla delante, considera sentenciosamente el fino hilo rojo de la meada espesa que le sale en sacudidas más o menos abundantes. Hay dentro pequeños colgajos más oscuros, como la nata que, en la leche, se recoge con cuchara. Manu juega con sus manos entre las piernas. Se ha embadurnado con sangre hasta el pecho. La pequeña dice: «Huele bien dentro, tiene que gustar, claro». Después chilla señalando los diarios amontonados:

—Una mierda de raza, esos periodistas. Puro cuento. ¿Has traído bebida? Es cojonudo. Te has tomado tu tiempo, gorda... En cuanto tardas un poco empiezo a darle vueltas.

¿No te importa que lo llene todo de sangre? Sangro como una perra el primer día. Pero sólo me dura un día. De pequeña lo ensuciaba todo adrede para fastidiar a mi madre. Es de la vieja escuela, son cosas que no la apasionan. Si pudiera, votaría en contra. Se ponía totalmente enferma. Luego, me siguió gustando. Es todo un espectáculo, hostia, un placer para la vista.

—A tus amiguitos debe chiflarlos.

—Me retraía un poco, lo hacía en el water. Me di cuenta que sólo me divertía a mí. Tú eres una viciosa y ancha de mollera, aprovecho. Y finalmente, tampoco hay muchos tipos que se quedaron conmigo.

—Normal.

Nadine se levanta sin quitar la vista de las manchas en la moqueta, Manu se tumba de espaldas. Estirada en el suelo, juega con sus piernas. Tiene los pelos del pubis más bien claros, ponen la sangre en evidencia.

En las revistas que compró Nadine muestran con fotos cómo se desmontan las pipas para limpiarlas. Nombran cada pieza. Colocadas de frente en ambos lados de la cama, pasan gran parte del día toqueteando las armas por todos los costados. Manu no se ha vestido, deja huellas ensangrentadas por donde se sienta. Cuenta escenas de disparos que vio en el cine, y mientras habla apunta por la habitación en todas direcciones.

Es como si su mano estuviera hecha para sostener una pistola. El metal contra su palma. Claro. El complemento del brazo.

DIECISÉIS

El sol quema todavía, a pesar de la hora. Manu, sentada encima de una boca de incendio, dice que quiere aprender a conducir:

—Debe ser súper. Además, no importa: si destrozamos un coche encontraremos otro.

Nadine se encoge de hombros, dice que puede enseñarle. Añade:

—Pero sería un coñazo acabar atascada entre chatarra y tener que esperar a que nos salve la pasma.

—¿Qué te parece si nos aplastamos contra un muro?

—¿Estás harta? El 13 es dentro de dos días, yo prefiero aguantar hasta entonces...

—Yo igual. Pero el 14, podríamos darle al muro.

Caminan por la calle, dan una vuelta por la estación, por el barrio peatonal, paran en un bar para jugar a las máquinas, les toca el gordo varias veces y deducen que están de buena estrella. Reemprenden su camino, es una pequeña ciudad de un urbanismo extraño, topan siempre con las mismas calles no se sabe bien cómo.

Cruzan gente que no les presta atención. Cuántas personas que pasean, como ellas, con sucios secretos escondidos bajo el abrigo. Sucias ideas mugrientas alimentadas en secreto.

Ya es de noche, pasan delante de un elegante salón de té que sigue abierto. Mesas de mimbre, cristales impecables, dorados lustrosos. Decorados para elegantes damas de su casa. Escaparate atiborrado de diminutos pasteles ridículos, coloreados y llenos de ángulos rectos o frutos perfectamente redondos.

Entran porque a Manu le gusta el sitio, escogen diez pasteles que Manu se mete en la boca al tiempo que estudia el entorno. Una abuela con su nieto desvía la mirada. Es una viejita en plan corriente, el pelo ralo y blanco, con cuidada permanente. Lleva un vestido formal, de tonos grises y cuello en V, digno. Arrugas profundas en la nariz hasta las comisuras de los labios, no precisamente el tipo de arrugas que se te ponen de pasártelo en grande. Su cuello es un plisado de piel mortecina.

La vieja intenta desviar la atención del niño que las mira, fascinado por Manu, sus atracones y malos modales. Cuando mastica aparece la mezcla de colores porque mantiene la boca bien abierta. Aplicada a representar correctamente su papel de elefanta degenerada en una casa de muñecas.

Las dos vendedoras intercambian un guiño, irritadas al tiempo que algo desconcertadas, sorprendidas de que confundan su tienda con una cafetería.

Una lleva el pelo castaño claro y rizado. El rosado de las mejillas arruinado por polvos en capa ligera. Las cejas sin depilar huyen en V hacia su frente y le dan un

aire concentrado, como si fuera a gruñir. Boquita fina, rosa como la blusa. El labio superior está bien dibujado, el inferior es algo más carnoso. Nadine comenta: «Esa nació para chupar», bastante fuerte para que la oigan todos.

La otra chica es más rechoncha, morena, con un corte de pelo rectilíneo. Los dientes muy blancos, como porcelana. Lleva aros en la muñeca, círculos plateados que tintinean cuando limpia las mesas. Bonito ruido.

Ambas llevan las mismas blusas rosadas con cuello blanco y zapatos bajos de tela clara, sin manchas y cuidadosamente atados.

Nadine no tiene hambre. Sin que sepa por qué, el lugar le pone la inquietud en marcha. Se abre el tercer ojo, se conecta la voz temible. En ese decorado y con esa gente, se siente despreciada de oficio, rechazada. Se ve con sus propios ojos, se da pena. Manu, sin enterarse de nada, continúa su número con el niño. Nadine aprieta los dientes y mira fijamente la mesa. Que no empiece de nuevo. Está agazapada al fondo de una caja, encogida en un rincón, manos ciegas e invisibles intentan atraparla. Siente sus movimientos en la oscuridad. Está indefensa y la petrifica el terror. Hay que cortar esos brazos maléficos. Dentro de ella reina la araña y ella la espera con infinita paciencia.

Vigila de reojo a las cajeras, tienen miedo. Ese pensamiento disuelve la opresión, como por arte de magia.

Las dos chicas están atemorizadas. Fanfarronean un poco y limpian la barra. Pero están cagadas de miedo.

Nadine piensa: «Tal vez estas chorras nos han reconocido y han avisado a la bofia».

Aunque no se lo cree del todo.

Algo tienen ella y Manu que las inquieta.

Nadine se da cuenta de que le chifla esa sensación de sentir las palpar.

La abuela se levanta, harta del numerito de Manu. Recoge sus cosas, arroja al niño, pasa por caja para pagar. El niño está de morros, quiere quedarse un rato más. Quiero otro helado. Hace ruido. Tendrá unos cinco años.

Nadine piensa en las revistas del hotel y en los asesinos de niños. Piensa en los titulares y en los comentarios de la gente cuando muere un niño. El efecto en la gente. Incluso a ella le costaría hacerlo.

Apartarse del mundo, traspasar la frontera. Ser lo peor que tienes. Plantar un abismo entre ella y el resto del mundo. Marcar la jugada. Quieren algo para la primera página, puede complacerles.

Saca la pipa, encadena los gestos sin pensar. Respira a fondo, no quita el ojo del niño. El niño caprichoso que va a la suya. El cañón prolonga su brazo, brilla en primer plano, en medio de la cara del mocosito. La vieja aúlla justo antes de la detonación, como un repiqueteo de tambor antes del solo.

Apenas ha vacilado. Era necesario.

Un disparo y observa al niño. Justo encima de los ojazos ceñudos por el enfado. No le da tiempo a cambiar de expresión. No tiene tiempo de comprender. Al caerse, hace caer una cesta llena de caramelos envueltos en papel brillante de colores.

A Nadine le sorprende lamentar que la imagen no pase a cámara lenta, una reflexión robada a Manu.

La camarera rizada queda postrada detrás de la barra, sacudida por sollozos nerviosos, protege su cabeza con las manos. Nadine dispara a las manos, la coge por el cabello, empuja el cañón en su boca y dispara de nuevo.

Mientras tanto, Manu se ha ocupado de las otras. La cabeza de la vieja ha rodado debajo de una mesa, un pobre chorro de sangre borbotea de su boca y corre gentilmente por el suelo brillante. La otra camarera está tumbada más lejos, toda roja por delante.

Antes de salir, Nadine echa un último vistazo a la puerta. Sabe que ha fotografiado la escena, que podrá disfrutarla más tarde. Rojos en abanico, posturas grotescas.

Cuando salen, ven que algunos entran precipitadamente. Echan a correr, Manu la coge de la mano para que corra más rápido. Entran en una callejuela, Nadine se oye reír como cuando se ríe de vértigo antes de la gran bajada del tiiovivo. La pequeña aminora la marcha, da la vuelta. Se derrumban en el borde de la acera. Locas risas nerviosas. Se calman, se miran, se ríen de nuevo.

En la próxima esquina piden información a un tipo con un BMW plateado. Saca un mapa de la ciudad para ayudarlas a situarse. Manu abre la puerta y lo arranca del vehículo por el cuello de la chaqueta. Se agarra a ella, ella le da un puntapié en la tibia y, cuando se cae, otro en las encías. Paradójicamente y a pesar de la distancia, Nadine oye el chasquido de los dientes tras el golpe.

Coge el volante, gira lentamente alrededor del tipo al suelo, le pasa por encima acelerando bruscamente, Manu ha bajado el cristal e intenta tocarlo. Vacía el cargador.

Con los ojos aún húmedos de tanto reírse en la callejuela, la pequeña está exultante, se da puñetazos en la mano y chilla:

—Joder, ¡qué sincronizadas estamos! No me lo puedo creer. Como si no hubiéramos hecho otra cosa. No me lo puedo creer.

—¿Adónde dices que vamos?

—A Marsella. Hay chicos a montones.

Nadine pone una cinta en el radiocasete.

Come on, get in the car. Let's go for a ride somewhere. You make me feel so good. You make me feel so crazy. ^[22]

Decididamente, Manu no se calma, se agita en el asiento y no deja de hablar:

—¿Has visto?, lo hemos hecho como en los videojuegos, cuando llegas a la pantalla final. Invasores a tope por todas partes, los castigas a todos, total, puedes demasiado. Era un golpe arriesgado. Pero tiene su encanto. Un niño, es una pasada. Francamente, no quería hacerlo. Pero estabas en lo cierto: hay que pasarse. También hay que comprar bebida. Tengo mucha sed a a estas horas. Bueno, te lo advierto: pararemos en una tienda árabe, y con los moros no quiero una carnicería. Tú no tienes principios y quieres dispararles a todos.

—Me resbalan, los árabes —dice la otra—. Creía que había que pasarse.

—Hay que pasarse. Pero no hay que pasarse siempre. Hay que encontrar el equilibrio justo.

—Me tienes harta con tus árabes. ¿No podías hacer algo con tu vida? Tipo educadora o asistente social, tienes una inmensa reserva de buenos sentimientos.

—Si me hubieran dejado, habría sido buena con todos. Básicamente, soy del tipo que haría pasar a la madre Teresa por una gran zorra. Pero esa gente es débil y nociva, no hay manera de ayudarles. Merodean, se abandonan, siempre se quejan. Son un coñazo. Y sobre todo, no tienen valores. No les puedo ayudar.

Por decir algo, Nadine comenta:

—Ellos se lo pierden.

Y la pequeña prosigue:

—¡Joder, qué sed tengo! Increíble lo que has hecho. Iba al water para obligarme a vomitar y vaciar el estómago, feliz, para comer más pasteles... Estaban muy buenos, de verdad, se nos podía haber ocurrido coger alguno, qué despiste. Sacaste tu pipa y disparé en seguida sin pensarlo. Volteo total, como nunca. Un auténtico bautizo, gorda, no te has quedado a medias.

Saca pedazos de chocolate del bolsillo de la chupa, con la punta de los dedos quita los hilos pegados encima. Le ofrece a Nadine.

La alta conduce infinitamente serena. Corre demasiado y conduce bien. La pequeña tiene razón, lo hacen las dos de maravilla.

Angels are dreaming of you.^[23]

La sensación de comerse personalmente la carretera, de un solo bocado. Reflexiona en voz alta:

—Estarán contentos mañana en el hotel. Sangre, armas y unos walkman.

—Podrán reunir a la prensa, esa banda de escribe sandeces podrá masturbarse un rato. Apuesto a que esos chorras de la bofia le dan vueltas al coco sobre nuestros restos de colillas. ¡Joder, ya tengo ganas de leerlo mañana!

—No entiendo cómo puedes leer esas mierdas, a mí me ponen histérica.

—Tú te lo tomas todo demasiado en serio, eres masoca, te apuntas al primer pretexto. Yo, sólo con imaginar a los del barrio leyendo eso, me parto de risa. Me gustaría darme otra vuelta, darles golpecitos en la espalda: «¿Qué tal, babys, cómo

lleváis esas penas diarias? ¿El muermo de siempre?».

—Si quieres, vamos.

—No, no quiero volver.

DIECISIETE

Circulan un buen rato, ven a un tipo mear en el campo. Bala en la rodilla, bala en la nuca. Cambio de coche, por si...

Se preguntan si las buscarán con helicóptero, cómo pueden organizar el asunto. Nadine hurga en el bolso y los bolsillos sin quitar el ojo de la carretera:

—Hostia, me he dejado el loro en el otro coche, ¡qué imbécil!

—Buena promoción para el grupo.

—No me necesitan, joder, ¡qué gilipollas!

—En este coche no hay radio, da lo mismo.

Cambia el tono:

—Es una camioneta de la poli. Joder, una camioneta de la poli, seguramente un control, ¡qué mierda de carretera!

Manu habla muy deprisa pero con calma. Hay poca luz en la carretera, Nadine aguza la vista. A unos pocos metros una camioneta de la poli está aparcada en el arcén. Estremecimiento familiar en las entrañas. Con el tiempo te va gustando. «Vuelta a empezar».

Manu articula tranquilamente, es la primera vez que está tan sosegada:

—A la menor tontería pisas a fondo. Y yo disparo. A todo lo que se mueva. No te olvides, somos un equipo fenomenal. Intentamos pasar. Por lo menos, les montamos un follón nunca visto. Pero no nos entregamos.

Llegan a la altura de la camioneta. De reojo, Nadine advierte la sonrisa maléfica de Manu. La coge de la mano, se avergüenza de su gesto en el momento de hacerlo. Salvo que Manu entrecruza los dedos con los suyos al momento y aprieta su palma hasta casi romperle las articulaciones. Entrelazadas, crispadas, una dentro de la otra. Invencibles, incluso sin tener la menor oportunidad.

Adelantan la furgoneta. Nadie va dentro. Nadine comprende exactamente el sentido de la expresión: «El corazón está a punto de estallarle». Y, la verdad, no le desagrade. Siente confusas ganas de que corten el camino. Para jugar la partida, intentarlo.

A unos metros, los faros alumbran a dos polis que registran a una chica contra un muro. Manu articula entre dientes:

—No me lo puedo creer. Nada que ver con nosotras.

Cuando llegan a su altura, la chica da un testarazo a uno de los dos polis y lo hace retroceder unos pasos, se larga corriendo, el otro poli se lleva la mano a la cintura. Manu chilla: «¡Frena!», y el coche hace ruido al derrapar un poco bajo el brusco frenazo. Manu dispara hasta tumbar a los polis, no tienen tiempo de reaccionar. Luego, con calma, avanza hacia ellos y les mete unas balas extras a cada uno,

refunfuñando: «La prudencia nunca está de más».

La chica ha dejado de correr. Está inmóvil a unos metros. Reflexiona un momento y vuelve atrás sin prisas.

Stan Smith y Bomber negra, el pelo muy largo y brillante, todo oscuro. Su manera de caminar es imponente. Creíble de entrada en su papel de amazona urbana.

Gira el cadáver con la punta del pie. Luego toma impulso y chuta la cabeza como en el fútbol. Observa el otro cadáver con atención. Después el coche y sólo entonces levanta la vista hacia Manu. Declara: «Nunca había visto muertos», señalando a los polis. No hace ningún esfuerzo aparente para conservar la calma. La línea de demarcación entre lo que ocurre en su cabeza y lo que se le ve en la cara parece sólidamente dibujada. La ocasión no es lo bastante excepcional para que se desmonte.

Manu sonríe, se inclina sobre el poli.

—Siempre es un gustazo enfriar a uno.

Señala a Nadine con la barbilla antes de añadir:

—Para ella, todos son por el estilo. Yo siempre llevo una dedicatoria especial para la bofia.

Nadine no ha salido del coche. Escruta la cara de la chica, que ni siquiera la ha mirado. Unos rasgos singularmente regulares, un porte de princesa. Elegancia innata. Dice: «Estaba a punto de pifiarla». El tono no puede ser más neutro.

Manu saca el paquete de pitillos, le ofrece uno a la chica, se le acerca para encenderlo. Parece una ceremonia, una toma de contacto de códigos bien establecidos. La chica sube la cremallera de su chupa y dice:

—Vivo cerca de aquí, con mi hermanito. Un lugar tranquilo. ¿Necesitáis un sitio para dormir?

Manu se gira hacia Nadine, se inclina hasta la puerta, pregunta:

—¿Qué te parece?

—Nada que objetar.

La chica ha andado unos pasos, fuma su pitillo mirando la carretera, las deja deliberar en paz. Nadine añade:

—No es que sobre gente por aquí, pero sería más razonable ir en seguida.

Y porque Manu se detiene un momento indecisa, como para decir algo y, por una vez, se pregunta cómo formularlo, Nadine la tranquiliza bruscamente:

—Ya he entendido que no se dispara a los moros. Y *a priori* aún menos a ésta.

Manu sacude la cabeza y ríe.

—No te enfades, gorda, pero te pasas tan fácilmente que prefiero dejar las cosas claras.

Llama a la chica:

—Me llamo Manu; ella es Nadine. Esta noche prescindiríamos gustosamente del hotel. Pero si nos alojás puedes meterte en líos.

—Yo soy Fátima. Mi casa está hacia allá, todo recto.

Inspira respeto implícitamente. Nadine la observa por el retrovisor. Nunca había visto a una chica que se la jugara tan dura y fríamente, por lo menos sin llegar al ridículo. Busca algo que decirle y decide dejarla en paz.

Manu rompe el envoltorio de una tableta de Mars, la parte en trozos y ofrece puré de chocolate a las otras. Como rehúsan, la pequeña se lo mete todo en la boca y mastica ruidosamente. No parece inmutarla lo más mínimo que ahora sean tres. Declara pensativa:

—Yo y mi amiga pensamos que la camioneta iba para nosotras. Un poco más y el miedo me revienta las tripas. Joder, ¡qué suerte tenemos! En pocos días estamos recuperando toda una vida... Yo y mi amiga ganamos siempre, es increíble lo que nos ocurre.

Se hunde en el asiento y contempla la carretera en silencio, luce su más estúpida y satisfecha sonrisa. Nadine encuentra una mueca en el mismo registro, lo que más se acerca al perfecto regodeo. Luego, Fátima recomienda:

—Hay que torcer a la izquierda en el primer cruce.

Manu declara, rascándose frenéticamente la cabeza:

—No podemos aparcar cerca de tu casa. Poder, sí podemos, pero no sería demasiado prudente. Tendríamos que parar en algún sitio y quemar el coche.

—Hay un garaje en casa, mi hermano tiene la costumbre de desguazar tartanas, será mejor que se ocupe él.

Nadine la ha visto sonreír cuando Manu habló de destrozar el coche. Viniendo de su parte, esa fugaz sonrisa parece una franca explosión de alegría.

No se cansa de mirarla en el retrovisor. Y por primera vez en su vida, Nadine compadece a esos chicos que enloquecen de amor por una chica sólo por sus ojos.

Se repite que es ridículo, esa chica puede ser la última de las chorras metida en un hermoso caparazón. Es inútil. *Could you be the most beautiful girl in the world?*^[24]

Aparcan delante de una casona gris totalmente aislada en un camino desierto. No es el tipo de casa donde vives cuando eres joven. Fátima baja a abrir la puerta del garaje. Nadine dice:

—Es súper divertida, la nueva.

—Sí, otra juerguista. Y aún sería más divertido si no fueran moros y tuvieran alcohol y porros en la casa. En serio, me muero de sed.

DIECIOCHO

En las paredes del garaje, las estanterías están atiborradas de motores, radios, cámaras fotográficas, vídeos... Dos cajas de guitarras y un amplificador están arrinconados cerca de un escúter, de una mountain bike y de una moto parcialmente desmantelada. Echados los cerrojos, Fátima se humaniza sensiblemente.

Le explica a Manu:

—Es mi hermanito. Como tenemos sitio, se dedica a colocar mercancía.

La pequeña mira en derredor; de hecho, los aparatos van clasificados por género, hay una zona audio, una zona sonido, un rincón para ruedas. Le da al papel de entendida atónita:

—Joder, ¡es un auténtico jefe de almacén, tu hermanito!

La réplica percute a la manera de un «¡Abrete Sésamo!», Fátima lanza una risita corta y grave, visiblemente contenta de que reconozcan los talentos organizativos del hermanito. Explica.

—Es un tío listo. Y además, no lo hará mucho tiempo, no esperará a tener líos para cambiar de sector. Por el momento nos funciona; además, de paso recogemos lo que haya. No nos falta de nada. Es mientras tanto.

—¿Mientras qué? ¿Es que pensáis dar el golpe del siglo y largaros a Australia?

Fátima no nota ninguna ironía en la pregunta. Prosigue:

—Vamos a Los Angeles. Te cogen en cuanto te despistas. Si sigues demasiado tiempo en el mismo negocio. O si te pasas de listo. Hay que marcarse una meta alcanzable y atenerse a ella. Mientras tanto, hay que cerrar el pico y mantener los ojos abiertos. Pillar la buena oportunidad y luego ciao, empiezas de nuevo en otra parte. Haces crecer el capital, te dedicas al trapicheo legal. Total, disfrutas de la vida...

Como a ella no le presta atención, Nadine puede observarla a gusto. Son cosas que ha oído mil veces, pequeños truhanes exponiendo teorías implacables. Y, cada vez, hubiera apostado que ese mismo año se encontraría con sus amiguitos en chirona. Pero Fátima deja poco margen a la duda. Puede repetir una réplica oída cien veces, tiene el tono justo y preciso para todas las versiones. La clase del personaje. Sin embargo, Manu se permite una sombra de duda:

—Sin querer molestarte, no parecías andar con mucho cuidado cuando te encontramos.

—Precisamente. Quise meterme de nuevo sin reflexionar demasiado. Y como el cielo me concede una segunda oportunidad, en el futuro haré funcionar mejor la cabeza.

—¿Por qué te habían parado?

—Llevaba mierda encima, una simple chinita. Esos hijos de puta no tenían ningún derecho a registrarme... Acabo de salir, volvía directo. ¿Has estado en la cárcel?

—No.

—Desde que salí, me comporto bien, modosita y todo. Busco trabajo en serio, no salgo, me aparto de las amistades de antes. Es la primera vez que quería vender algo para solucionar problemas urgentes. Que mi hermano no tenga que ocuparse siempre de todo. Qué asco cuando me pillaron. Se me había escapado el último bus, caminaba tranquilamente por la carretera. Se detuvieron, documentación y todo lo demás. No quería que me registraran, a mí, esos tíos no me lo pueden hacer. Dijeron que me detenían, hubo follón. Cuando el otro imbécil encontró la mierda, le di con la cabeza y entonces llegasteis. En el momento preciso. Nadine rezonga discretamente al oído de la pequeña: —Con el tiempo que hace que querías servir una causa... Empieza a sentir celos porque Fátima ni la ha mirado. Manu le golpea suavemente el hombro:

—¿No pensarás hacer el número porque estás de mirona? Te enchufas los Walkman mientras hablan los mayores.

Se burla con sorna y mantiene la mano en su hombro. Nadine pasa primero hacia la escalera por donde Fátima ha desaparecido. Arman un buen follón mientras suben, revientan de risa, como mocosas en el baño de un party.

DIECINUEVE

La casa es grande. Nada cuelga de las paredes, todo está en su sitio. Un lugar frío, perfectamente ordenado. Muebles imponentes, enormes y sobrios. No es morada de gente joven, no hay nada de más. Sin embargo, el implacable rigor del sitio no resulta nada pesado. Uno se siente más bien sólidamente acogido, protegido.

Fátima prepara café, pregunta si quieren comer. Se afana como una mujer, como una madre. Gestos precisos, repetidos sin cesar. Pregunta a Manu si sabe liar, deja una china de mierda sobre la mesa, papel y cigarrillos Camel. Sigue ignorando escrupulosamente a Nadine.

Se sienta con ellas, fuma el peta a largas bocanadas, respira hondo. Luego rompe el silencio:

—¿Habíais matado a alguien antes?

—Sí, alguna vez.

—¿Alguna historia que acabó mal?

—Para nada. Un día, en vez de ponerme ciega, le disparé a un tipo a la cabeza.

Después nos conocimos, nos dimos buen rollo.

Nadine interviene, decidida a imponerse como un personaje capaz de dialogar:

—De hecho, casi todas las historias han acabado mal. Todo lo que intentas hacer y luego no funciona. Me recuerda el cuento de la sirenita. La impresión de haber realizado un sacrificio enorme para tener piernas y convivir con los demás. Y cada paso es un dolor intolerable. Lo que hacen los demás con una facilidad desconcertante te exige esfuerzos increíbles. En cierto momento lo dejas correr.

Nadine sonrío como para disculparse por hablar tanto. Observa a Fátima de reojo y con aprensión. Le parece que ha comprendido que decía todo eso sobre todo para hacerse notar. Manu hace desbordar el cenicero chafando el canuto consumido hasta la tacha. Añade:

—Las normas, de hecho, no cambian, siempre se trata de quién se cepilla al otro primero. Salvo que esta vez estuvimos del buen lado del chopo. Una notable diferencia.

Pasa un chico rumbo a la cocina, ni le habían oído entrar. Es alto y lleva la cabeza rapada, parece igual de cerrado que su hermana. Les dirige una leve inclinación de cabeza cuando Fátima los presenta. Luego se sirve un café sin prestarles atención. Se sienta a la mesa y lía otro canuto sin abrir la boca.

—Es Tarek, mi hermano pequeño.

Le habla en árabe, él escucha sin contestar, sin levantar la cabeza, sin siquiera pestañear. Ella termina en francés:

—Entonces les dije que podían dormir aquí. Además, si queréis quedaros un tiempo, es un buen chollo y no hay problema. Tarek, pásame las llaves del escúter, voy al colmado a comprar Coca-Cola y comida.

Le acerca las llaves y pregunta si está segura de que la bofia no ha tenido tiempo de coger sus datos. Responde que si la toma por una imbécil. Termina el debate y ella se larga.

Los ojos del chico son claros, hundidos en sus órbitas, y las cejas espesas y tupidas. Cualquier mirada suya brilla con una intensidad muy particular. Una tensión de guerrero que observa el poblado enemigo y se pregunta si va a arrasarlo.

Le da la vuelta al canuto y pregunta:

—¿Llegáis de Quimper?

—Sí, estuvimos hace poco.

Se hunde en sus pensamientos. Manu hace una mueca y se informa:

—¿Te carga que estemos en tu casa?

Niega con la cabeza, se levanta y sale de la cocina. Luego retrocede, se apoya en el vano de la puerta:

—Fátima me ha dicho que debo ocuparme del coche. Voy ahora mismo.

—¿Lo recortarás a trocitos?

—No, pero haré lo que haga falta.

—¿Te ayudamos?

—No.

Aparentemente, regresa para observarlas mejor. Las estudia atentamente, como si a ellas no las incomodara. Después dice:

—Para ser unas fugitivas, no se os ve especialmente angustiadas.

Manu contesta:

—Es que nos falta imaginación.

Esa respuesta le arranca una sonrisa.

—Vas a cien. Pero cualquiera tiene miedo de morir. O de acabar su vida en chirona. Incluso los más desesperados.

Se golpea el pecho:

—Se siente aquí dentro, nadie escapa.

—Llegado el momento, seguro que tienes miedo. Por ahora, el café está bueno y la mierda te vuela la cabeza, ¿qué más quieres? Luego, somos dos, eso cambia, total nos divertimos.

El inclina la cabeza. Esta vez se pone muy solemne, debe señalar algo que lamenta:

—No quiero opinar porque no conozco la historia. En la tele han dicho que habíais disparado a una mujer y a un padre de familia sin ningún motivo.

—¿Te parecería más moral si buscáramos dinero? No tenemos ninguna

circunstancia atenuante, eso te basta para opinar.

—Me cuesta creer que se trate de vosotras; si os hubiera visto en un autobús, ni hubiera chistado.

Manu asiente con la cabeza:

—Es la astucia necesaria para salir bien librado. Si esta noche ves la tele, contarán más historias. Nos cargamos a un niño. Ya sé, no suena nada popular. Así que si te complica y quieres que nos larguemos, lo dices antes de tocar el coche.

Contesta sin vacilar, en un tono desprovisto de simpatía o animosidad:

—Fátima os ha invitado. Sois bienvenidas.

Sale. Se quedan la una frente a la otra y se dan cuenta que van colocadísimas, el chocolate es excelente. Después Nadine baja la cabeza, sacudida por carcajadas.

Explica:

—Son muy simpáticos esos dos, pero tienen la tensión demasiado alta...

Manu se pone cómoda, se desploma en la silla y abre completamente las piernas. Lleva braguitas de satén rojo y a los lados aparecen rizos de vello. Comenta:

—Al hermanito, ni modo de cogerlo, es demasiado arisco. Lástima.

—Siempre puedes intentarlo... Pregúntales, como si nada: «¿Cuándo se folla aquí dentro?».

Se esfuerzan en acallar la risa cuando oyen a Fátima.

Abren la botella de vodka que ha traído porque no había whisky en la tienda.

Hay robots dibujados en los vasos. Manu los mira en silencio. La alta se entretiene difuminando una mancha de zumo con la punta del dedo. Dice:

—Parece un príncipe, tu hermanito. Brillante como un diamante. Algo seco con nosotras, espero que no le molestemos.

Decididamente locuaz cuando se trata de su hermano, Fátima opta por hablarles:

—Es un señor, es mucho más listo que los demás, no lo digo porque sea mi hermano. Es observador, se ha fijado en todo lo que pasaba a su alrededor y ha investigado por qué ocurría de ese modo. Ha entendido perfectamente lo que me había pasado a mí, a mi padre o a mi otro hermano.

Y no hará lo mismo. No porque nos desprecie, pero ha sabido sacar lecciones de nuestras aventuras.

—¿Habéis estado todos en chirona?

—Los tres, sí. Mi hermano mayor tiene para largo. Un timo podrido que degeneró. Le ha caído por asesinato y él ni siquiera disparó.

—¿Y tu padre?

—La palmó allí mismo, nada más aterrizar. Mi padre no era una persona violenta, tampoco un duro. Lo cepillaron a la primera, ni siquiera visitó su celda.

—¿Por qué lo encerraron?

Fátima duda un instante, lo suficiente para que se note:

—Por incesto. Se supo porque estaba preñada. Nunca lo dije. No sé si por miedo o vergüenza. Pero sabía que era mejor no hacerlo. Tenía trece años cuando se lo llevaron. No me escuchó nadie. Son todos iguales, saben mejor que tú lo que ocurre en tu propia casa. Aborté, no recuerdo haberlo pedido. Ellos tenían clarísimo lo que pensaba... Me rasparon el día que falleció mi padre. Una coincidencia muy poco inocente. Me pareció extraño. Estaba en mi derecho de estar triste, pero no como lo sentía. Me dejaron bien claro que hay cosas que no se deben lamentar.

Habla en voz baja, con ritmo tranquilo y regular. Monocorde y grave, intimista y púdico. Atenúa la brutalidad del discurso sin dulcificarlo. Existe una suerte de metal perceptible detrás mismo del tono monocorde y grave. Cuando habla mantiene los párpados bajos la mayor parte del tiempo, luego levanta la cabeza y clava la mirada en la de su interlocutora. Está atenta, parece hábil para leer el alma de la otra, capaz de descubrir la menor mueca de asco o la artimaña más ruin. No juzga, no se sorprende. Dispuesta a verlo todo en sus semejantes. Parece una soberana especialmente lastimada que sólo hubiera arrancado del dolor una inmensa sabiduría además de una fuerza implacable. Una resignación majestuosa, sin rastro de amargura.

Se confiesa con aplomo. Así les muestra su decisión de ofrecerles su confianza. Y también que no teme nada.

Nadine intenta decir algo digno de esta declaración. Manu se molesta menos, llena los vasos, comenta sin apuros:

—Vaya, por lo menos cuando hablas, hablas en serio. ¿Llevabas tiempo haciéndolo con tu padre?

—Debía tener once años cuando empecé, no sé. Mi madre se fue después de tener a Tarek. Nunca supimos demasiado, ni por qué ni adonde. Yo y mi padre siempre estábamos juntos, fue natural, poco a poco. Creo que yo me lo tiré. Sé que me moría de ganas, recuerdo que aquello me marcó mucho tiempo. Luego, cuando quedé preñada, el médico que visité me dejó hecha un lío. Me dijo que él estaba obligado a mantener no sé qué secreto, total que me durmió. Se lo conté todo, se metió en nuestros asuntos. Supongo que no tenía nada mejor que hacer.

Se interrumpe para lamer el papel, pegar y prensar la mezcla. Y prosigue:

—Por eso me la suda que hayáis matado a gente, gente que ni conocíais. Inocentes. Ya me los conozco bien a los inocentes.

Manu rompe el papel lila del envoltorio de una barra de chocolate. Vacía el vaso y declara:

—Lo peor de nuestros contemporáneos no es que tengan la mente estrecha, lo peor es esa tendencia a querer comerle el coco al vecino. A la que se divierten, ya se hacen un lío. ¿Cuentas a menudo tu historieta?

—No. Ahora hablo muy poco, he tomado nota. Claro que tampoco me encuentro

todos los días con unas asesinas de polis.

Nadine aprovecha el ambiente propicio a las confidencias para preguntar:

—Y con los otros tíos, ¿qué pasa?

—Nunca lo hago con otros tíos. Nunca tuve ganas.

Manu se derrumba en la silla y decreta, solemne:

—Joder, ¡qué cojonudo debe ser hacerlo con tu propio padre!

Fátima se retrae de golpe. Se le bloquea el rostro y no contesta nada. Manu se inclina hacia ella, sopla ruidosamente y añade:

—Si vieras a mi padre entenderías cómo alucino con tu historia. No recuerdo ni una vez que me besara ese gilipollas. Ese hijo de puta me llamaba Emmanuelle. Siempre me llamé Manuelle, pero le interesaba tanto que lo había olvidado. Era el fin del mundo personificado, ese tipo. El marido de mi madre y punto. A mi madre no te apetece metérsela ni aunque te gusten las cabras, es demasiado chorra, en serio. Además, está como un cencerro. Por eso, las niñas enamoradas de su papá me flipan a tope.

Observa a Fátima, llena los tres vasos y concluye:

—A mí, sólo me queda un tiempo precioso, y no puedo permitirme estropearlo con cálculos diplomáticos.

Tras un breve momento de silencio, Fátima se relaja y pregunta:

—¿Tenéis alguna oportunidad de salir de ésta?

—La tenemos esta noche, ya que de habernos descubierto nos habríamos enterado. Después es difícil saberlo, creo que depende mucho del azar.

—¿Por qué no habéis intentado salir del país?

—Un coñazo. Lo intentas y la pifias; a nosotras nos va más el estilo «Si te duele el pulgar, córtate el brazo». Además, ¿qué coño pintamos fuera?

Nadine declara, pensativa:

—Fuera, yo no lo veo.

La pequeña silba, admirativa:

—¡Pero si ya estás completamente tiesa, gorda!

Fátima insiste:

—No puedes esperar a diñarla sin más. Sin rabia y aire. No se puede.

—Tu hermano también le daba al rollo —responde Manu—. Sois de una raza de combatientes, seguro. Hay montones de historias que crees que no soportarás. Y luego vas tirando. Yo nunca me lo he pasado tan bien, en serio.

Nadine prosigue:

—Total, son dos cosas distintas, tú y la idea de que te pillarán. Pero cuesta hacerse a la idea. A veces intento reflexionar sobre qué pensaría en ese momento.

Manu rompe a reír:

—Seguro que será una chorrada de la hostia. Por ejemplo, recordarás algo tope

podrido, estilo la vez que se escapó el bus y volviste a pie, total, un recuerdo de mierda. Te resbalan las tripas en la acera y piensas en la lavadora que pusiste antes de salir. En fin, ya veremos, pero es lo que pienso yo.

—Si cambiáis de opinión, si queréis intentarlo, tengo un plan. Cerca de aquí. Un arquitecto para el que trabajé, yo le limpiaba la casa. Vive solo, basta con obligarle a abrir la caja fuerte. Y con lo que tiene dentro, os podréis pasear por donde os plazca.

—Y tú, ¿por qué no lo haces?

—A mí me conoce y no quiero mandar a Tarek. Por si lo necesitáis, os explico el plan. Una pena que nadie lo aproveche. Esa caja está repleta de diamantes. Y es tonto que no intentéis algo serio, no tenéis nada que perder.

Manu protesta enérgicamente:

—Nada que perder, se dice rápido. Y nuestra paz espiritual, ¿cómo la guisas?

Nadine subraya:

—No nos dedicamos a esas cosas. Nos va más el mal gusto por el mal gusto, ya me entiendes... Pero gracias por proponerlo.

—Sí, joder, es legal de tu parte, cien por cien. Pero ya has hecho mucho por nosotras, de verdad, es suficiente.

VEINTE

Han pasado varias horas sentadas a la mesa. Nadine tira las bolsas arrugadas y las cajas vacías en una bolsa de plástico. Luego, con la punta de la uña, rasca una mancha. Ceniceros llenos de filtros de cartón, aplastados en acordeón. Manu lo pringa invariablemente con rojo, saca regularmente su tubo y se pinta los labios; con el cuelgue que lleva, incluso los desborda un poco. Cuando habla o se desternilla de risa, parece una herida animada en medio del rostro pálido, un tajo rojo sangre descolgado, deformado. En risa, en insulto, en protesta enérgica. Sólo se le ve la boca, siempre movediza. Las uñas le vibran alrededor, la agarran y la divierten, manchas rojas de mariposa, ceñidas con mugre negra.

Una vez que Tarek llegó, Fátima lo miraba de reojo, temía su reacción. Al principio, él evitaba dirigirse directamente a las dos extranjeras. Luego, progresivamente, acabó soltándose. No le gusta la gente que bebe, pero apenas sonrió al ver cómo se habían puesto. Se ha quedado allí, mucho más tarde de cuanto tenía previsto, atrapado finalmente en el baile rojo de Manu. Siempre parece broma lo que ella hace. Salvo que la pipa que le puso a los polis en las narices era de verdad, con balas encendidas para el fondo de sus tripas. Fátima no la vio disparar porque corría. Confusamente, imagina las balas salir de su boca, tanto más claramente porque ha fumado mucho. Al tiempo que estalla de risa, la pequeña escupe balas, mata a gente de verdad.

Nadine está más retraída, al principio le caía fatal a Fátima. Fija demasiado la mirada, piensa sin opinar. Manu manifiesta todo lo que se le ocurre, a Nadine le importa la opinión de los demás y prefiere disimular lo que le parece indecible. Fátima sospecha que esconde cosas horrendas, humillaciones no asumidas, y que conserva una dulzura aparente. Una doble cara. Ha conservado un tono educado, buenos modales. Suele hablar como una señorita, engaña al público. ¿Quién desconfiaría de esa mujerona insulsa, casi boba? Fátima no se atreve a preguntarles si se acuestan. Es lo que piensas cuando las ves. Nunca se tocan pero no se quitan el ojo de encima, se buscan a cada instante. Cuando se ríen, siempre es de lo mismo y los cuerpos se aproximan. Cuando una enciende un pitillo, le da otro a su comparsa, sin siquiera detenerse, con naturalidad. Se interrumpen sin parar, o más bien hablan a dos voces. Llenan siempre dos vasos. Ni se dan cuenta. Tienen las mismas palabras, las mismas expresiones. Una complicidad casi tangible. Parecen una bestia con dos cabezas, seductora incluso. A Fátima le cuesta imaginar que sólo hace una semana que se conocen. Le costaría disociarlas, imaginarlas por separado.

El sol despunta cuando Fátima dice que se va a dormir. Nadine recoge los vasos y

los amontona en el fregadero, vacía un cenicero y limpia la mesa con la esponja. Las otras se la quedan mirando. Enjuaga la esponja y la deja en el fregadero, se seca las manos, sigue de espaldas, y dice:

—El plan de las piedras que dijiste, si quieres, lo hacemos. Si basta con entrar en casa del tipo y hacerle abrir la caja, nos cuesta bien poco.

Se pasa la mano por el pelo, espera que la pequeña abra la boca y, como no suelta ni mu, prosigue:

—Añadimos una víctima al cuadro, te dejamos las piedras, y tú te las arreglas. A nosotras nos da lo mismo, no tenemos nada que hacer. Y tú prescindes de hacer la gilipollas entre dos polis. Y a cambio, te presentas a la cita de la estación de Nancy, sé que puedo fiarme. Para nosotras es peligroso esperar varias horas en una estación. Así, todas contentas.

Manu se le acerca, le cuesta andar los metros necesarios para alcanzarla porque va colocadísima y, cuando habla, no se le entiende, a pesar de su profundo empeño.

—Una idea cojonuda. Nosotras cogemos las piedras. Tú vas a Nancy. Es cojonudo, ya se me podía haber ocurrido a mí.

Nadine la empuja, y como la otra no se sostiene en pie, se desploma en la mesa. La otra la levanta y la agarra de la cintura. Fátima dice:

—No tenéis por qué hacerlo.

Manu protesta, se pone vehemente:

—Sí, pero no tenías por qué pasarnos el plan. No había ninguna razón para asesinar a los polis, ninguna razón para que nos acogieras. Los mejores actos no nacen de las buenas razones, así que vamos allá. Y ahora a la cama, hablaremos mañana.

Fátima reflexiona. No tiene por qué aceptar. Si rehúsa, no las verá más. Hablarán de ellas en la tele hasta el día en que las liquiden. Tal vez en esa cita de la estación. Les pregunta:

—¿Por qué le dais tanta importancia a la cita de la estación si no conocéis a esa chica?

Manu se indigna con clamorosa grandilocuencia:

—¿Qué más quieres? ¿Que nos presentemos a la comisaría más cercana? Ya te hemos dicho que lo prometimos, se lo prometimos a Francis. Creía que eras del tipo de chicas que entienden que no hay más que hablar.

Así que Fátima encaja el golpe pese a recordar que Manu nunca ha visto al tal Francis.

Sacuden la cabeza con aire compungido, toman aspecto de desolación, se miran mutuamente al hacerlo y se encuentran súper divertidas. Muestran los dientes al reírse, los tienen muy estropeados las dos.

De todos modos, Fátima tiene claro que no cambiarán de idea. Irán a esa cita

aunque sea sin ella. Aunque sea suicida permanecer días enteros en una estación. Aunque las espere un regimiento de policías. Irán. Lo llevan grabado en el coco.

Fátima decide que hará el trato. De todas formas, la idea de abandonarlas definitivamente en unas pocas horas le desagrada profundamente.

Tarek y ella salen. Ellas se quedan un rato en la cocina, se ríen la una de la otra.

Cuando sale, Fátima piensa para sí: «Seguro que no se acuestan. Porque es lo mejor que han encontrado para decirse que son hermanas».

VEINTIUNO

Sentada a la mesa de la cocina, Manu espera que su tinte haya cogido, al tiempo que se sulfura leyendo los periódicos que Tarek ha traído por la mañana.

No ha querido comprarles bebida porque acaban de levantarse y ya pueden esperar un poco antes de emborracharse. Manu lo llama «papá» siempre que puede.

En una punta de la mesa, Fátima dibuja un plano de la casa del arquitecto, recomienza varias veces porque siempre se le olvida algo. Interrumpe seguido a Manu para darle explicaciones complementarias o nuevas recomendaciones. Manu la llama «mamá» siempre que puede.

Nadine se ha quedado en el baño para depilarse las cejas, íntimamente convencida de que se trata de un detalle crucial para su transformación radical. Corrige la izquierda para que se asemeje a la derecha. Y viceversa. Acaba afeitándose lo poco que sobra.

Se pone a maquillarse los ojos de verde. Se ha embadurnado el rostro con bronceador sin sol, casi un tubo por la mañana. Le da un tono naranja oscuro a su tez.

Tarek la mira sentado en la bañera. Se acerca a ella por detrás y la besa en el hombro antes de salir. Ella le sonrío en el espejo. Tiene la impresión de haberse transformado en su primita en una noche.

Ahora le toca entrar a Manu, se inclina sobre la bañera para aclararse el pelo, lo ensucia todo con tinte y habla con la boca llena de agua:

—Así, no te pareces mucho a las fotos publicadas, pero das miedo. Para ir de caza, lo tenemos difícil... Joder, los artículos de hoy, haces bien en no querer saber nada. Todo basura. Mejor no contar con ellos para nuestra página en la historia.

Manu se frota enérgicamente la cabeza, salpica las paredes de espuma y continúa:

—Joder, ¡no respetan a nadie, nunca se enteran!

Nadine intenta colocarse unos aros en las orejas. Manu se sienta en la bañera y propone:

—Podríamos pasar a saludar a uno o dos periodistas, localizamos a los peores y charlamos.

—No quiero saber nada. Te he dicho que no quería saber nada. Esa gente dejó de existir.

—Claro, pero no deberían permitirse hablar de nosotras de ese modo; quiero decir que no es normal, no parecen captar que nuestras pipas sirven igualmente para ellos.

—Ya limpiarás el baño cuando termines, hay mugre por todas partes.

—Que te den por el culo, vieja zorra.

Después, Nadine intenta describir a Noélla a Fátima. Con la mayor precisión. Le

da el sobre y los documentos. Repite que es muy importante. Lo repite una sola vez porque se da cuenta de que Fátima lo ha comprendido.

Le toma prestadas unas pulseras doradas que se pone en la misma muñeca y hace tintinear.

La cita será el 14 en el aparcamiento de un supermercado, porque es un lugar bien pensado para una cita clandestina.

Fátima les da la mano cuando parten. Su rostro, más impenetrable que nunca. En cambio, Tarek acaricia el cabello de Manu y sonrío, aprieta ligeramente a Nadine al besarle la mejilla, dice que espera verlas de nuevo, que tal vez irá con su hermana.

Al despedirse, Nadine se pregunta si es ella la que no piensa en otra cosa, o si él tiene otras intenciones hacia ella impropias de un primo. Aunque en esta familia... Tal vez sea precisamente el que todo haya sido tan familiar entre ellos lo que afecta a la libido.

VEINTIDÓS

Tarek les ha dejado el escúter para ir a la ciudad. Manu conduce mal, corre demasiado e insulta a cada coche que la esquiva por un pelo. Paran en la primera tienda que encuentran. Nadine baja a comprar bebida.

Sale con una botella de Four Roses en la mano, desenrosca el tapón, de pie al lado del escúter. Incluso el color es una gozada, dorado, bailotea detrás del cristal. La quemadura agradecida y conocida del primer sorbo. Pica bajo la lengua y abrasa la garganta, y luego por un leve instante inflama todo por dentro. Arruga la nariz e inclina la cabeza, pasa la botella a Manu y declara seriamente:

—Lo que necesita una mano es la pipa, la botella y la polla.

El alcohol lima las asperezas y da ganas de reír. Aturde benévolamente.

Pega un sol muy blanco, hay demasiada luz, quema los ojos.

Al llegar al centro, entran en un McDonald's. Manu agradece al camarero con traje verde y chilla: «Quiero carne y no gato en mis hamburguesas». Se calma y empieza a magrearse las tetas para resaltarlas bajo la camiseta mientras esperan.

Hay dos niños plantados en la puerta del fast-food, y la pequeña les alarga un billete de 500 francos a cada uno «para que se diviertan». Después habla de un actor negro que hace algo parecido en un filme. Se va calentando ella sola porque nunca dará con un tipo semejante:

—Que te la clave un tipo de esos debe ser la hostia. En serio, a una chica como yo debería tocarle. A ti también, por cierto. Tendría que habernos tocado lo mejorcito en materia de pollas. En serio.

Se derrama la salsa en la camiseta, la extiende al limpiarla. Tira la hamburguesa en la acera y maldice a su madre.

Una señora cincuentona con gafas redondas de montura dorada y sandalias doradas se para para señalar con tono severo «que ya podría tirar su basura a los cubos previstos a tal efecto». La pequeña baja un poco sus gafas oscuras para verla mejor, pregunta:

—¿Eres tú quien limpia la acera, vejestorio?

La señora la llama ramera. Manu enmudece. En absoluto se lo esperaba. La señora se enfurece inmediatamente y la insulta en términos muy modernos. Nadine la escucha un rato y dice:

—Sorprendente, en serio.

Le mete un bofetón altamente sonoro. Luego coge el brazo de Manu. La pequeña se resiste, le gustaría quedarse.

—Estoy flipando. A mí, me parece que no se lo merecía. ¡Vaya estruendo!

Hace mucho calor, un sudor caliente les empapa la ropa.

Se paran en una tienda para comprar cerveza recién salida de la nevera y que beben muy rápido porque sienta bien.

Nueva fase del colocón, las risas se intensifican.

Pasan por una plaza vacía, Manu insiste en hacer una pausa:

—Francamente, es la plaza más guapa del mundo, acabemos aquí las cervezas.

—Ojo, si nos quedamos aquí pueden pedir que nos identifiquemos.

—No. Si pasa algo, haremos que tenemos la conciencia tranquila y todo irá bien.

Deja que te crezcan las pelotas, gorda, no te abandones. Nos sentamos aquí y esperamos tranquilamente a que pase un rato y todo irá bien.

Se sientan en un banco a la sombra de los árboles. El tiempo es agradable y la cerveza aún no está demasiado caliente. Manu se despereza:

—Fantástico. Joder, qué guapo el chico del primer día. Sería estupendo cruzarse con uno parecido. Sería estupendo cruzarse con chicos.

—Yo me tiraría a un jovencito. Como ese al que regalé los Walkman.

—Es divertido que digas eso, lo estaba pensando. Un chico joven y sin experiencia.

VEINTITRÉS

Cervecería inmensa con cierta clase. Camareros vestidos de blanco y negro. Las dos en la barra, sentadas en taburetes altos ante dos vasos de coñac estúpidamente grandes para el contenido. Manu lleva una falda tan corta que una vez sentada parece que no lleve ninguna. A ras del chocho, con la blusa abierta sobre uno de esos sujetadores multicolores nunca vistos.

No pierden la puerta de vista, pero ni rastro de chico joven y posible.

Un tipo panzudo y medio calvo de traje azul se sienta a su lado. Sonrisa vacuna. Manu interroga brevemente a Nadine con la mirada; contesta:

—Tengo una opinión relativa: es realmente perverso, perverso total. Juego a tope.

Manu se le acerca cuando él le habla. Se queja del calor y acentúa el escote de su blusa para ventilarse a lo bestia. El alaba su sonrisa. Concupiscente. Se seca la nuca repetidamente porque suda como los gordos. Respira hondo, sonrío como un bobo y descubre sin pudor dientes amarillentos y manchados. Burdo, embrutecido, grotesco y orgullosamente imbécil. Las tomará por idiotas para atreverse a ligar.

O tal vez ni se entera.

Bromitas sórdidas y muecas adiposas. Amable de tan lamentable, hay que saber estar.

Se ahoga de calor al menor roce con Manu. Y de hecho no lo está rozando, se pega contra él, para que sienta su vientre, mueve el muslo contra la tela de su traje y deja entrever su ropa interior a la menor ocasión.

El alcohol la pone brutal, está visiblemente excitada de encontrarlo tan repugnante y de frotársele encima.

Nadine se pone mimosa y baja los ojos cuando la toma por la cintura por primera vez. Como tiene la jeta más vacilona y tontaina que su colega, el tipo se siente más atraído por ella.

Manu observa, le pide otra ronda al tipo y aprovecha que él intenta llamar la atención del camarero para declarar:

—De todas formas, cuanto más tonta, tanto mejor. Me costó tiempo entenderlo...

Nadine suspira, se encoge de hombros y contesta:

—Hay que ponerse en su lugar. Es imposible que vean las cosas como son.

Como el tipo ha conseguido pedir las copas, se interesa por la conversación y lanza un alegre:

—¿De qué habláis, chicas?

Manu lo repasa sin pizca de coquetería y ladra:

—¡Que tu boca apesta!

El tipo piensa que no ha entendido, que se le ha escapado algo. Nadine se ríe. Manu lo coge del brazo, le dice amablemente:

—Pareces un tipo ancho de mulleras: o sea que ni yo y mi amiga vamos a darle demasiadas vueltas. Buscamos a un colega comprensivo, vamos al hotel, fornicamos como Dios manda y nos separamos. ¿Lo crees posible?

Nadine se cuelga del otro brazo, le explica con mucha amabilidad:

—Si no es molestia, cariño, dejémonos de tanta charla y vamos a follar: seguro que nos entenderemos mejor.

Farfulla y cacarea como una virgen tentada, salvo que en la comisura de los labios tiene saliva blanca casi sólida. Como mocos bucales. La fórmula lo ha turbado profundamente. Tiene que esforzarse para reaccionar.

Lo cierto es que no las ha relacionado con las dos chicas del noticiero. Lo dividen dos emociones: está exultante porque se las tirará a las dos y es del tipo gran vicioso poco afortunado para visitar a las profesionales. Está algo desconcertado porque son demasiado directas. Tanto vicio servido en bandeja es sospechoso. Resuelve pensar que es su día de suerte. También se siente algo decepcionado porque hubiera sido mejor tener que pegarles el rollo, tener la sensación de forzarlas un poco. Claro que nada es perfecto.

No le molesta en absoluto la facha que tienen; lo único que asimila es que son chicas. Y que se las va a tirar a las dos.

Paga la habitación. Aclara que son sus sobrinas a la recepcionista, una polaca rosada que no le ha preguntado nada y apenas lo escucha. Porque al final le da vergüenza subir para hacer eso entre tres. Manu y Nadine lo miran calladas, ligeramente consternadas.

En el ascensor, manosea a Manu con pequeños gestos bruscos, como para cerciorarse de que va en serio y que no protesta. Ni por las formas. La excitación le chamusca las neuronas y le dilata las aletas de la nariz. Es puro incendio y poco grato a la vista. Tiene los ojos desorbitados y las manos temblorosas, parece poseído, en trance. Es de esa clase de tipos que no saben contenerse cuando están excitados. Nadine lo observa jadear y tragar saliva, los ojos quieren salirse de las órbitas. Las tías nunca se excitan de ese modo ante la mera idea de la faena. Percibe una sensación de leve envidia, a la vez que de asco.

Manu se deja tocar complacida, no devuelve ninguna caricia, pero le gusta sentirlo y verlo en ese estado.

Cuando se para el ascensor, le suelta a Nadine:

—Joder, vaya sudor con este calor, este viejo gordo es de lo más viscoso.

Con una naturalidad tan desconcertante que él ni siquiera rechista. Como si pensara en otra cosa.

Nadine contempla la mano de Manu en la tela azul. Se vislumbra la forma del

sexo y su nuevo volumen. Por lo menos todo el que consigue darle. Observa los dedos correr a lo largo del cierre. El puño subir y bajar con persuasión. La mano del señor que magrea los pechos con vigor. La pequeña se arquea para que la manosee a gusto.

El papel de las paredes tiene flores anaranjadas. Hacen que la habitación parezca familiar, semejante a cualquier cuarto de hotel cutre. Algún trozo está despegado, manchas parduscas maculan el cubrecama de color rosa.

De pie delante del tipo, Manu se desviste, la vista fija en él, que nunca la mira a los ojos. Tiene el gesto mecánico y seguro, la sensualidad exagerada de una profesional. No hace falta mucha convicción para que haga efecto. El tipo está literalmente hipnotizado.

Apoyada en la pared, Manu los observa atentamente.

El tipo atrae a Manu hacia él, le mete su enorme cara en el vientre, la lame con ardor y la llama «mi florecita». La sujeta de la cadera, una pesada pulsera le brilla en el puño, tiene los dedos algo peludos. Sus uñas cuadradas se clavan en la carne. Le abre los labios de la vulva con su nariz y se mete dentro.

La pequeña lo observa un buen rato de lejos, se acaricia la cabeza pensativa. Como sorprendida de descubrirlo allí y desolada de no poder agradecerse. En ese momento, no quiere dañarlo, no lo desprecia.

Nadine se pajea suavemente contra la costura del tejano, no quita la vista de las manos que recorren nerviosamente a Manu.

La pequeña se aparta un poco de él, se apoya contra el borde de la mesita. Coge sus muslos y los abre de par en par. Uñas pintadas en el interior de las piernas que juguetean con chapoteos. Se entretienen y se incrustan. Se da la vuelta y, sin parar, pasa un dedo del ano a la vulva. De lado, mira a Nadine, que se ha dejado caer en cuclillas contra la pared. Ninguna de las dos sonrío, hacen algo serio e importante. No piensan en nada en particular.

El tipo se ha quedado sentado, con los ojos desencajados. Rebusca en su chaqueta, coge un preservativo, se levanta y se pone detrás de Manu. Antes de penetrarla intenta cubrirse el sexo. Manu se gira y le coge la muñeca:

—Sólo la polla. Sin nada.

Intenta explicarle que no se entera de nada. Que es una estupidez, incluso para ella, hacerlo sin precauciones. Se pone contra él, de espaldas, le mueve el culo encima. Se resiste un poco, débilmente, se la deja menear y protesta sin convicción. Se pone a acariciarle el culo y repite que es por allí por donde quiere tomarla, enviarle todo su puré.

Bruscamente, Manu se sienta. Dice:

—La tienes fofa. Me estás hartando.

Saca la botella de su bolso, bebe un poco, se la pasa a Nadine. Después enciende

un pitillo. Son tan raras que el tipo acaba encontrándolas desagradables. Quiere largarse, pero la libido se lo impide: ¡una ocasión como esta!

Se sienta a su lado y propone tímidamente, pero dispuesto a insistir:

—No sé qué ocurre. Tal vez podrías... ¿Qué te parece con la boca?

Se le ha metido en el coco que podían mamársela sin preservativo. Toda una hazaña.

Ella apaga el pitillo y contesta:

—Una suerte que tenga conciencia femenina y el gusto por el trabajo bien hecho. No me faltan ganas de sacarte a patadas.

Y, sin transición, lo toma en la boca y lo trabaja enérgicamente. El tipo se gira hacia Nadine en busca de consuelo moral. Se le ocurre que es más amable que la pequeña y espera algo de ella.

Nadine lo mira con benevolencia. Es un gilipollas de mucho cuidado, ha ido demasiado lejos.

Manu está arrodillada entre sus piernas. Se la mama a conciencia y, por costumbre, acaricia el interior de los muslos. El dice: «Es bueno, lo ves, me está viniendo», y juega con su pelo. La mantiene firmemente y se la clava al fondo de la garganta. Ella intenta liberarse, pero la tiene bien cogida y siente ganas de golpearle la glotis con el glande. Vomita entre sus piernas.

En un par de segundos están estiradas en la cama y tardan un buen minuto en dejar de reír.

Él, en el baño, se lava furioso.

Les da sofocos cuando lo ven tan iracundo. Está desencajado:

—No le veo la gracia. Sois unas auténticas...

Busca las palabras mientras repiten incansablemente: «Atragantado», una fórmula exitosa.

Él despotrica en su rincón y las llama guarras putas degeneradas mientras se viste con rabia. Cuando va a salir, Manu para de reír y le impide el paso:

—Guarras putas degeneradas, es un acierto, incluso de lo más adecuado. Pero no te toca a ti acertar, imbécil. Y nadie te ha dicho que te largues.

Protesta porque no le han dicho que debía pagar, que no lleva dinero encima y que, de todos modos, menuda jeta pedirle dinero después de lo que han hecho. Manu le mete un puñetazo en los morros con toda su fuerza y aúlla en voz baja. El rostro deformado por la ira, la boca retorcida por tanta tensión cuando habla, aunque procure no hacer demasiado ruido:

—¿Quién habló de dinero?

No reacciona. No imaginaba que le fueran a pegar. No parece soportar la violencia, está como paralizado. Ni siquiera se protege la cara ni intenta defenderse. Nadine lo golpea en la sien con la lámpara de la mesa. Se le escapa un bufido ronco

cuando lanza el golpe, como una tenista. El titubea, Manu lo agarra del cuello y lo tira al suelo. El pesa el doble que ella, pero le pone tal convicción que lo domina. Se sienta a horcajadas sobre él, le aprieta el cuello. Cuando empieza a gritar, Nadine coge la manta, le tapa la cara y se sienta encima. El cuerpo se mueve, pero están bien instaladas. Manu murmura:

—Tío, lo que no nos ha gustado es lo del condón. Tu grave error es el condón. Estás desenmascarado, tío, no eres más que un bocazas con condón. No hay que seguir así a las chicas desconocidas, tío. Métele en el coco. No debes fiarte. Porque, en realidad, ¿sabes con quiénes te has topado, tío? Pues con putas asesinas de bocazas con condón.

Sobresaltos. Con la mano, golpea frenéticamente el suelo. Tal vez practicó el judo de pequeño y ahora repite el gesto, estúpidamente.

Nadine se ha puesto de pie y lo acribilla a patadas, como vio a Fátima hacerle al poli en la cabeza. Cuanto más pega, más fuerte pega, a veces algo cede. Al final, siente cómo trabajan los músculos de sus piernas.

Se agitan una y otra hasta que se queda totalmente inmóvil.

Están empapadas y sin aliento cuando paran. Manu levanta un poco la manta, hace una mueca de asco y se endereza.

Encuentran algún dinero en su chaqueta.

Hombro por hombro, se lavan las manos, se ponen rímel. Carcajean nerviosamente de nuevo y repiten: «Atragantado» y «Bocazas con condón».

Cuando salen del hotel, nadie repara en ellas. Han sido lo más discretas posible.

Nadine insiste en que tomen el tren.

En la calle, nuevas risotadas, a Nadine empieza a dolerle la espalda y debe parar para que se le pase. Manu inclina la cabeza:

—Joder, estoy alucinando. Ese bocazas se creía que iba a tragarme toda su leche y le he vomitado en pleno cipote. Peor para él. En el sitio equivocado, en el momento equivocado.

VEINTICUATRO

Deambulan por todo el tren en busca de un vagón para fumadores. Se instalan, pero Manu sale en seguida para comprar unos Bounty en la cafetería.

Nadine se coloca los Walkman, se interesa por el paisaje. El tren está casi vacío y no funciona el aire acondicionado. *Satis les envies, c'est tellement plus facile. Surtout la nuit.*^[25] Satisfacer los antojos, es mucho más fácil. Sobre todo por la noche.

Manu le tira de la manga:

—Allá adonde vamos está cerca de Colombey. Si quieres, de regreso, podemos pasar por la farmacia.

—Si conseguimos pillar esas piedras, vamos directo a Nancy para encontrarnos con Fátima, faltaría que nos pescaran antes de devolvérselas. Además, déjate estar de la farmacia, allí no se nos ha perdido nada. ¿Vuelves a casa de tu madre?

—Mató a tu amigo.

—Ya lo sé, le ha tocado.

—Lástima, tenía preparada una buena réplica. Entramos, miramos los caramelos, nos acodamos en la caja, montamos un numerito sonado y decimos: «Era amigo nuestro, gilipollas». Y ya está.

—¿Y eso te parece una réplica de la hostia?

—Pues sí. Simple y eficaz. Tope perfecta.

—Sabes qué pienso: cuantos más testigos dejemos, mejor. Es aún más jodido dejar supervivientes que matar a alguien. Un buen testigo y que se las apañe. No para de comentarlo, se despierta de noche. Después, siempre que da el coñazo con su historia, se acuerda y se siente un gusano. La angustia clavada en las tripas y nadie sabe cuándo saldrá para devorarle el culo. Hemos cometido un grave error táctico: debimos dejar un montón de testigos.

—¿Cómo vas de munición?

—Regular. Para dos días. Depende del consumo.

—Cuando le hayamos entregado la mercancía a Fátima, quisiera volver a Bretaña. Había rincones monísimos, acantilados de la hostia... He estado cavilando, saltar al vacío o arder viva; inmolarse resulta demasiado pretencioso. En consecuencia, después de la cita de Nancy, voto por el salto al vacío... Es un milagro que aún estemos dando tumbos. Preferiría terminar todo esto tan bien como empezó y poner punto final a las bromas. Antes del acoso, escoger un lugar bien guapo.

—Vale. Me darás un empujoncito para saltar, no creo que tenga el valor. No consigo verlo claro.

—Tranqui, te empujaré.

Manu abre una lata de cerveza comprada en el bar.

—Fátima ha aceptado el trato de las piedras porque quiere ayudarnos después. —
Añade—: Colocar la mercancía y decidirnos a intentar irnos bien lejos. Nada que ver
con nosotras, esos dos perdedores versión convencida. Por eso prefiero que nos
esfumemos, fuera rollo.

—Tenemos otras cosas que hacer. Pensar en dejar una nota en la agencia France
Presse: «Saltaron al vacío», ya se inventarán el titular.

—Excelente idea.

Nadine se coloca los walkman: *everyday, the sun shines*, y duele hondo en la
garganta pensar que lo oye por última vez.

Con todo, no consigue estar triste ni angustiada. Manu lleva una camisa de seda
de color rosa llena de manchas de chocolate, abierta hasta el ombligo sobre ese
increíble sujetador. Se pinta las uñas otra vez, rosadas.

Nadine promete concentrarse en el último momento, pensar en ella como la ve
ahora. Última imagen perfectamente memorable.

VEINTICINCO

El sol sigue pegando.

Al fondo del amplio jardín cuidado, la casa del arquitecto está llena de ventanas. Escalera de piedra gris, caminos sinuosos con bordes salpicados de flores coloreadas en vivo. Como en el dibujo de un niño equilibrado. Un hogar perfecto en el fondo de una propiedad perfecta. La descripción de Fátima no podía haber sido más fiel. Sin embargo, Nadine tenía una idea muy distinta.

Han venido andando, la han encontrado fácilmente. Las zapatillas de deporte de Nadine le queman los tobillos. Necesita zapatos, y rápido. Chapotea en su propio sudor, lo siente en el cuello y en los riñones.

Manu mastica chicle, se mete varios a la vez y deglute ruidosamente. Sus zapatos dorados están hechos un desastre, anda torcida y arruina su calzado.

Nadine apunta:

—Es curioso cómo en tan poco tiempo te has transformado en una vagabunda. Una especie de sin techo veterana.

—Por fin me encuentro conmigo misma.

—Claro, o tu ser profundo es muy fuerte, o no has hecho ningún esfuerzo para pintarte las uñas.

—No como otros. Es súper guapa su cabaña de gilipollas.

Nadine llama. Han decidido que hablaría ella porque inspira más confianza. Dirán que hacen una encuesta. Si no quisiera recibirlas, Manu tiene la pipa al alcance de la mano y entrarán como sea. Luego, ya decidirán.

Lo que cuenta es que abra la caja. No será fácil porque no le conviene en absoluto. De hecho, casi nada le conviene, hoy es su mal día.

Si consiguen que abra la caja, o es tonto del culo, o ellas son listísimas. Muy listas no son, pues entonces ojalá que sea tonto.

Pero la apuesta es más divertida que vital, no tienen intención de probar nada.

Se han preguntado qué debían hacer si no estaba solo. Han buscado una respuesta satisfactoria, no la han encontrado y lo han dejado correr. Manu ha sentenciado: «El mejor plan es no tener ninguno». Táctica decidida.

Ojalá esté solo. Solo y que sea muy tonto, sería una excelente combinación.

El señor que abre es de estatura mediana, mandíbula cuadrada, bien afeitado, las sienes ligeramente entrecanas. Igual de cuidado y presentable que su jardín.

Pregunta dulcemente: «¿Qué desean?». La voz es grave y reposada, la voz evoca inmediatamente sexo en la penumbra, movimientos extremadamente suaves, delicadamente perversos. Nadine contesta que trabajan para el Instituto de

Estadística, que es una encuesta sobre el consumo familiar de productos culturales. El tema suena extraño, no parece sorprenderle.

Otro más que no las relaciona con las chicas de la prensa. Las invita a entrar y las deja pasar.

Manu refunfuña:

—¿De qué sirve colocarse en primera página si luego no te reconocen?

—Para cepillarse a los inocentes, ¡cierra el pico!

El tío que vive aquí sabe recibir, les propone sentarse y les pregunta si les apetece una taza de café. El sofá es confortable, la pieza soleada. Detrás se extiende el jardín, casi un campo. Lleno de flores. Tan amanerado que da asco, pero todo un hallazgo. Dan ganas de buscar el fallo, de hundir esa majestuosa calma en un río de sangre.

Los libros cubren las paredes. Hay reproducciones de cuadros en los espacios libres. ¿Serán realmente reproducciones? El hombre tiene buen gusto. Y quiere demostrarlo, sin pasarse de la raya ni caer en lo vulgar.

Frente a tanta elegancia, Nadine tiene la impresión de sudar a mares, de respirar demasiado hondo. Se siente desplazada y agredida por encontrarse tan incómoda.

Mientras prepara el café, él les hace varias preguntas sobre el oficio de encuestadora. Disponible y acogedor. La voz grave, distinguida, la entonación aterciopelada. Nadine contesta, lo más evasivamente posible. Está convencida de que las encuentra feas y desaliñadas, pero que es demasiado educado para demostrarlo. Manu se alegra de antemano mientras él se ajetrea en la cocina:

—Joder, todo el suelo es blanco y será un follón cuando lo llenemos de sangre.

Él regresa, deposita una bandeja con el café en una mesita baja de cristal ahumado. Es impensable que derrame la menor gota, que haga un movimiento en falso. Un hombre como ese no patina. Lo lleva escrito en la piel con grandes letras: «Respeto mi cuerpo, como sano desde mi tierna infancia, follo bien, preferentemente a mujeres de categoría a las que hago chillar varias veces durante la labor, tengo un trabajo que me interesa, la vida me funciona. Soy guapo». De estilo presentable al despertarse, a mil leguas de las leyes de la resaca. Es una excepción a la mayoría de las reglas, hace piruetas fuera del montón. Desenvuelto y exquisito.

Nadine se pregunta cómo Fátima ha pasado por alto algo tan capital. Por qué no las ha avisado de que las enviaba a casa de un súper héroe.

Apenas se ha sentado y se gira hacia ellas, dispuesto para las preguntas, Nadine saca su Smith & Wesson y lo apunta. Aún no se le ha ocurrido estrategia alguna. Frunce las cejas y se acerca un poco para intentar captar mejor la expresión de la cara frente a un cañón. La examina con aire de sorpresa. La angustia y el pánico son sentimientos tan extraños para él que no acude a ellos espontáneamente.

Manu se sirve una taza de café, llena otra que empuja hacia Nadine y pregunta amablemente al señor si quiere otra a pesar de todo. Él asiente levemente, ella sacude

la cabeza:

—¡Vete a la mierda, gilipollas, no te toca!

Se ríe a gusto, al tiempo que saca la pipa del bolsillo trasero, la sostiene con una mano mientras bebe, sin apuntarlo especialmente. No le quita la vista de encima y dice a Nadine: —Este tiene aplomo. Ahora entiendo mejor lo que dices cuando hablas de las caras descompuestas por el miedo. Estoy impaciente por ver cómo a este se le enarcan las cejas y se le mancha la camisa con sus tripas.

Enmudece y lo mira en silencio. Expresión lúbrica y malsana, caricaturesca. Da lengüetazos en el cañón de su pipa, pensativa. El tipo no se ha movido, ni un solo parpadeo. Ella extrema la atención: si dispara, será en la boca. Al mismo tiempo, chupar el cañón es una nueva idea muy seductora. Comenta en voz alta:

—Acabará pajeándome con esta pipa. Tal vez vivas lo suficiente para verlo, hijoputa.

Nadine reflexiona, funciona bien el contraste entre Manu, en su papel de tipo bestial, y ella, con toques más protocolarios. Tal vez es algo simplista. Pero no se le ocurre nada mejor. Se levanta, inspecciona las estanterías de libros, decidida a exagerar su número de neurona simpática. Manu lo apunta a quemarropa.

Nadine reza para que comprenda que piensa jugar como oponente, adoptar la táctica de un poli.

Saca cuidadosamente un libro de los estantes. *The Stand*. Lo hojea tranquilamente. Hay que lanzarse, empezar a hablar. Conviene tomarse tiempo, dejar que la angustia cristalice. Unos segundos más y tendremos tiempo muerto. No vas a casa de la gente a apuntarles con una pistola si no tienes nada que decirles. Coloca el libro en su lugar. Del estante inferior saca *El idiota* y, con tono petulante, como absorta en la lectura de las notas de la cubierta, pregunta:

—¿Ha oído hablar de nosotras?

—Me temo que sí.

—Como bien decía mi colega, lo que más me gusta del crimen es la expresión de las víctimas. Esa terrible expresión. Es increíble cómo se abre una boca cuando aúlla. Fascinante cómo el horror transforma un rostro corriente.

Marca una pausa, coloca el libro en su sitio. No sabe muy bien adonde quiere llegar. El la escucha con atención, ni ha pestañeado.

Ella leyó una vez que los asesinos múltiples mataban porque no eran conscientes de que sus víctimas eran seres humanos; y que si tomaran conciencia de que tenían nombre e identidad no matarían con tanta frialdad. Con la cantidad de chorradas que tiene en su biblioteca, seguro que ha tenido la oportunidad de leer algo sobre la psicología de los asesinos múltiples. Con un poco de suerte, es posible. La trampa es burda. No encuentra nada mejor, se conforma y encadena:

—Tiene usted buen gusto. Sobre todo en literatura, por lo que puedo ver. Me

resulta difícil detestar a un hombre que lee a Elroy en el idioma original y posee las obras completas de Sade. En cualquier caso, se diferencia singularmente de sus antecesores.

Vuelve a sentarse frente a él y le sonrío. No como si lo dominara, más bien como encantada de conocerle.

El le devuelve la sonrisa. Está persuadida de que la encuentra grotesca pero que lo disimula. Porque evita provocar la susceptibilidad de gente armada. A menos que intente engatusarla. No sabe cómo interpretar su actitud. No sabe cómo manejar su propio cuerpo delante de él. Está en la cuerda floja. No debe dejar entrever su desconcierto. Aunque siempre tiene la pipa a su favor.

Entonces, ¿por qué está tan relajado? Tal vez conozca su propio miedo y se ría por dentro.

La mira con insistencia, siempre sonriente. Es lo bastante inteligente para sentir que a ella le apetece que la adulen. Quiere ser adulada. Quiere su reconocimiento al tiempo que teme no merecerlo.

Lo quiere a él.

Ella habla suave y reposadamente, como si dominara la situación:

—Existe una segunda diferencia entre nuestras víctimas anteriores y usted, y es de peso. Nunca hemos matado a nadie por dinero. A veces, de paso, nos hemos servido algo después, para los gastos. Me resulta horrorosamente vulgar tener un móvil para matar. Cuestión de ética. Me importa. Me importa muchísimo. La belleza del gesto, le concedo gran importancia a la belleza del gesto. Ante todo, que sea desinteresado. En cambio, nosotras estamos aquí por una cuestión de dinero. Nos vamos* a otra parte, mi colega y una servidora. Un repentino deseo de visitar el mundo.

Manu, que se autoexcluye de la escena para revolver el bar, interviene inopinadamente:

—Y de descargarles los cojones a los indígenas.

Nadine la mira y sonrío condescendiente. Como si fuera su costumbre viajar con una retrasada. Luego le sonrío al señor, como diciendo: «Es así, pero tiene un corazón de oro, no se preocupe». El devuelve la sonrisa, insiste. Hay buena corriente. O juega su papel de maravilla, o la escucha de verdad y cree captar exactamente al personaje. Fantástico y deliciosamente violento, tan literario, justamente.

Ha terminado, pocas veces ha realizado tal esfuerzo para parecer serena y tranquilizadora. Como si deseara mandar ondas de paz por todos los poros de su piel:

—El problema es muy sencillo. Dispone de una caja al fondo de la habitación de ahí atrás. Una caja escondida detrás de un cuadro de Tapies. En la caja, hay piedras preciosas. Porque tiene el buen gusto de interesarse por los brillantes. A un hombre de su categoría no podrían satisfacerle acciones en la bolsa...

—Amo la belleza, parece entenderlo.

Está alucinada. Es una primera réplica, la ha lanzado como un perfecto caballero. Es una tertulia de salón, conversan. Entre gente que se entiende y se aprecia.

Ella prosigue en el mismo tono jocoso:

—Esos brillantes nos interesan por un motivo de lo más prosaico, para permitirnos viajar. Y, de paso, para salvar el pellejo. No sabemos abrir cajas fuertes. Así que debe hacerlo usted. Hagamos un pacto: nos entrega las piedras y no le haremos ningún daño. Tiene mi palabra de honor. Vale lo que vale, usted juzgará.

Ha hecho lo que ha podido. Ha metido un farol tremendo. Tiene ganas de irse. Está segura de que las cosas no saldrán como ella desea.

El cruza las piernas y reflexiona un instante. Manu vuelve al centro de la pieza, con una botella de Glenn Turner cogida del gollete. Precisa:

—Por el contrario, imbécil, si no abres tu caja de mierda, me importa un carajo que hayas leído a Fulano y a Mengano, y será un placer romperte esa cara de cretino impasible.

Se vuelve hacia Nadine y añade:

—Así, nadie podrá pretender que te hemos matado por dinero, si eso te molesta. Total, el honor queda a salvo.

Nadine asiente, el arquitecto le lanza una mirada inquieta. Muy leve, aún está lejos del pánico.

Finalmente, levanta los brazos al aire en señal de impotencia y dice:

—Creo que no me dejáis otra alternativa. Si queréis seguirme...

Manu se le engancha, el cañón toca sus omóplatos. Nadine cierra el paso, él le habla como si no hubiera nadie entre ellos. Muy mundano. No tiene miedo. En todo caso, no lo demuestra en absoluto.

—Leo muy poco la prensa y no tengo tele. Supongo que entenderéis que me niegue a ver la tele.

Ella no entiende nada. Y aún menos adonde quiere llegar. Intenta adormecerla, tiene un plan en la cabeza. Él prosigue su rollo:

—Pero había oído hablar de vosotras, estaba muy intrigado... Os imaginaba distintas... A decir verdad, no pensaba llegar a conoceros.

Pasan a la habitación contigua. Nadine ve cómo desplaza el cuadro de la pared. ¿Se la había metido alguna vez un tipo con tanta clase? En su historial de golfa, ya ha ido a que le den por el culo los elegantes. Pero ninguno la ha tratado así, con tal esfuerzo de seducción. El gran juego. Este tipo quiere gustarle. Siempre que se cruzan sus miradas, se cuida mucho de no ser tórrido y ferviente, no pasa por alto el sentimiento.

No puede ser tan sencillo. Algo tiene que chingar. Están crispadas con sus armas, rectas y atentas. La misma idea en mente, la una y la otra: «¿A qué viene tanto rollo y

qué está tramando?».

La caja fuerte es exactamente como la imaginaban: gris oscura con tres dispositivos de apertura codificados. En triángulo. Antes de pulsar las teclas, mira a Nadine y declara:

—Nunca conocí a una mujer como tú. Seguro que no te pareces a nadie. Lo que estáis haciendo es... terriblemente violento. Tienes que haber sufrido mucho para llegar a tales extremos, a tales rupturas. No sé qué desierto habrás cruzado, no sé qué me empuja a fiarme de ti. Como estás diciendo, el trato es simple y me fío de ti a ciegas. Te encuentro tan bella, hasta lo más recóndito de tus profundidades.

Se ríe, una ligera risa extremadamente refinada, y sacude la cabeza:

—Eres todo un personaje. Apenas si nos hemos cruzado, pero esto es un auténtico encuentro. No puedo evitar estar... terriblemente fascinado. Otros tratos, me gustaría cerrar contigo.

Gira los dispositivos, sin prisa, absorto en sus consideraciones.

Nadine no ha pestañado. Va de coqueto. Le cuesta creerlo. ¿Será capaz de proponerle un lengüetazo rápido por la raja, para el viaje? Es capaz. Está pirado. Lanzado en su flirteo con una mujer peligrosa, en plena conversación con una asesina.

Nadine le mira las manos. Blancas y finas, los dedos ligeramente torcidos, se vislumbran las venas bajo la piel. Manos ágiles y alertas. Imagina esas manos resbalar sobre su piel. Esa cara, tan perfecta y regular, inclinarse sobre ella. Lleva una cadena de oro muy fina. Esa boca contra su piel.

Se avergonzaría de su cuerpo contra ese cuerpo. Bajo las caricias dispensadas por un amante de esta categoría, su piel se pondría grasienta y peluda como cucarachas, rugosa y roja. Asquerosa.

El pregunta:

—A propósito, ¿puedo preguntarte cómo has oído hablar de mí?

—Por supuesto que no. No tendría ningún sentido.

Manu lo empuja apenas la puerta de la caja se entreabre y chilla hundiendo las manos dentro:

—Joder, está llena a tope, es alucinante cómo ha mareado la perdiz para abrir su jaula.

El tipo está de pie frente a Nadine, alarga las manos:

—Creo que ha llegado el momento de atarme.

No tiene miedo. Se ha emperrado en que iba a atarlo. Nadine sonríe, no podía esperar menos. Seguro que le encantaría que lo maniatara sólidamente.

Ni le pasa por la cabeza que puedan hacerle daño. Tiende los puños, encuentra el día excitante.

¿Habrá tenido miedo una sola vez desde que llegaron? ¿Las habrá tomado en

serio un solo segundo?

Sigue insistiendo, dirigiéndose a Nadine, que decididamente lo inspira.

—Ya sé que no es momento, de veras, pero siento mucho que el destino no nos haya hecho coincidir... en otras circunstancias.

Nadine se calla. Están de pie, el uno frente al otro. Tiene ganas de echarse contra él, de jugar un rato. Que sea cortés, respetuoso, bello y galante.

Lo escruta. Tiene ganas de él.

Está ante dos furias que son pasto de la actualidad por disparar a diestro y siniestro, y no se le ocurre otra cosa que darles conversación. Está persuadido de que lo perdonarán. De que evitará el trance, una vez más.

A sus espaldas, Manu le incrusta el cañón en la nuca. Dice:

—Vamos a enseñarte lo que significa perder.

Acaba por ponerse tenso. Nadine le coge de una oreja, lo obliga a arrodillarse. Obedece sin resistirse. Sospecha que no deja de encontrarle cierto placer. Le habla con los dientes apretados y fulmina:

—Visto desde aquí, no tienes tan buen aspecto. Hijo de puta, lo peor es que tienes bastante aplomo para deslumbrar a cualquiera, y he estado a punto de perdonarte la vida. Pero creo que me hará bien reventarte, creo que voy a gozar a tope.

Le ha costado asustarse. Un jodido tiempo. Pero le está entrando. Sus ojos suplican, imploran cada vez más escandalosamente. Intenta levantarse, le pega con la culata del arma, le hace comprender que el número se hace de rodillas. Se dirige a Manu, la tensión contenida hasta ese momento aflora y se pone bastante histérica:

—Nos está tomando el pelo, este gilipollas nos está tomando el pelo.

Le propina una patada en plena cara. Retrocede para contemplarlo. Prorrumpe en sollozos. Manu se inclina, le acaricia la nuca y repite tiernamente:

—Sólo hemos venido aquí para enseñarte lo que significa perder.

Suplica que lo dejen con vida, se agarra a Manu como un niño y balbucea:

—No me matéis, os lo suplico, no me matéis.

Ella se incorpora y declara con desprecio:

—No, yo no mato.

El se derrumba en el suelo llorando, Manu se aleja. Al pasar junto a Nadine, comenta:

—Oye, gorda, liquídame a este gilipollas.

De perfil, con el brazo extendido. La bala se clava en la base de la nariz. Sacudidas del cuerpo y reposo infinito. Se extiende como una bolsa de basura desgarrada sin querer, que deja fluir desechos brillantes y rojos.

Manu vacía toda la caja. Con los brazos llenos de bolsas y papeles varios, comenta:

—Tienes clase cuando disparas, sólo con una mano y muy recta. Estilo ángel de

la venganza, me gusta. Vas progresando, gorda, enhorabuena.

Luego le pasa a Nadine todo lo que lleva en los brazos, la pequeña acaba de tener una idea y no se aguanta de contenta. Se baja los pantalones, se pone en cuclillas encima de la cabeza del arquitecto y, moviendo el culo, le inunda de pis para bañarle la cara. Las gotas doradas se mezclan con la sangre del suelo y le dan un color bonito. Absurdo. Susurra bobamente:

—Ten, amor, para tu jeta.

Nadine la mira. Le parece pertinente. Sin duda él habría apreciado el homenaje en su justa medida.

VEINTISÉIS

Cierran la puerta de la habitación con la caja, lo revuelven todo, vuelcan mil chismes, rompen otros. El lugar pierde soberbia en unos pocos minutos. Eso tranquiliza a Nadine, que declara:

—Todo puta fachada: tres patadas, dos meneos y asunto concluido.

Ponen en fila las botellas de alcohol fuerte en la mesita, saquean el congelador y se disputan el mando a distancia.

Discurren largo y tendido sobre el caso del arquitecto. Manu acaba preguntando:

—Te morías de ganas de que te follara, ¿no?

—Sí. Se me retorció de dolor todo el vientre.

—Podías haberlo intentado sin problemas, tenía las neuronas bastante agitadas para encontrarlo adecuado. Ese tipo estaba tocado, francamente tocado... ¿En serio que te planteaste no matarlo?

—No lo sé seguro. Tal vez.

—¿Lo lamentas?

—En absoluto. Al contrario, ¿cómo se te ocurre dudar de mí? ¿Tú qué hubieras dicho de haberte pedido que no le hiciéramos daño?

—Habría callado. No estoy tan sedienta de sangre como para contrariar tu libido... Desde cierto punto de vista, me hubiera disgustado, no es que quiera entonar mi estrofa marxista, pero no me parecería moral perdonarle la vida al único burgués de verdad con que nos hemos topado.

—Me encantaba cómo me hablaba. Muy de salón.

—No dejas de ser la más vil de entre todas las cerdas del cuchitril. Siempre dispuesta a revolearte a la primera señal de afecto que se dignen a manifestarte, especialmente cuando proviene de los poderosos. Había que cagarle encima a ese chalado, cagarle encima. O mearle encima, total...

—Puede ser... Finalmente, me ha gustado ver el color de su sangre.

Siempre que ha comido demasiado, Nadine se tumba de espaldas y espera a que se le pase el dolor de barriga. Manu se da una vuelta por el water, se fuerza a vomitar y empieza a comer de nuevo. La pequeña resume:

—Mañana vamos a ver a Fátima. Y luego nos largamos. Alucino. Todo saldrá según lo previsto.

—No deja de ser extraño, finalmente, es algo irreal. Nuestra última noche.

—Bastará con un pasito palante.

Cuando Manu está demasiado colgada para hablar, Nadine pone el volumen a tope. Considerando las medidas del jardín, los vecinos no irán a quejarse del ruido. Delante

de la cadena, se contonea y canta a grito pelado:

Too many troubles on my mind. Refuse to loose.^[26]

Se mira al espejo, se encuentra hermosa. Es la primera vez que lo piensa al verse. Ahora es cierto, porque no hay nadie más para opinar. Ya no tiene por qué preguntarse qué le parecería al vecino de enfrente. A todos los vecinos de enfrente hace tiempo que los ha borrado del mapa.

Estirada bocabajo delante de la tele, le da a un vídeo porno encontrado entre una peli de Buñuel y otra de Godard. Sube el volumen a tope, así puede oír tele y cinta al mismo tiempo.

Acerca un sillón a la pantalla de ángulos rectos. Dos chicas, una morena y una rubia, se la chupan a un tío. La rubia se pone manos al asunto y trabaja con frenesí. Ni modo que la morena eche un solo lengüetazo. Total, que se manosea las tetas de rodillas a su lado.

Manu se sobrepone lentamente, alarga la mano hacia Nadine en busca de la botella de whisky. Acerca el sillón al lado de la otra. Exclama:

—Una fanática del cipote, esa rubia; no quisiera estar en el lugar de la otra, pura comparsa.

Se quita los pantalones, se pone cómoda. Se acaricia con la palma de la mano por encima de las bragas, una masturbación desconfiada, la peli no la convence del todo.

Luego las dos chicas se ponen a cuatro patas la una al lado de la otra y el tipo se las folla alternativamente.

Nadine está de rodillas en el sillón, con la mano entre los muslos. Mira la tele, luego a Manu, dobla la cabeza hacia atrás.

What you do when you want to get thru. What you do when you just can't take it. What you do when you just can't fake it anymore.

Botellas vacías cuidadosamente alineadas alrededor de la mesita. Demasiado cuelgue para pronunciar palabra, las dos viajan en su apartado y se pajean concentradas. En la pantalla, el trío se menea y hace mucho estrépito. Se duermen antes de que termine el filme, mecidas por el alboroto, atontadas por el alcohol.

VEINTISIETE

Al día siguiente, se duchan y se hinchan de naranjada. Como si les fuera a solucionar la resaca. Finalmente, abren una botella de whisky rescatada de la noche anterior. Al principio, les cuesta un poco, pero acaban dándole con ganas.

Nadine mete la cinta en la cadena y castiga el volumen. Agarra la botella con ambas manos y bebe como una mona, se balancea de adelante hacia atrás.

Dans les flammes, dans le sang, riant du pire, pleurant de joie, tous les vampires gardent la foi, crever les yeux pour de rire, violer et se souvenir. L'essence même du mal.^[27]

Manu se pinta las uñas de granate oscuro. Sopla encima para que se sequen más rápido.

En el aparcamiento de la casa, hay un súper 5 negro. Buscan las llaves y las encuentran en el bolsillo de una chaqueta colgada en la puerta.

Han guardado las joyas, las monedas y las piedras en una bolsa de plástico de supermercado.

Nadine le ha tomado prestado al arquitecto un traje negro de verano, camisa blanca y corbata mal anudada. Zapatos demasiado grandes, se pone zapatillas de deporte. Se ha rectificado las cejas con lápiz negro. Parece sencillamente un tío con sus pelos cortos y se extraña de no haber caído en la cuenta antes.

Reciben el sol en la cabeza al salir. Deslumbrador. Torta de fuego, tormento y gracia. Lástima que no puedan pasarse la tarde en el césped.

Viajan con las ventanas abiertas. Nadine piensa en la casa que acaban de abandonar.

—Este tío es mi víctima preferida de verdad. Una vida enterrada entre libros, inundada bajo los libros y los vídeos. Es sórdido. Pasión por los escritores pirados, los artistas malditos y las putas degeneradas... Gusto por la decadencia de clase por orden alfabético. Espectador agradecido, salud agradecida. Reconocimiento del genio en los demás, aunque a distancia. Nada de insomnios, buena conciencia en cualquier circunstancia. En su caso, hicimos lo moral.

—Sobre gustos y colores no hay nada escrito. Yo, de todas formas, prefiero los cuerpos de la poli.

Nadine sube el volumen. Se le está dando francamente bien eso de conducir. La tela del traje le rasca un poco.

Tall and reckless, ugly seed. Reach down my throat yon filthy bird, that's all I need, the empty pit, ejaculation, tribulation. I SWALLOW. I SWALLOW.^[28]

VEINTIOCHO

Han llegado pronto a las cercanías de Nancy. A la altura de Toul, se paran en una tienda aislada de la carretera. Una tienda que también hace de gasolinera y vende alcohol y comida. Como si fuera Texas, modelo reducido y verdes praderas.

La radio del coche aúlla.

Je voudrais pouvoir compter sur quelqu'un. Je voudrais n'avoir besoin de personne.^[29]

Nadine apaga el motor. Recuerda haber oído esa canción pensando en otras cosas. Antes de dar con Manu, tiempos de un pasado en que se sentía sola.

La pequeña grita:

—Joder, ¡qué sed! Joder, ¡lo que nos hemos engullido! ¡Tenemos el grado subido! Una botella de whisky en la mañana. ¡Y hala!

Da saltos de cabrito en el aparcamiento. Mira a su alrededor y chilla de nuevo:

—Joder, un lugar cojonudo. Como tenemos tiempo, podremos ir a dar un paseo por el bosque. Es cojonudo el bosque, ¿no crees?

El sol sigue igual de blanco y oprime la piel. Nadine siente la pipa metida en la chaqueta, un peso vivo y agradable.

Manu entra en el colmado sin esperarla. Nadine se entretiene mirándose en los cristales del coche. Parece un tío, hasta un tío con cierta clase.

La tienda es de techos bajos, una gran habitación en un solo piso. Las puertas abiertas de par en par y el interior a oscuras. Nadine se acerca. De lejos, ve cómo Manu saca la pipa, a la sombra porque está a contraluz. Detonación. Ya casi en la puerta, Manu se tambalea. Segunda detonación. Nadine entra en la tienda, distingue una silueta de pie al final del negocio. Dispara tres veces. La sombra se derrumba blandamente, ni una réplica.

Los ojos de Nadine se acostumbran a la oscuridad. Manu está en el suelo. Nadine ha visto suficientes cadáveres para saber qué aspecto tienen. Y para comprender que cuando la sangre mana del cuello a borbotones puedes hablar de cadáver.

Manu, puedes llamar a eso un cadáver.

No consigue decidirse a inclinarse sobre ella.

Además, es inútil comprobar que está muerta.

Comprobar que está muerta. Inútil.

Reúne los elementos que le ha dado tiempo ver, entiende que Manu ha decidido —nunca sabrá por qué— dispararle al tipo de la tienda. Y ese tipo tenía un arma cargada y no se lo ha pensado dos veces. Nunca sabrá por qué.

Piensa automáticamente. Pero nada le evoca nada, está vacía de emoción. Una

parte de ella recapitula los hechos. Operación clínica. Otra parte está desconectada. No le apetece que se ponga en marcha de nuevo. No le apetece vivir lo que está por venir.

Manu está en medio de la pieza. Vista de arriba, tirada en el suelo, ensangrentada. La cabeza separada del tronco por una herida brillante.

Nadine vacía la caja. Mantiene una calma absoluta. Siente cómo le está llegando, siente cómo le ruge en la garganta.

De cuando en cuando, echa una ojeada al pequeño cadáver ahí en medio. No ha tirado nada al caerse.

Siente frío.

Por encima de la herida, Manu sonrío feroz.

¿En qué pensaría en el último momento?

Sea lo que fuera, ha sonreído. En el último momento.

No la puede dejar ahí, con esas piernas blancuzcas y ese rictus funesto. Esos pelos tan cortos que dejan ver el coco.

Reflexiona en círculos, traga dolorosamente. Tiembla de frío y la empapa el sudor. Pesca una manta en la estantería. Envuelve el cadáver temiendo que la cabeza salte del tronco. Salvo una vez en casa de Fátima, nunca se han tocado tan de cerca. Lamenta estúpidamente no haberla abrazado nunca.

Mientras lo piensa, lo encuentra estúpido y está a punto de explotar de emoción, recobra los sentidos.

La instala en el asiento trasero del coche, vuelve a la tienda para coger varias botellas de whisky. Llora en silencio, llora como suele respirar. Arranca e intenta contar los días que llevan juntas. Vacía media botella de whisky y pone la primera.

Besoin de personne.^[30]

Baja el volumen. Pregunta en voz alta:

—¿Qué es lo último que nos dijimos?

No se la entiende nada porque no para de sollozar. Repite: —Lo último que nos dijimos, joder, ¿qué era?

Carambola interior, hurga en la memoria pero no consigue recordar. Conduce hacia el bosque, la vista tapada por el sol y las lágrimas.

Se detiene más lejos. Titubea al salir. Los árboles son verdísimos y la luz hermosa.

A duras penas la saca del coche. Teme que la cabeza se separe, la sostiene cuidadosamente para mantenerla pegada al tronco. No quiere que le salpique a los ojos. La deposita en el suelo. Abre la manta. Ese hermoso cadáver. Desabrocha la blusa de Manu. La parte inferior del cuerpo intacta y blanca, una piel casi viva. Embadurnada hasta el mentón. Pero la cara intacta. No falta gran cosa.

Como ha visto algunos últimamente, el cuerpo mutilado no le repugna demasiado.

Acaricia las sienes de Manu, procura resultar digna para hablarle un poco:

—Voy a dejarte aquí. Espero que te haya gustado tanto como me ha gustado a mí. Que te haya hecho el mismo bien. Voy a dejarte aquí.

Abre la primera botella de whisky, bebe el mayor trago posible. Se ahoga tragando porque no deja de llorar. Vacía el resto de la botella en el suelo sobre la pequeña. La besa tiernamente en el vientre anegado de whisky. Derrama torrentes de lágrimas, frota la frente contra ese vientre. Detrás de las lágrimas aparecen uñas rojas, brillantes e inmóviles. Vacía otra botella sobre el cadáver. Lo baña con cuidado. Vacía la tercera.

Ahora, siempre que lo recuerde, será primero así. En un verde bosque, una bonita luz, con el pescuezo desgarrado y bañada en whisky.

Vuelve a pensar en Francis. Parece algo tan lejano... Asunto concluido. Por suerte, ella puede medir en horas la palabra «siempre».

Busca el mechero y achicharra el mapa de carreteras. Lo sujeta con el brazo tendido hasta que haya prendido. Lo echa sobre el cadáver. Eso también era cierto, el whisky quema estupendamente. El cadáver se cubre de una llama corta e uniforme, una manta que danza. Lo primero en quemarse es el cabello, chisporrotea. Un olor fuerte. Luego un olor nuevo, el de la piel. Recuerda a los postres flambeados de restaurante.

Nadine se apoya en un árbol para devolver. Sigue llorando, el vómito sale con espasmos y la ahoga. Traga el vómito y lo escupe, se cae en él de rodillas y no intenta levantarse.

Más tarde, se sube al coche. Con la radio a tope.

The monopoly of sorrow.^[31]

La sangre oscura mancha el asiento de atrás. Maquinalmente, Nadine concluye que apenas se ve sobre la funda oscura.

Se mira en el retrovisor. Con los ojos hinchados se parece menos a un tío.

Decide ir a la cita con Fátima.

I went in war with reality. The motherfucker, he was waiting for me. And I lost again.^[32]

No hacía ni una semana que se conocían.

TERCERA
parte

Lentamente, da una primera vuelta por el aparcamiento. Ha dejado de llorar. Siente calambres en las manos porque aprieta el volante demasiado. Apaga el cigarrillo en el cenicero situado cerca de la palanca de cambios. Lo vuelve a encender. Pasa revista al gentío que deambula por el aparcamiento. Se ha puesto las gafas de sol de Manu. Le cuesta concentrarse y recordar que está buscando a Fátima. Piensa caóticamente, a tropezones. Todo la distrae. Le gusta que la música le llegue a la cabeza y la invada entera. *Elle peut tous nous choisir pas besoin de courage.*^[33] La canción se mezcla perfectamente con su propia angustia, una realidad sonora ideal. Como una manifestación exterior de la propia ruina interior. *La peur est la, on ne la voit pas, on ne la sent pas, on peut la sentir sur les routes la nuit. C'est la dame blanche.*^[34]

La araña teje su tela entre ella y el exterior, le devuelve la calma. Se encierra en un círculo privado.

Da una segunda vuelta, habían quedado cerca de la gasolinera. Se le paraliza el cerebro y le manda imágenes disparatadas de Manu.

Fátima está apoyada en el letrero que numera la calle, calle 6. Tarek está sentado a su lado, con una botella de Coca-cola entre las piernas. Nadine no sabe si los quiere ver.

Avanzan hacia ella. Por la cara que ponen cuando se acercan, Nadine piensa que la suya debe ser más que especial. Se queda de pie, inmóvil, espera a que lleguen.

Tarek le dedica una gran sonrisa:

—No te había reconocido.

Está algo incómodo, no sabe qué decir. La observa con creciente inquietud. A ella le gusta su voz, pero no se le ocurre nada que decir. Fátima la observa y sus ojos son más oscuros que nunca. La abraza sin más, la aprieta contra ella para consolarla y, cuando Nadine rompe a llorar de nuevo, la aprieta contra su pecho.

Luego, Nadine se aparta y dice:

—La han liquidado, hace una hora. Por una chorrada.

Las palabras salen mal pronunciadas. El tono de su voz es totalmente extraño, irreal. No quiere hablar más. Ellos no tienen nada que ver con esto, inexorablemente, por mucho que Fátima esté cálida y viva. La araña ha hecho un buen trabajo, la tela es más densa y opaca que un muro. Una parte de su cerebro se ha ido desprendiendo poco a poco y la está observando. Mantenerse bien recta sin pronunciar palabra, seguir a Tarek hasta el coche.

Ha dejado de llorar. Está embrutecida y agotada. Se deja llevar. Tarek se sienta atrás a su lado, le habla suavemente. Le explica que van a un hotel Formule 1, que todo irá bien, que ellos se ocupan de todo. Le pregunta si quiere tomar algo.

Sólo quiere que la dejen en paz, pero se calla. Mira por la ventanilla. Se siente lejos de este mundo, incapaz de encontrar la menor señal conocida que esa otra gente pueda entender.

Afuera, las casas son grises incluso con el sol que las ilumina, ningún color que te haga explotar. En la carretera, un grupo redacta un parte, han chocado. Un mocosos persigue a otro aún más pequeño sin que se sepa si están jugando o si pelean en serio. Un grupo de chicas espera el autobús, llevan falda corta. Todas tienen el pelo castaño y lacio. Un grupo de árabes conversa en un banco, miran pasar a la gente mientras fuman.

Tarek sigue con su rollo.

De golpe y porrazo, Nadine pregunta:

—¿Y Noëlle? ¿La habéis encontrado?

Fátima contesta que no se presentó a la cita. Lo que le cuenta a continuación no le interesa a Nadine lo más mínimo. Por la ventanilla pasan un hotel ruinoso, luego un restaurante con terraza florida y gente vestida de verano, más allá una de esas escuelas que construían por los años setenta, contrachapado gris y rosa. Han bajado las rejas de las tiendas, ya han dado las siete.

Se le mueven las manos, ni se da cuenta. Le arreglan el peinado, desabrochan un botón de la blusa y lo vuelven a abrochar, se posan sobre las rodillas, le masajean la nuca, le colocan las gafas, le frotan los ojos. Tarek le coge las manos, las encierra en las suyas. Un gesto implorante. Las aprieta más fuerte. Se estrecha contra él, se estruja, hunde la cara en su cuello. Primero le alivia el contacto de su cuerpo y procura abismarse en él. Luego decae bruscamente. Observa sus propios gestos y comprende que no sirven para nada. Se aposenta, bien recta en el asiento. Quisiera decirle algo que lo tranquilizara. No tiene ganas de hablar.

Saca los walkman.

Ouverte sur le noir, la nuit, tu peux y voir brûler ses yeux, l'éclat du feu, la peur est une bête qui adore que tu saches pleurer.^[35]

Una vez en el aparcamiento, ella dice: «Aquí me despido». Tarek la coge del brazo, ella desea que no la toque más. Casi con maldad, él dice:

—No te aguantas de pie, te quedas aquí. Duerme un poco, luego ya verás.

Ella los sigue. Fátima está callada. Mira fijamente al suelo con la mandíbula crispada. Entran en una habitación, una de esas habitaciones con tres camas y tele.

Se instalan los tres en la cama grande, encienden la tele. Los ojos de Nadine abrasan. Fuma tabaco y los porros que le pasan. El filme se llama *Y a-t-il un Français dans la salle*. Un poli vicioso le ofrece una maquinilla de afeitar a una viejita porque quiere que se afeite el chichi y que uno de sus colegas los fotografíe mientras lo hacen.

Se encuentra con una botella de whisky en la mano y entiende que uno de los dos hermanos ha salido a comprársela. No ha visto salir a ninguno.

Nadine observa a Fátima, ella también está triste, verdaderamente triste porque Manu ya no está aquí y no la volverá a ver nunca más.

Se irá con su hermano, con el dinero de las piedras. No está contenta. Sabe que los pescarán. No forzosamente la ley, sino su propia lógica. Reventará como una perra, puede zarandearse como una condenada, reventará como una perra. Porque lo lleva en la sangre, ha nacido para la miseria. Los morros en la propia sangre y cualquier historia acabará fatal.

Le pregunta a Nadine: «Y tú, ¿qué harás?». Pero no espera la respuesta. Como si conociera el desenlace. Se vuelve contra la pared y pasará toda la noche con los ojos abiertos de par en par, esperando el día para irse a casa.

Tarek se quita el jersey y los vaqueros, se hunde en las sábanas. Nadine se pregunta por qué duermen en la misma cama. Se duermen pegados de espalda.

Se despierta por la noche. El dolor en suave pendiente, peso leve. Gatea buscando la botella, los pitillos y un mechero. Se pone los walkman: *Caresse la peur*.

Tarek se inclina sobre ella para coger el paquete de tabaco. Le fastidia que se despierte. Sabe que van a hacer el amor y que no debieran ni intentarlo. No tiene más remedio que sacarse los walkman:

—Dicen que cuando te cortan un brazo, al principio, lo notas igual. Me pasa lo mismo. Ella está aquí. Es por ello, aún me queda un poco de su valor y debo partir mañana.

La besa, la envuelve toda entera. No le toca el pecho ni el vientre ni el sexo, la estruja arriba en los muslos y en la cadera, ella enrolla las piernas en su cintura. Lo siente en el vientre; de tanto frotarse, él ha acabado corriéndose. Siente que él quiere darle parte de su fuerza, quitarle peso. Transpiran hondo, lamen las heridas del uno y del otro. Nadine se abandona en él, apaciguada un momento. Es amor lo que quiere meterle en el cuerpo y ella se abre entera para recibirlo.

Al mismo tiempo, se siente desconsolada. Su propio cuerpo la molesta, es la verdadera tumba donde sepultarse en vida. Náusea. Se retira suavemente para huir de la opresión. Tarek le acaricia la cadera y la abraza con ternura. Ella reprime espontáneamente el gesto de doblez que le pide el cuerpo. La piel es cálida y viscosa. Es violentamente repugnante la inocente confianza con que se le acerca.

Se retira lentamente, finge la inconsciencia del medio sueño. Luego, del sueño profundo cuando le pregunta gravemente si piensa quedarse con ellos.

Espera paciente que respire con regularidad, recoge sus trastos a gatas y se viste con prisas en el pasillo oscuro. Le recuerda sus tiempos adolescentes, cuando se fugaba. Febril aprensión a que te sorprendan, indescriptible alivio del umbral traspasado. Afuera, el aire se hace más llevadero.

Como de costumbre, el ruido de los Walkman le pone la versión original adecuada, camina a lo largo de la carretera, topa con inmensas vallas publicitarias de mujeres con las tetas al aire.

Se examina cuidadosamente el alma, hurga hasta en los más escondidos recovecos. En busca de una señal de dolor, de pena por abandonarlos sin haberse despedido. Sólo encuentra un infinito placer en caminar en la noche. Liberación casi carnal, es la tibieza que abandona.

Le importa un bledo ser cobarde y evitar las discusiones. Camina recto hacia adelante y espera reconocer el sitio.

La está poseyendo una fuerza inconmensurable, la invade un sentimiento de certidumbre y plenitud.

El día amanece, ya sube el calor. Camina frente al sol en ascenso. Entra en la ciudad.

Hay imágenes que vuelven, briznas de conversación. La memoria es algo extraño, redistribuye los datos sin tener en cuenta jerarquías o cronologías.

El cadáver abrasado en el bosque deviene una imagen de fiesta, cambió la iluminación, es un día de felicidad.

Encontrar a tu semejante. Todas esas elucubraciones sobre el alma gemela le parecían tan sospechosas. Ellas siempre han ido a lo suyo.

Se cruza con la gente que va al trabajo. Cualquiera puede reconocerla y señalarla a gritos. No está nerviosa, sí muy alerta, dispuesta a saltarse la tapa de los sesos a la menor sospecha.

Avanza con los dedos cerrados en la culata, como cogida de la mano de un amante delicioso.

No la van a pillar.

No vacila, camina erguida hacia delante.

Ha llegado al centro —considerando la cantidad de piezas que han desfilado por los Walkman tiene que haber caminado un montón—, compra una botella de whisky y chocolate. El sol brilla allí en lo alto y quema de lo lindo.

Se instala en el banco de una plaza rebosante de verde y de juegos para niños. *Burn it clean*. Con los ojos entornados, bebe el alcohol tibio a pequeños tragos golosos. Se deja aplastar por el calor, un sol generoso para la última de las zorras.

Con la yema de los dedos, acaricia la culata y menea el cañón, acaricia el metal, a ver si se endurece y crece, que descargue en su boca una leche de plomo.

Está preparada, qué paz tan extraña. Saca la pipa del bolsillo, está detonante de sol. Pensará en Manu cuando dispare, permanecerán juntas.

Está bocabajo en el suelo. Con los brazos sólidamente sujetos en la espalda por un hombre de rodillas encima de ella. Desarmada, rodeada. Han aparecido sin darle tiempo a reaccionar. Algunos de paisano y otros de uniforme. A unos pasos se eleva el clamor de los transeúntes en masa que la señalan encantados de que la hayan cogido. Siente su sangre en la boca. Se ha mordido el labio al caer.

Cosas que debían suceder. Estaba cantado.



VIRGINIE DESPENTES. Nacida en 1969 en Nancy de padres funcionarios de correos, Virginie Despentes —que firma sus libros con seudónimo para librarse de los acreedores— dejó el instituto y con diecisiete años se marchó a vivir a Lyon. Allí trabajó para una casa de discos, hizo colaboraciones en revistas de música, cantó en un grupo de rap y trabajó en un *peep-show*. Lectora insaciable, sus intereses literarios van de Dostoievski, Bukowski, James Ellroy y Charles Baudelaire, a los ensayos políticos y los libros sobre mujeres, sobre los indios y las minorías.

Es la diva *destroy punk* de las letras francesas, ex vendedora de discos, ocasional trabajadora en un *peep-show* y ex prostituta, autora de la controvertida y censurada película *Fóllame* (1998) y de novelas como *Perras sabias* (1998), *Lo bueno de verdad* (2001) (Premio de Flore) y *Teoría King Kong* (2007), entre otras, en las que las protagonistas ocupan posiciones tradicionalmente reservadas a los hombres (sangre, sexo y *rock-and-roll*).

Notas del Editor Digital

[1] Letra de *Get whacked*, de Suicidal Tendencies.

[<<]

[2] Letra de *Emotion n°13*, de Suicidal Tendencies.

[<<]

[3] Letra de *Nobody hears*, de Suicidal Tendencies.

[<<]

[4] Letra de *It's going down*, de Suicidal Tendencies.

[<<]

[5] Letra de *Sweet young things aint't sweet no more*, de Mudhoney.

[<<]

[6] *You can't bring me down*, de Suicidal Tendencies.

[<<]

[7] Cita de *Los endemoniados*, de Fiódor Dostoyevski.

[<<]

[8]

Sombras locas, acudid al cabo de vuestros deseos;

Jamás lograréis saciar vuestra furia.

Lejos de los pueblos vivientes, errantes, condenadas,

A través de los desiertos, acudid como los lobos;

Cumplid vuestro destino, almas desordenadas,

Y huid del infinito que lleváis en vosotras

Charles Baudelaire,

Mujeres Condenadas. Delfina e Hipólita,

Fragmento del Poema N° 3 de *Los despojos*, censurado y retirado de *Las flores del mal*.

[<<]

[9] *Una furia de impotencia hacía retorcer su dedo en el gatillo.* Cita de James Ellroy.

[<<]

[10] Letra de *Obscene*, de Rollins Band.

[<<]

[11] Letra de *Throwing things*, de Ned's Atomic Dustbin.

[<<]

[12] *Touch me, I'm sick*, de Mudhoney.

[<<]

[13] *El lado oscuro de nuestra alma.*

[<<]

[14] *Bring the noise*, de Anthrax.

[<<]

[15] *Pretend We're Dead*, de L7.

[<<]

[16] *Here comes sickness*, de Mudhoney.

[<<]

[17] *Linvig in the USA*, de D.I.

[<<]

[18] *Ni luces rojas, ni límite de velocidad*

[<<]

[19] *Burn Black*, de Hole.

[<<]

[20] *Pretty on the Inside*, de Hole.

[<<]

[21] *Teenage whore*, de Hole.

[<<]

[22] *Pacific Coast Highway*, de Sonic Youth.

[<<]

[23] *Angels are dreaming of you*, de Sonic Youth.

[<<]

[24] *The most beautiful girl in the world*, de Prince.

[<<]

[25] *Satisfacer los antojos, es mucho más fácil. Sobre todo por la noche.*

[<<]

[26] *Trouble on my mind*, de The Blueprint.

[<<]

[27] *En llamas, ensangrentado, riendo en el peor de los casos, llorando de alegría, todos los vampiros mantienen la fe, para morir con ojos risueños, la violación es su recuerdo. La esencia del mal.*

[<<]

[28] *Be aggressive*, de Faith No More.

[<<]

[29] *Me gustaría tener a alguien. Yo no necesito a nadie.*

[<<]

[30] *Necesitar a alguien.*

[<<]

[31] *The monopoly of sorrow*, de Suicidal Tendencies.

[<<]

[32] *Lost again*, de Suicidal Tendencies.

[<<]

[33] *Todos podemos elegir, no requiere coraje.*

[<<]

[34] *El temor está ahí, aunque no lo veas, aunque ya no lo sientas, lo puedes sentir en las calles por la noche. Esta es la dama blanca.*

[<<]

[35] *Abiertos sobre negro, la noche, puedes ver arder sus ojos, el brillo del fuego, el miedo es un animal que adora que sepas llorar.*

[<<]